

JUAN MANUEL DEL RIO

PEREGRINO
INTEMPORAL

A MODO DE PRESENTACIÓN:

PEQUEÑO PÓRTICO PARA UN GRAN VIAJE

He finalizado la lectura de este nuevo libro de Juan Manuel del Río, con buen sabor de boca. Por ello deseo expresar, para los lectores, algunas impresiones tomadas de sus páginas.

Primera:

Confieso que no he perdido el tiempo leyendo estos relatos, mitad divinos, mitad humanos; mitad antropológicos, mitad históricos; mitad intemporales, y mitad espirituales.

Segunda:

El autor hace escala, sin prisa, en una historia que es patrimonio común de la humanidad, labrada a paso lento por senderos de arena y piedra, esculpida por imparciales jueces, reyes y profetas. Y nos refresca la memoria sin subjetivismo rastreando la vida a lo largo de cinco milenios que se guarda hasta en las arenas mismas del desierto. Viajero elocuente, mitad peregrino, mitad espía, recorre el Oriente próximo, como laboriosa abeja para extraer el néctar de los acontecimientos de ayer y de hoy. Así nos ofrece hoy un panal literario de sabrosa miel a los lectores.

Tercera:

Los diferentes relatos situados en valles y montañas, cargados de experiencia bíblica, y protagonizados por un pueblo hasta hoy nómada y cainita, caminan hábilmente de la mano de dos protagonistas que han sellado desde el principio, así lo intuimos, un pacto de buena vecindad. Viajan, al unísono: el Amo (el autor) y la Sombra (la conciencia); mi Amo —Caballero andante— y mi Sombra, metáfora sumisa de la propia circunstancia. El diálogo se hace ágil, respetuoso, cultural e intemporal; incluso se incorpora a él un lenguaje de tecnología actual con gran destreza, con expresiones como: el disco duro del ordenador del tiempo o la página web de la historia, etc.

Cuarta:

El Autor presenta, página a página, el escenario de unos hechos que aún hoy nos interesan. Dialoga, en la intimidad, hasta con las piedras a la vez que derrama, sobre ellas, lo mejor de su pensamiento filosófico. Se detiene, en amena conversación, con el olivo, en el huerto de Getsemaní, vigía y notario milenario —esperanzas, dolor y llanto—, del hágase tu voluntad eterna, en la hora undécima del Cristo, bajo toda la libertad de luna llena; con el Lago mítico de Galilea, divino surtidor y guardián de Vida, profundo y sereno como remanso del alma cuando brotan los más elevados sentimientos y destinos: la multiplicación de panes y peces; la nominación de pescadores de hombres; las confesiones sinceras al principio de la fe; con el Monte, escenario del mejor de los sermones de la historia por sus exigencias y promesas; o con el primer cónclave público para elegir Pastor y Nauta de la Iglesia.

Quinta:

En una tierra que, clama Paz desde los orígenes y que no llega, pese a la oración y presencia vivas del primer olivo de la historia, Juan Manuel concluye, sabia y certeramente, que no habría guerras si no hubiera un botín por medio y políticos con ansias injustas de apoderarse de la tierra. Que no es bueno tener enemigos ni hacer con nadie la guerra, sea fría como las modernas o con denominación de origen como las antiguas. Porque todas son calientes y salvajes; todas huelen a sangre humana y a odio por las calles y las casas; todas eclipsan la luz del planeta. ¡Que no es bueno aferrarse a las religiones, aunque sean de nuestros padres! Que sólo el Amor es bueno y fraterno porque procede como don del cielo. Para concluir que todo hombre es lugar teológico, santuario donde habita la divinidad y recordarnos que el mismo Adán murió por infarto de libertad.

Deseo agradecer cordialmente a Juan Manuel los mensajes de este libro con el que nos hace compartir su experiencia generosa del gran Viaje de la Vida, y ello en un lenguaje edificante, directo, poético y sincero, nacido desde su lago profundo con palabra cercana y viva, metáfora real del ser último y primero.

Francisco Gómez García Fidalgo

INDICE

A modo de presentación:

Pequeño pórtico para un gran viaje

- 1.- La Sombra peregrina
- 2.- Al trote de los Cruzados
- 3.- Adán, metáfora incompleta
- 4.- La piel del tiempo
- 5.- Los espías de Jericó
- 6.- El Olivo de la paz
- 7.- Nazaret, aletear de ángeles
- 8.- Tiberias, junto al lago del arpa
- 9.- Kinneret, lago de encuentros
- 10.- Miedos y fantasmas de Pedro
- 11.- Directo al corazón
- 12.- Un lago para pintar la noche
- 13.- Tierra de Dios, Tierra de todos

A modo de final:

Jardín de Resurrección

1.- LA SOMBRA PEREGRINA

Soy, preciso es decirlo al presentarme ante ustedes, la Sombra peregrina de mi Amo que, como yo, es también un Peregrino. Como bien se imaginarán, le acompaño siempre. No le dejo ni a sol, ni, —excuso decirlo— a Sombra; faltaría más. Esa soy yo. Ya me irán conociendo. Tampoco le dejo ni de día ni de noche, como bien comprenderán. Sé, por tanto, de su vida, como nadie. Sus aventuras y desventuras, Amores y sinsabores. Conozco sus pasos todos, buenos y malos. Y sobre todo, conozco sus sueños. Porque mi Amo, —de ello doy fe, y mi palabra empeño—, antes que nada es un soñador.

Dicho lo cual, y como así presentada ante ustedes quedo, sólo añadiré, a modo de elemental información, la ubicación que ocupamos.

Subidos estamos, mi Amo y yo, en lo más alto del nuevo milenio que apenas ha comenzado a rodar. Dos mil años, —de la Era cristiana, se entiende—, han transcurrido ya; en consecuencia, asomados estamos al pretil del tiempo, desde otro ángulo intemporal. A mi Amo le gusta repetir esto de “intemporal”. Lo dicho, que se fue un milenio y que estamos en otro. ¿Ustedes lo creen? Nosotros, es decir, mi Amo y yo, no solemos hacer mucho caso a esto de los milenios. Nos gusta más la intemporalidad. Ahora andamos en peregrinación. Peregrinos intemporales, ya lo verán.

—Mi Amo, que dicen que se fue un milenio.

—¿Se fue?

—Bueno, es un decir.

Es que, el otro día, sin ir más lejos, ocurrió, —les cuento—, que mi Amo casi se queda bizco contemplando la tele. Resulta que un sabio, de los cuales cada día aparecen más, decía que acababa de descubrir una estrella. Hasta ahí, bien. Pero, vaya estrella.

—Una estrella preciosa.

—Inconmensurable.

- Gigantesca.
- Inédita.
- Original.
- Bellísima.
- Es que la raza mejora, mi Amo.
- Sigue contando.
- Sigo.

Una estrella que, encontrar se encuentra, resulta, a sólo dos mil años luz; a contar, naturalmente, desde el lugar preciso donde mi Amo y yo nos encontramos. Está todavía en gestación. Aún no ha nacido, vaya. O eso le entendí al sabio. Pero su diámetro equivale al de nuestra galaxia.

- Y está envuelta en una burbuja de agua.
- Es su cósmica placenta.
- Es una estrella que tiembla de frío en la noche eterna del tiempo.
- El frío es pura imaginación.
- La vida viene del agua.
- ¿Y el agua, de dónde viene?

Como para volverse locos. No entiendo, pero intuyo el pensamiento, que llega hasta el borde mismo del misterio.

- Sobre todo si abrimos la puerta para que salga a pasear la imaginación.
- Es como el cero y el infinito.
- Es como el tiempo y la eternidad.

El tiempo, claro, tan eterno...

- ¿Y la eternidad?
- Tan eterna como el tiempo.

Tan eternos uno como el otro.

El pensamiento hace surfing sobre las olas del cosmos.

- Del misterio.

- Del cero y el infinito.
- Del anonadamiento.
- De la vida.
- Conste.

Pero sigamos. Decía que ésta es la estratégica posición que ocupamos, mi Amo y yo. Pues bien, ubicados que ustedes nos tienen, y habiendo alcanzado velocidad de crucero la sintonía de nuestras mentes, permítanme añadir un pensamiento más.

Empezar un milenio, imagínense una montaña, no es comenzar a subir, me digo; es comenzar a bajar. Descender.

- Explícate, mi Sombra.
- Que bajar, descender, caminar, seguir, es adentrarse en la cotidianidad.
- ¿Tanto para eso? Muy filosófico. Vale.
- Pues aunque parezca inútil decirlo, lo digo, mi Amo; lo sublime se alcanza desde lo simple. ¿Hay cosa más sublime que un sueño? Pues los sueños no traspasan el umbral de lo simple, de lo lógico.
- Vale. Deja que siga yo.

A caballo entre el mítico año 2.000 que se fue, y el 2.001 ya comenzado, para que alguien pueda también un día decir “el mítico año tres mil”, certifico, bajo palabra cautiva de intemporalidad, que yo y mi Sombra, compañera personalmente impersonal e inseparable...

- ¡Gracias, mi Amo, por vestirme con ese hermoso ropaje literario: “personalmente impersonal”!
- De nada. Pero déjame explicar.

...E inseparable, decía. Y que se alarga audazmente en el atardecer del tiempo; oteamos, ella y yo, con liberal imaginación la historia. La historia, digo, y digo bien, tratada con impropia propiedad.

- ¿Impropia? ¿Por qué?
- ¡Bueno! La historia no es propiedad de nadie.
- Pues yo soy tu historia.

—¿Sí? Tú eres, más bien, la conciencia de mí mismo.

Querámoslo o no, la historia nunca nos pertenece del todo. Condenados estamos, siempre, a contemplar la historia desde fuera.

—Bien dicho, Amo. Ahora lo entiendo.

—Gracias, mi Sombra.

—Porque el presente es sólo un reportaje.

—Y la historia, un barco que se aleja por alta mar, hasta desaparecer, poco a poco, en el horizonte.

La historia es un barco que se aleja. Mi Sombra y yo no estábamos tan seguros de que esta manida afirmación fuera cierta; aunque algo de verosimilitud encierra.

—En todo caso, siempre queda la mar.

—Mientras, en el puerto ondean pañuelos.

—Y las lágrimas las seca el viento.

Intuición y misterio. Realidad y anhelo. Y un cierto sentimiento de indefensión y vacío que queda suspenso en el alma.

—Queda un rumor de lamentos al socaire del sol y la sal, de la arena y el nácar.

—Mientras el viento impulsa un aleteo grácil de gaviotas blancas.

El resto queda a la imaginación, la nostalgia, o la interpretación. Importa la vida.

—Pura arqueología, mi Amo.

—Pura arqueología, ¿qué?, ¿la vida?

—No, la historia.

El mar lava y purifica los sentimientos. Y el tiempo reconcilia los corazones.

—Y el sueño establece libertades.

—Cada despedida es un ayer.

- Importa el presente. La vida es radiante actualidad, mi Amo.
- ¿Y qué hacemos con la arqueología?
- Prenderla de la imaginación, con alfileres de interpretación.

La actualidad, en suma, no deja de ser un suspiro eternizado en el flash del milagro de la vida.

- Tan bella y hermosa.
- Pero tan breve.

Tan breve. Mentiría si dijera que no llevamos andados, mi Sombra y yo, los caminos todos, casi, del pensamiento, de la imaginación, de la historia.

- Doy fe, mi Amo.
- Que escrito ha quedado sobre las olas.
- En autógrafo de agua sobre la arena.
- Y en la bitácora del tiempo.
- Y del deseo atávico, mi Amo, cuyo exponente soy yo.

También la espuma de las olas es arqueología sobre los lomos del agua transida de sol.

- La luz se baña en la playa.
- ¿Y en dónde se baña el agua?

La arena es un pergamino para trazar sin desdoro Amores de eternidad.

- Que por decir y escribir no quede.
- No quedará. Mas pon, por testigo, gaviotas que certifiquen mis pasos; no sea que transcurra el tiempo y alguien, todos, olviden que en la playa del deseo acampan, por turno, los peregrinos del sueño.

- Mi Amo, el hombre es un soñador.
- Por esencia.
- A veces por conveniencia.
- Reitero, por esencia.

Mas prosigamos, que ya no sé qué estábamos explicando.

—Sí, que había comenzado el milenio.

—Y que somos peregrinos.

Peregrinos del deseo, tiempo y eternidad, mi Amo y yo seguimos aquí, en el mismo sitio, equidistantes de todas las galaxias, anclados en un sospechoso estado heraclitano que no distingue diferencias entre la vida y la muerte.

—Y en un planeta casi invisible, como una canica perdida en el espacio.

—Me gusta la comparación.

—Gracias, mi Amo. Esto..., ¿puedo hacer una pregunta?

—¡Por supuesto!

—¿Qué es el hombre?

Metafísica pregunta, de múltiples respuestas.

—Te diré, y sea ésta mi respuesta: El hombre..., —varón y mujer—, bíblica tierra es, amasada por el aliento divino de Dios. Arcilla frágil, rota como un cascarón, en el primer intento peregrino por salir de la libertad.

—¿Peregrino, has dicho?

—Sí. Toda salida es un intento por peregrinar a lo sorprendente.

—Pero dijiste “por salir de la libertad”. Será “a la libertad”.

La libertad está en el paraíso, en lo primordial, en el hombre mismo. Perdida la libertad el hombre comienza el peregrinar.

—O sea, que peregrinar es buscar. ¿Qué buscamos nosotros, mi Amo?

—El paraíso. Todos lo buscamos.

—Entiendo, mi Amo. Nosotros somos peregrinos también.

—Sí, a golpe de humanidad.

Golpe a golpe, queremos desandar los caminos del tiempo, y caminar los del deseo. Volver queremos a nuestros atávicos orígenes para intentar sembrar, si posible fuera, una paz ilusionada sobre el rastrojo milenario de la creación.

—La misma que ha quedado apisonada por los thanáticos hechos de la historia.

—Y malas intenciones que los hombres, todos, hemos acumulado a lo largo y ancho del tiempo.

Ahora soy yo quien pregunta:

—¿Y qué es la historia, dime, mi Sombra, qué es la historia?

Mi Sombra no duda en responder.

—¿La historia? Muy fácil, mi Amo: la más intrigante novela de guardias y ladrones; de intrigas y enredos; la más sofisticada mentira; la gran superficie de todas las ilusiones; el mayor supermercado, donde se expone y vende la colosal artesanía del odio, la guerra y la destrucción.

—¡Bravo, mi Sombra, bravo!

“Dios se arrepintió de haber creado al hombre”. Así, tan brutalmente, lo dice la Biblia.

—¿Es posible? ¿Eso dice?

—Es posible. Eso dice.

En estos pensamientos estoy. Y bien, mientras desando el camino, largo como mi Sombra en el atardecer del milenio, leyendo voy.

—Leyendo vamos, dirás

—Así es, mi Sombra, disculpa; somos un plural singularizado.

Leyendo vamos, como aquel etíope curioso y culto de la Biblia, las páginas fascinantes de la más sublime novela de todos los tiempos: la historia.

—Dicho ha quedado.

—Escrito está.

La historia. La misma que no se escribe en pergaminos de piel o de piedra, ni en letra gótica, redondilla, o cuneiforme, sino en la memoria, que

hoy llaman histórica, de la humanidad, garabateada con los retorcidos trazos que marca la unidireccional vanidad de los hombres todos. La misma, añado, que no tiene copyright ni percibe derechos de autor, porque es patrimonio universal de la humanidad,

—Yo, tú, él.

—Todos.

Con vocación testificada y verificada de destrucción, de fanatismo y de muerte.

—Mi Amo, Caín es el hijo torcido del parto inacabado de la raza humana.

—Eso también es historia. No tenemos otra.

Sin embargo, la vida aflora siempre por encima de la muerte, no importa si en el fondo subyace, triste es constatarlo, en incontenible manantial, por donde brota la violencia, y la sangre. No hay vida sin muerte.

—La guerra es un deporte.

—Dirás el más rentable negocio.

—Por desgracia, así es, mi Sombra, así es.

Y bien, mientras prosigo mi camino, volver quiero, y mis pasos enderezo, hacia mis orígenes. Que el futuro del hombre son sus orígenes.

—Nuestros orígenes, dirás.

—Correcto, Sombra mía, está claro, porque sin mí tú no existirías.

Y recordar, y llegar anhelo, al día en que se dijo: “hágase la luz”. Y la luz se hizo. Se hizo el día. Se revolucionó el caos. Y la vida brotó, de pronto, incontenible.

—Pero también la soledad.

—Tienes razón, mi Sombra.

El hombre nació de la soledad y en soledad. Ésta es la escueta verdad; pero no para estar solo.

—¿Entiendes, mi Sombra?

—Entiendo.

—Nació para ser responsable, claro, de llevar las riendas de la sublime creación a la aventura fascinante del diario vivir.

—Lo sé..

—Te felicito por entenderlo. Y, gracias.

Sólo que, al hombre le dio miedo el compromiso, la responsabilidad. Le asustó la tarea. Se aterró al verse salido de sí mismo. Y armó una bronca monumental en la misma y primera página de la historia.

—Se encaró con Dios, lo leí en la Biblia.

—Sí, mi Sombra, y puso en tela de juicio el principio de la soberanía de Dios.

Cuestión de autoridad, pensó sin duda, y rompió con Dios; y consigo mismo. Fue la primera y original rebelión, principio sin final de todas las demás. Salió malparado y, naturalmente, lo echaron de casa.

—Y se quedó sin cariño.

—¡Cómo lo sabes...! Y también, faltó de ternura.

Supo entonces lo que es la soledad. Y echó a andar, atolondrado, sin saber a dónde, ni por qué, sin más equipaje que la lencería de su piel morena, y una soledad mal compartida, mientras rumiaba, nostálgico, el recuerdo de su madriguera segura, caliente, protectora, en la espesura del bosque creacional.

—¿Bosque creacional?

—Es un modo de hablar. La Biblia sitúa al hombre en un jardín paradisíaco.

—O sea, en la libertad.

La libertad. Supo entonces que estaba hecho de tierra, que se llamaba, en consecuencia, Hombre, es decir, Adán, Tierra, Barro, Arcilla. Nombre y apellidos. Y subido al carro de la soledad, mal vestido con un raído traje

vegetal, confeccionado con el saldo sobrante de los retazos ínfimos de su mal llamada autoridad, puesta en venta, y con el hatillo al hombro de su amargura y frustración, comenzó a andar, y andar. Sin rumbo.

—Y sin rumbo sigue, mi Amo.

—Como todos. Tú y yo también.

Nómada de los siglos, tiempo y eternidad, pero intuyendo, sin duda, que cada paso que daba era un mojón indicador de historia, comenzó a registrar una serie de hechos y datos, que a la larga llamarían historia, en el disco duro del ordenador del tiempo.

Fue en un humilde rincón del cosmos llamado, como él, Tierra, donde se paró a pensar. Cada paso que daba, andado o por andar, quedaba registrado en la memoria ram del cosmos. Desde entonces hubo pasado, presente y futuro.

—O sea, la historia.

—No es seguro, mi Sombra, pues la historia se escribe en razón del futuro, a fin de que puedan leerla los del presente; mientras el barco se aleja, se va.

En el puerto flotan aún pañuelos blancos de despedida y nostalgia.

En la playa, la espuma se quiebra con el rumor de un beso que apenas logra rozar la mejilla.

—Por eso, “el futuro fue ayer”.

—¿Quién te lo dijo?

—Lo leí, mi Amo, en Torcuato Luca de Tena.

—Yo también. Genial.

En el pretil del tiempo, mi Sombra y yo, contemplábamos los astros pasar. Estrellas y astros, planetas y cometas, noches y días, eran un formidable hormiguero de vida que palpita, entrechocándose, como las hormigas, pero sin descalabrarse.

Por aquí pasó, me dije, y sigue pasando, la humanidad, con su historial de hechos, pesadamente arrastrados al hombro.

—¿Al hombro de quién?

—De todos. Del Hombre. De Adán.

Adán es la metáfora universal, mi Sombra. Tierra somos. Yo, tú, él. Hasta que un día, alguno de los suyos, nacido de la pasión de sus entrañas, yo mismo, llegó a un altozano. Había recorrido los caminos abundantes de la historia; y muchos más que aún le quedaban por recorrer.

—¿Más?

—Sí, mi Sombra, la historia no acaba. Es un camino sin final.

Atrás, muy atrás, había quedado la luz creacional.

—Habías dicho “bosque creacional”.

—Era un bosque lleno de luz, sin Sombras de pecado.

—¿Es el pecado otra metáfora universal?

—No, la metáfora es la luz.

“Hágase la luz”, dijo Dios, y la luz se hizo. No dijo: “hágase el hombre”. No; porque el hombre, en realidad, estaba ya a media cocción.

—“A imagen de Dios lo creó”.

—“Varón y mujer, lo creó”.

Y el Hombre llevaba la luz por dentro; sólo que le estorbaba, le cegaba, o, en todo caso, así le pareció. Sintió pesada su casaca de tierra.

—Dirás carcacha.

—He dicho casaca, el cuerpo es una pequeña y hermosa casa.

Desnudo, como la luz misma de la prístina creación, de tierra se vio, varón y mujer se sintió, y no supo intuir, sin estremecerse, la inmaterialidad de su ser. Se sacudió la tierra, como el oso hace al salir de su madriguera. Ahí perdió la memoria de un pasado de luz.

—Fue un virus informático, mi Amo.

—En realidad, se descontroló, y desorientado como estaba, echó a andar, sin más compañía que su mala Sombra. Perdón, no me refería a ti.

—Perdonado.

Y así, un día subió la colina metafórica del tiempo, y se paró en la cima real de su conciencia. Miró en rededor y contempló el horizonte: pasado, presente y futuro. Estaba en el cenit mismo del universo.

—Y ahí se quedó.

—Sí, construyó una choza, que era como su propia responsabilidad.

La choza creció, se convirtió en aldea, que fue creciendo al ritmo de los días, de la bonanza y de la paz, y la fue llenando de buenas intenciones, de buenos deseos, y de sentido religioso también; pues en realidad, no había roto del todo el cordón umbilical que le une al Creador. Y bueno se sintió.

—¿Bueno, has dicho?

—Bueno, he dicho.

Como en un escalofrío, notó un estremecimiento de luz. Contempló su aldea, le gustó. Era una aldea en crecimiento; crecía día a día. La llamó *Salem* “la ciudad de la paz”. Resultó ser una ciudad pequeña y bonita. Cada vez más bonita, como una niña en desarrollo.

—¿Como una niña, has dicho?

—Sí, como una niña, símbolo de tu inocencia perdida.

—De nuestra inocencia, dirás.

—Dicho queda.

“Y Dios los arrojó del jardín del Edén”. Hasta que, de pronto, vio cebarse sobre la incipiente ciudad la codicia de los hombres. Todos querían cuidarla, todos decían amarla, aunque hay Amores que matan; tanto, que la convirtieron en la ciudad más religiosa del mundo. Ciudad querida y añorada.

—Te refieres a Jerusalén.

—Por supuesto; mira, ya estamos llegando a ella.

Necesario es guardar un minuto de silencio, cerrando los ojos del alma, los sentimientos de la razón. Dejar que hable tan sólo el corazón.

—“¡Ay, si de ti yo me olvidare, Yerusalaim..., Jerusalén!”

El corazón del creyente tiene sus propias y universales verdades.

—¿Te invade la nostalgia, mi Amo?

—Recuerdo el salmo 136. Es todo.

Hoy vuelvo a ti, Jerusalén. He andado los siglos y milenios todos de la historia, real o imaginaria. He subido una a una tus colinas, Jerusalén, ciudad de mis mayores, lugar de mis antepasados, raíz de mi sangre, atalaya y centro del mundo, yo, y mi Sombra, peregrino y buscador de verdades, para cobijarme a la Sombra, tuya, de tus murallas que tienen cadencia y ritmo de danza, para besar tus muros milenarios con pasión ardiente, que “más sabrosos que el vino son tus Amores”, para buscar entre tus piedras blancas un poco de paz, la misma que se rompe tras la fragilidad de cada concordato de buena voluntad, teléfonos móviles en danza.

—Y ocultas intenciones.

—No tan ocultas.

La brisa suave del mediodía me invita a interiorizar. ¿La paz? ¿Dónde está la paz? Abrahán fue un buscador de paz, pero el cuchillo ondeó en el aire en gesto cruelmente sacrificial.

Como una ensoñación, adormilado a la vera de mi fiel camello, que sesteo junto a mi tienda negra de beduino, ha pasado por mi mente un pensamiento raudo, tráfuga, indicador de mis deseos: La paz. ¿Qué paz? La imposible paz.

—Nada hay imposible.

—Tienes razón; nada hay imposible, para Dios.

Esto es el Monte Sión. Fíjate, el templo no existe ya. A la greña contra los invasores andan Roboam, Yoram, Amasías y Ezequías. Pobre Ezequías, “encerrado como un pájaro en su jaula”. Atrapado en la maraña de la guerra.

—Estás echando mano de la historia.
—Digamos, más bien, de la memoria.
—Mi Amo, la memoria es un don.
—Y la historia una conquista.
—Por eso cada quién habla de la feria como le va en ella, según dicen.
—Ese es un dicho muy vulgar. Pero, de todos modos, ¿cómo les va a palestinos y judíos?

Son tus murallas blancas jaulas de paz, Jerusalén.

—¿De paz, mi Amo?
—Perdón, me adormilé, ha sido un sueño. Mejor dicho, no; ha sido el más hermoso sueño, y un día será realidad. La paz es posible.
—Pues la historia que vemos es una historia de guerras.
—El hombre, mi Sombra, es un soldado universal.

Fíjate, mira allá; mira la lejanía; no está tan lejos. Por dos veces consecutivas Nabucodonosor nos ha humillado, saqueado y deportado.

“Reseca está mi boca de gritar improperios”, contra el rey de Babilonia. Destruído el templo. No hay culto ni sacrificios.

—“Hoy estamos humillados sobre la faz de la tierra”.

Quienes han podido, han vuelto del destierro. ¿Y total?
¿No veis el altar de los holocaustos, recién restaurado, de nuevo profanado?
¿No veis al selécida Antíoco IV saquear el templo, mientras construye, a la par del mismo, una ignominiosa fortaleza y entroniza en lo más sagrado del templo a Júpiter Olímpico? ¿Será derramada en vano la sangre de los Macabeos mientras Judas, el valeroso capitán, recupera Jerusalén?

—¡Yerusalaim, Jerusalén!
—Ciudad codiciada.
—Todos te quieren.

- Y todos te destruyen.
- Pero todos te aman.
- La paz es una mentira.

Todos dicen amarte, pero en ti se fraguan los más sangrientos odios. Babilonios, seléucidas griegos, romanos, todos, todos acuden a ti, para saquearte, para desnudarte y profanarte, para humillarte. Qué poco duran las treguas.

—Mira, mira, mi Amo, cómo Herodes el Grande arrebató la ciudad al último rey de la dinastía asmonea.

—Sí, y la moderniza y embellece con la fortaleza Antonia, el palacio real, junto a la puerta de Jafa, y el anfiteatro.

—Y mira, cómo amplía la explanada del templo hasta el Tiropeón, y la rodea de pórticos columnados.

—¡Ay, Jerusalén, amada más que la mujer de juventud!

Contemplando estoy la belleza sin par, arrebatadora y serena, de la más hermosa de las ciudades, cuando siento de pronto estallar, como un ramalazo en espantoso torbellino, una llamarada que lo arrasa todo. Las legiones romanas acaban de incendiar el templo.

—“No quedará piedra sobre piedra”.

—Corramos, mi Amo.

—No, quédate donde estás. Observa.

Josefo, historiador y cronista, está tomando notas rápidamente, en su agenda.

Año 70 de Cristo, las legiones romanas ponen cerco a la ciudad.

Año 132, los judíos se sublevan contra los romanos.

Año 135, expulsados los judíos, el emperador Adriano levanta una nueva ciudad sobre las ruinas de la ciudad devastada.

Eusebio de Cesarea, entendido en teologías, y preocupado por su ubicación, añade que sobre el Santo Sepulcro han levantado un templo a Venus.

—Menos mal que la capital era Cesarea del Mar.

—Menos mal.

Año 326...

—Un momento, mi Amo, perdón, pero tu cronista e historiador Josefo murió el año 100 de Cristo.

—Ya lo sé, mi Sombra, y qué más da, la historia no es lineal, no es una sucesión de fechas. La historia gira en espiral, y es libre, como la imaginación. Está siempre al alcance de la mano; por eso es plagiada, violada, cambiada. No hay una historia limpia, ni en hechos ni en intenciones.

—Permanece la libertad.

—Exacto. Permanece la libertad.

Año 326, decía, Santa Elena, la madre del emperador Constantino visita Jerusalén; se construye la gran basílica de los mártires junto al Gólgota. Y Juan, patriarca de Jerusalén, levanta la basílica de Santa Sión, en el lugar del Cenáculo. Y en el siglo V, la emperatriz Eudoxia...

—Esposa del emperador Teodosio II.

—Y peregrina como nosotros.

—Efectivamente.

...la emperatriz Eudoxia, decía, levanta varias iglesias, y ordena la reconstrucción de la muralla.

Es la Jerusalén bizantina, floreciente y hermosa.

—Mi Amo, ¿y qué me dices del emperador Justiniano?

—Gracias por la pregunta, mi Sombra.

Efectivamente, el siglo VI, al que corresponde Justiniano, es sin duda el más floreciente para la ciudad. A él se debe la Nea (Nueva Iglesia de Santa

María), cuyas ruinas descubrió el arqueólogo Avigad al este de la prolongación del Cardo Máximo.

—¿Fue una casualidad, tal descubrimiento?

—No; aparecía representada en el mosaico de Mádaba.

Pero tomemos un descanso en nuestro peregrinar; tiempo habrá de seguir hablando.

Que el barco de la historia, aunque parezca que permanece anclado, está siendo medido, siempre, por la mar.

Y el tiempo, como la eternidad, es un revuelo de pañuelos blancos.

—Que saludan, inquietos, la ansiada, y nunca segura, paz.

—Nunca segura, pero necesaria, paz.

Sobre las olas de la profunda mar hay siempre un barco abriéndose paso en la niebla.

2.- AL TROTE DE LOS CRUZADOS

—Mira, mira, cómo trotan los caballos
y golpean con sus cascos
sobre el suelo los guijarros...

—Sí, mi Amo, son tropas de castellanos,
navarros y aragoneses,
cántabros y leoneses
hay europeos y vascos,
catalanes y andaluces...
de esos que llaman Cruzados.

—Para, para, mi Sombra,
que la letra desencaja
y así el verso ya no suena.

—Qué importa, si ésta es gente de conquista
que al grito de ¡ancha es Castilla!
hacen hoy la reconquista
de la Tierra Santa y sus mezquitas.

—Para, para, mi Sombra, te digo,
que no es por la letra ni el ritmo,
sino por el andar cansino
de esta gente sin destino.

Como quien va haciendo footing y de pronto se detiene, por cansancio, o lo que sea, nosotros nos detuvimos. Y no por cansancio, no. Mi Sombra, que andaba inspirada, preguntó.

—¿Sin destino has dicho, mi Amo? ¿Sin destino los Cruzados? ¿No era su objetivo y meta la conquista del santo Sepulcro? Aquí los tienes; llegando están.

—Eso dicen. Pero mira cómo vienen. Unos pocos, a caballo. El resto, a pie. La mitad, desarrapados, descalzos, muertos de hambre. La otra mitad, quijotes, soñadores de imposibles; buscadores de un porvenir mejor que el previsible en sus tierras de origen. Y el resto, ya ves, gente clarividente, cristianos cabales.

—¿El resto..., dices? Muy irónico, mi Amo.

—La vida está hecha a golpes de ironía. ¿Has visto gente más irónica que los profetas? Y por lo mismo, mártires y santos. Constructores todos de nueva humanidad.

—Pero tú, mi Amo, has tratado de quijotes a los Cruzados.

—Oh, Don Quijote, un soñador de arriba abajo, y un consumado maestro de la ironía.

—Pero, aunque héroe vapuleado, no murió como profeta y mártir.

—Este fue el imperdonable y gran error de su hacedor, Cervantes, al que le faltó la chispa de la imaginación para haber logrado un final más glorioso.

Nombrados que se sintieron, la imaginación y Don Quijote hicieron acto de presencia. Éste, impecablemente vestido de caballero andante, se paseaba por la Mancha pastoreando ovejas, gañanes y dulcineas. Todo, en pos de un ideal, como un “sueño imposible”.

Mi Sombra pensó, aunque no se atrevió a expresarlo, que era sin duda el mejor teólogo de cabecera de todos los tiempos. Pero como no estaba el horno para más herejías, ni Don Quijote había nacido aún, volvimos la atención a los Cruzados.

Las calles de Jerusalén estaban abarrotadas de un gentío multicolor, aunque sobresalía el negro impecable de los judíos ortodoxos. Muy temprano, mi Sombra y yo habíamos estado rezando en el Muro de los Lamentos, moviéndonos en sincronizado y acompasado ritmo. Al terminar, y por hacer tiempo, que en algo había que entretenerse, nos fuimos a dar una vuelta. Salimos por la Puerta de Damasco, de otomana arquitectura; bordemos por fuera las murallas de la “ciudad bien unida y compacta”. Mientras admirábamos la belleza sin par de las murallas, y algunas de sus siete espléndidas puertas que dan acceso a la ciudad, perpetuando, desde el siglo XVI, la memoria de Suleimán el Magnífico, mi Sombra, decía:

—Esa es la Puerta de los Leones, ¿verdad?

—Claro, y éstos, los mismos que le dan nombre; efectivamente, Puerta de los Leones, que también denominan de san Esteban.

Seguimos caminando. Más allá, mi Sombra que no perdía detalle, señaló:

—Y esa la Puerta de Herodes.

—Correcto. Fue destruida por los Cruzados, en 1099.

Como el sol pegaba fuerte, decidimos reingresar al interior de la ciudad, donde el ambiente resultaba más fresco y agradable, al amparo de las estrechas calles. Lo hicimos por la Puerta de la Basura, de extraña personalidad, tras la ampliación realizada por los ingleses en torno al 1920. Una abigarrada multitud de peregrinos, de toda raza, lengua y religión, nos impedía perder el hilo y la sintonía con la época de los Cruzados.

—Mi Amo, sin ellos, la historia de esta Tierra sería hoy muy diferente.

—Eso mismo pensaba yo; ¿por qué crees, si no, que se nos ocurrió iniciar, tan amenamente, el recorrido por las calles con esa especie de romance morisco?

—Nos ha quedado bien, ¿verdad?

En verdad que, mi Sombra, —mi puntual y fiel confidente Sombra—, y yo, hablamos y hablamos. Mucho. Solemos coincidir, prácticamente, en todo. Hasta cuando le dije que el mundo es un reino confederado y universal de parias, sin corona ni reina, dispuesto siempre a lanzarse a la conquista.

—¿A la conquista de qué, mi Amo?

—De lo que sea.

—¿Por qué?

Cuántas preguntas que, a veces, estarían mejor sin respuesta. Por lo mismo, no contesté. Pero pensé que, sin duda, el aburrimiento estresa a las personas; y que la guerra es un deporte. De ahí que la gente, de vez en cuando, se alborota, grita, se desgañita. Y hace la guerra como podía hacer el Amor. El grito es la voz, elevada a consigna, que une a los pueblos. Mi Sombra lo captó.

—Según eso, mi Amo, la gente es salvaje. Gritar por gritar...; ¿qué y por qué gritan?

—No lo sé. Gritan lo que sea. La cosa es gritar.

—Y, si no, recuerda lo que hace un momento tarareábamos:
—¿Eso de, “Mira, mira, cómo trotan los caballos...”?

Hicimos un silencio.

—Un momento. Escucha, escucha.
—Alguien se acerca.
—Están entrando.
—¿Quién?

En un abrir y cerrar de ojos estaban delante de nosotros.

—¿Ves, lo entiendes ahora?
—¿Quiénes son?
—¡Pero hombre, si lo acabas de tararear! Estás en la luna. Pero calla, no alces la voz, que pueden oírnos. Esos que están llegando, y que “fuertemente golpean sobre el suelo los guijarros”, son los Cruzados. De carne y hueso, cómo pensabas que eran... Ahí los tienes.
—Pues, vámonos.
—Cómo que vámonos. No tengas miedo. Ven.

Nos sentamos sobre una piedra.

—Observa, observa. Míralos.
—Mi Amo, que me dan miedo.
—Te digo que no tengas miedo. Son parte de la historia, y la historia no puede dar miedo.
—¿Qué hacen?
—Han acometido la gran aventura de su vida, y que los hará figurar en las páginas de la historia: conquistar la Tierra Santa ocupada por el Islam.

Su lema es: Cruzada versus Guerra santa.
Y, caiga quien caiga, que todos se van al cielo.

—¿Todos, mi Amo?
—Claro, todos somos hijos de Dios.

Pero mi Sombra, mi buena Sombra, que no pierde detalle, lo intuyó; me lo había advertido:

—No se contentarán con pelear contra los demás; también se pelearán entre ellos.

—A buen seguro. Primero se romperán la crisma, luego harán las paces, boda siempre de por medio.

—¿Siempre?

—A continuación se unirán, sin distinción de clases, en confabulada democracia, para seguir haciendo la guerra.

El ser humano nació para estar en constante movimiento.

—Pero, mi Amo, en clase turista viajan siempre los mismos.

—¡Gran verdad has dicho, mi Sombra! Te entiendo. Cierto. La guerra la hacen los poderosos de turno, pero cuando ocurre, del batacazo no se salva nadie.

En ese momento, aviones, llamados de caza, sobrevolaban Jerusalén.

—¿Qué hacen esos aviones?

—Nada. Guardan la paz.

Jerusalén es un polvorín.

Israelíes y palestinos andan a la gresca.

Arafat celebra en Egipto por enésima vez otra reunión de urgencia.

Aviones israelíes bombardean territorios libres de Gaza.

La paz es una bandera zarandeada por el viento.

Mientras, y escondidos en el anonimato de los días, mi Sombra y yo no perdemos el hilo que nos conduce por el laberinto oscuro de la historia.

—Dijiste, mi Amo, que la historia es una novela.

—La más fascinante y hermosa novela.

Efectivamente, allá, al otro extremo del mar, el Mare Nostrum de mil batallas, —(“señores guardias civiles / aquí pasó lo de siempre / han muerto cuatro romanos / y cinco cartagineses”)—, el Mar Mediterráneo de griegos,

fenicios y cartagineses; y de pateras cautivas del fatídico Estrecho de Gibraltar, que distancia y rompe corazones y evidencia la insolidaridad internacional, Sancho III de Navarra extiende sus dominios hasta situar la frontera de su reino en el eje Duero—Sierra de Cameros.

Castilla—León, por su parte, se pasea entre el Duero y el Sistema Central.

Y Alfonso VI ocupa Toledo.

Castilla comienza a bajar, poco a poco, al sur, para castellanizar Andalucía, comenzando por Granada, gitana y mora, la del Albaicín y la Alambra, y Córdoba, sultana, con su mezquita y su gente, y Sevilla, torre del oro y la Maestranza, de grana y oro en tardes de toros.

Alfonso I de Aragón aprovecha un descuido almorávide para anexionarse Zaragoza, Virgen del Pilar incluida. Ahora Castilla es Aragón, y Aragón es Castilla, con permiso de Tudela y Madrid, Huesca y Teruel, donde conviven judíos y árabes, y el arte tiene la gracia mudéjar, mientras a mí “tres moritas me enamoran en Jaén: Axa, Fátima y Marién”.

—Para, para, mi Amo, dejemos en paz las moras, que estamos metiendo mucha gente en tan poco espacio, y si juntamos a todos, pasaremos a engrosar, nosotros también, el número de los indocumentados, y hasta puede que nos aprese la guardia civil, o nos deporten.

—No te preocupes, que tú y yo, aunque viajamos en clase turista, pertenecemos al impresentable nuevo gremio llamado de los neocapitalistas.

—¿Por eso somos universales?

—Por eso y por el euro, somos universales, ciudadanos del mundo.

—O sea, que si no se tiene pasta, no se va a ninguna parte.

—Efectivamente, si no tienes pasta, no vas a ninguna parte, te quedas en tu casa.

La historia es ambivalente. Es como una criada, humilde y buena, pero que sirve para todo. Al servicio de quien la quiera contratar, entiéndaseme, escribir.

—Mi Sombra, hace tiempo que me conoces. No te extrañe, pues, si te digo que creo en la historia tanto como tú en las rebajas de enero de las grandes superficies.

—Pues las rebajas son rebajas; que sí, que te lo digo yo.

—Son rebajas, porque antes han sido subidas. Y la historia, te digo, el cuento de siempre.

No parecía muy convencida mi Sombra.

—Pues sin la historia no estaríamos nosotros aquí, mi Amo.

—Di, más bien, al revés; sin nosotros, y todos los soñadores del mundo, la historia no se habría escrito.

—Nosotros somos historia.

—Nosotros somos soñadores.

—Entonces, ¿la historia es un cuento?

—No, un sueño; por consiguiente, nada más subjetivo. Y ya sabes, los sueños, sueños son. Si no, pregúntaselo a Segismundo.

¡Ay, los sueños, la más universal metáfora, el consuelo que nos queda a los pobres!.

—Dijiste que somos neocapitalistas.

—Puesto que hemos cubierto nuestras vergüenzas con las hojas de parra del euro.

Pero sigamos el relato, que hace rato que están entrando los Cruzados.

—¿Por dónde íbamos?.

—Andabas vagando y divagando por tierras de Castilla y Aragón.

—Un momento..., ah, sí.

La grandeza, cierto, del reino de Aragón tras su unión a Cataluña. Eso es. Acuerdos y desacuerdos, tratados y bodas, bodas y tratados, que vienen y van.

—No me interrumpas, mi Sombra, que me haces perder el hilo de la historia.

—¿La historia...?

—Escucha:

Año de gracia del Señor de 1151: tratado de Tudilén.

Año de gracia del Señor de 1179, tratado de Cazorla. (Aragón y Castilla bailan alegres la jota). Y no es por la rima, no, que por el reparto es. (No habría guerras si no hubiera un botín de por medio).

—Ya ves, sin botín de por medio, tú y yo somos inseparables, mi Amo.

—Dirás universales, mi Sombra. Ya sabes, la pobreza une.

—Es cierto. Por eso alguien dijo: ¡pobres del mundo uníos!

—¡Qué disparate! Si nunca se han separado... Fue un error.

—Entonces, esa es otra historia.

—Lo es; pero todas las historias convergen. Decía:

Los castellanos se dirigen al sur. En La Mancha y Sierra Morena lucen, de verde y plata, los olivos al sol.

Catalán—aragoneses se escoran hacia Levante.

En Valencia, Denia y Baleares están los naranjos en flor.

—Valencia es la tierra de las flores, mi Amo.

—Y de las bellas mujeres, mi Sombra.

—Cada mujer una flor.

—¿Cómo has dicho?

—Sigue, mi Amo, sigue.

Año de gracia del Señor de 1212, batalla de las Navas de Tolosa. Navas, con “N” de Navarra, cadenas incluidas, que la jota inmortaliza.

A mi Sombra le dio por cantar.

—“Pamplona tiene cadenas...”

—Calla, calla, que te van a confundir con Gayarre y la vamos a armar...

Año de gracia del Señor de 1231, Jaime I de Aragón ocupa Levante.

Año de gracia del Señor de 1248: toma de Sevilla, y con ella Andalucía, por Fernando III de Castilla.

—Sevilla, Andalucía, Castilla...
—No sigas, mi Amo, no sigas, ¡ozú,
que parece la rima de una zeguidiya!
—Pues escánciame un vino de Montilla.

Y mientras paladeábamos el fino y rico vino de Montilla, contemplábamos el declive del mundo islámico peninsular. Al garete la cultura, el arte y la arquitectura; que dos y dos son cuatro, en árabe y en latín.

Año de gracia del Señor de 1492: España, ¡Una, Grande y Libre!
Lágrimas moras llevan el Darro y el Genil. Granada, tierra soñada..., mejor dicho, tierra añorada. Adioses y despedidas. Adiós, mi Granada mora.

Mismo año de gracia del Señor de 1492: Tres carabelas, con suerte, rielan sueños de inocencia sobre las aguas tranquilas del casi siempre mar tenebroso, para despertar al alba la sorpresa vegetal de un continente, paraíso en verde, donde la gente es morena y el alma tiene de gracia llena.

A mi Sombra que, al parecer, no estaba poniendo mucha atención, al oír: “¡España, Una, Grande, y Libre!”, la palabra España le trajo una asociación de ideas, y comenzó a gritar:

—¡¡España!!, ¡¡España!!, ¡¡España...!!

Es el grito insignia de la nueva cultura.

—¡El mundo unido por un balón!

Es el vocerío en avalancha y en olor de multitudes de la cruzada universal de la psicosis colectiva del desquiciamiento socialmente clonado.

—Y desunido por la derrama inmisericorde de millones vergonzantes en fichajes increíbles de estoica prepotencia.

A lo lejos, suena el bombo de Manolo. Hoy juega la Selección.

—¡¡España!!, ¡¡España!!, ¡¡España...!!

—Calla, mi Amo, que nos pueden oír.

—¿Quién?
—Los Cruzados.

Hacía calor. Y aunque me había medio adormilado, veía, al otro lado del Mare Nostrum, caer a pedazos el califato de Córdoba; mientras los reinos cristianos y las taifas se esfuerzan por mantener endebles alianzas.

Por oleadas van llegando del África y sus desiertos, invasiones islámicas, almohades, y almorávides.

Unos que vienen y otros que van. ¿Quién conquista a quién? Los reyes cristianos, para quienes Europa ha quedado pequeña, quieren ensancharla. Y a la conquista de la Tierra Santa que se van.

—Algún pretexto o justificación tendrían, mi Amo.

—Sí; 1099, Al-Hakim destruye la basílica del Santo Sepulcro, y comienza a perseguir a los cristianos.

Un año después, bajo el radiante sol de Jerusalén, luce sobre la cabeza de Balduino I la primera corona cristiana en el naciente reino de Jerusalén. Ochenta y siete años más tarde, los Cruzados son derrotados por Saladino en los Cuernos de Hittín, provincia de Galilea. No obstante, se reorganizan. Nuevos ejércitos llegan, retoman Acre, que se convierte en la capital de un nuevo reino que abarca el litoral mediterráneo de Siria y Palestina.

—Muchos reinos, mi Amo.

—Esto es como el juego de la oca, que tiro porque me toca.

Pero en el juego, a veces se gana, a veces se pierde. Y el año 1291, Acre vuelve a manos del islam.

—Sin embargo, mi Amo, los Cruzados realizaron obras colosales.

—Sin duda. ¿Cómo quieres, si no, que se hayan perpetuado en el futuro? Quien no deja obras colosales o, en su defecto, un país en ruinas, no pasa a la historia. No basta plantar un árbol, tener un hijo o escribir un libro.

No debí decirlo. Vi que mi Sombra se ponía triste. No había plantado un árbol, no había tenido un hijo, ni había escrito un libro. De todos modos, continué.

Mientras al otro del mar, cada cacique era un rey, y cada vasallo un fiel espadachín, siempre en forma y aptos para la batalla; mientras el norte de África enseñaba a pensar, leer y sumar a media España, y en buena armonía vivían y convivían castellanos, árabes y judíos; mientras unos vendían, otros compraban, y todos traficaban, todo marchaba sobre ruedas. Hasta que, como en un sueño de una mala siesta de una tarde de verano, los Católicos Reyes de la católica Aragón y la católica Castilla, no sólo unificaron, —dicen—, España a base de unir reino con reino, tanto, que hasta las rayas se borraron, (España quedó convertida en una inmensa cancha de fútbol donde se podía jugar de norte a sur y de este a oeste), también, por indocumentados y no bautizados, echaron, tarjeta roja directa, a todo aquél, sospechoso o no, de tener la camiseta, léase la piel, de otro color que no fuera el de la selección nacional.

—Mala la hubisteis franceses, en aquella de Roncesvalles.

—No, no; que no eran franceses; que eran castellano—aragoneses.

Y se fueron los moros. Y nos fuimos los judíos. Más de 2.000 años, el pueblo judío, nuestro pueblo, ha estado disperso.

—¿Comprendes, mi Sombra, por qué hemos subido a Jerusalén?

—Hogar, dulce hogar.

—No, entiéndelo. El judío, esté donde esté, jamás podrá olvidarse de Sión. Y desde el fondo de su corazón, con nostalgia, sí, pero con total entereza gritará: “El año próximo en Jerusalén”.

Sé que mi Sombra, mi querida Sombra, lo ha entendido. El mundo es un carrusel. Gira y gira, viene y va. Y si allí hacían la guerra, aquí también. La guerra es la guerra, es decir, mientras haya hombres sobre la faz de la tierra, habrá guerras. Porque la guerra, triste es decirlo, es un negocio. Quedará siempre un postigo entreabierto por donde, si cabe, puede que entre en forma de tregua la amistad.

—Lo que llaman tratados de paz, reunión en la cumbre, mi Amo.

—Qué harían sin guerra los políticos; pasarían a engrosar la lista de los parados.

—Eso es muy fuerte, mi Amo.

—A los hechos, me remito.

Hizo silencio mi Sombra que era aceptación tácita de mi tesis. Proseguí:

Después de los ayubidas, en el 1250 vinieron a ocupar la Palestina los mamelucos de Egipto, hasta que llegaron los otomanos.

—¿Cuándo fue eso, mi Amo?

—Los otomanos hacen acto de presencia a partir del 1517.

—O sea, ¿cuando España ya era España, mi Amo?.

Adiviné la intención de su pregunta.

—Dices bien, mi Sombra; efectivamente, dos años antes, el 1515, entra en la nacional cancha de fútbol española, Navarra. Fue el último fichaje. Ahora sí, la Selección al completo. Enseguida se irían incorporando los nuevos fichajes de la recién descubierta América.

No hay duda de que Palestina conoció días de gloria con Suleimán el Magnífico. Bien ganado tuvo el apelativo, aunque las cosas cambiaron pronto, porque los pachás egipcios, más que de una buena administración, se preocuparon de enriquecerse por la vía rápida. Y ya se sabe, dirigentes enriquecidos, pueblo empobrecido.

—Mi Amo, que ya no se ven pasar los Cruzados.

—Hace rato que pasaron, pero estabas distraída, mi Sombra. Acércate al presente. Trae, acerca los prismáticos. ¿Ves? Ése que está dando caña a los turcos es el general Allenby.

Recalqué:

—Grábate bien esta fecha: 1917: Declaración Balfour, estableciendo la creación de un estado judío en Palestina.

—Y problema árabe—judío.

—Cierto.

—Mi Amo, y tú grábate ésta: 18 de julio de 1948: por decisión de la ONU queda constituido el Estado de Israel. La Jerusalén occidental para los israelitas y la Jerusalén este para los palestinos.

—Punto.

No sé si fue una exclamación de rotundidad por parte de mi Sombra, dándome a entender que estaba al corriente de los acontecimientos, o que tomáramos la previsión de marcharnos. Como quiera que en el desierto los horizontes suelen ser muy extensos, la panorámica global es también más ancha.

—Bueno, parece que las cosas se ponen feas. Vámonos. Vámonos, no sea que nos pille la Guerra de los Seis Días y no podamos llegar al 2001.

Pero llegamos. Doy fe. Y como un enviado especial transmito mi parte de guerra:

—Aquí, el Tercer Milenio. Año 2001, —(he omitido: “de todas las desgracias del Señor”)—. Los aviones de Arafat, y Burak solicitan pista, por enésima vez, para aterrizar en la Casa Blanca. Mientras, Clinton y Bush ondean al viento pañuelos blancos camuflados de paz.

Mi parte de guerra se cruzó con el de otra línea. Decía:

—Aquí, el Valle de las Hamacas, El Salvador. Terremoto. La tierra baila macabra danza de muerte en un nuevo y devastador terremoto.

De fondo, por una tercera línea, la agencia de noticias informaba:

—Aquí, la India... A causa del terremoto la cifra de muertos se calcula en...

Yo cruzaba vertiginosamente el mapa, saltando de un lado a otro. Era la danza macabra de todos los terremotos. También la India se estremecía de dolor y muerte.

—Mi Amo, vamos, vámonos.

—¿A dónde?

Buena pregunta. ¿A dónde? Entre el dolor y la muerte queda siempre la esperanza.

3.- ADAN, METÁFORA INCOMPLETA

Estuvimos recorriendo la Ciudad Santa de Jerusalén. En el Barrio Cristiano visitamos el Museo arqueológico griego; y los Patriarcados Latino y Griego—ortodoxo. Pero como quiera que lo que más nos interesaba era el Santo Sepulcro, al llegar, nos detuvimos con calma en la impresionante Basílica. Tuvimos tiempo, más que suficiente, para el recorrido de la misma, la reflexión, y la observación, sobre todo de las gentes que, desde sus respectivos credos religiosos, allí se convocan. Vimos rostros que denotaban, unos, simple curiosidad; una especie de satisfacción religiosa, otros; y en la mayoría, verdadera unción, piedad. También vimos a gente llorar.

En la pequeña cripta, especie de cueva, o capilla, situada bajo la cruz del Calvario, que ubica el lugar de la Crucifixión, el guía señaló una concavidad.

—Se cree, —dijo—, que aquí estuvo enterrado Adán; en este lugar, por consiguiente, debió reposar su calavera.

Alguien preguntó al guía:

—¿Y dónde está ahora?

Inteligentemente, el guía respondió:

—Desapareció con el terremoto acontecido cuando crucificaron a Jesús, y que el autor del evangelio de Mateo testimonia. Miren, aún podemos contemplar la hendidura en la roca partida.

Efectivamente, la hendidura allí está. La calavera, no.

Para quien no llegara a comprender la metáfora y su simbolismo, fue suficiente explicación.

Sospecho que mi piadosa Sombra, anclada a veces en la devoción de una fe tradicional y pragmática, no andaba para simbolismos ni metáforas porque, discretamente, me preguntó:

—Mi Amo, ¿de verdad que la calavera de Adán estaba ahí, debajo de la cruz del Redentor?

—Sin duda, mi Sombra, sin duda.

Brevemente, traté de explicarle el valor y significado de las metáforas.

—Gracias, mi Amo, gracias.

—De nada.

Sobre la metáfora universal del Paraíso terrenal situemos a Adán, que es lo mismo que decir tierra en finitud. Tierra. Adán era como un árbol, el mejor sin duda, en medio del jardín de la creación. Un árbol hermoso, inteligente, dotado de libre albedrío; y de frutos jugosos, apetecibles, sin duda; mas se tornaron dañinos y peligrosos, tras el mal uso que Adán hizo de su inteligencia, de su libertad, y de su voluntad. Sus semillas se volvieron amargas, de muerte. Y, con el tiempo, sucumbió. La libertad lo derribó. Adán murió de libertad.

Pues bien, sobre los despojos de este viejo y dañado árbol, debía levantarse otro: el Árbol de la Vida, el Árbol de la Nueva Humanidad; denso y frondoso; capaz de cobijar bajo sus ramas a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

Madera sublime, áspera a veces, donde se enciende la vida y se fabrican las cruces rugosas que el dolor retuerce.

—No me asustes, mi Amo. Además, no entiendo nada. Mejor dicho, lo iba entendiendo todo, hasta cuando has dicho que de la madera de ese Árbol se fabrican las cruces rugosas que el dolor retuerce... No entiendo.

—No te asusto, mi Sombra. Entiende la metáfora. Es muy sencillo. Imagínate ese Árbol en forma de cruz. Pero imagina también que cada uno somos una cruz que los avatares de la vida, y del dolor que a veces conlleva, retuerce.

—Toda cruz duele, y el dolor retuerce.

—Exacto. También la de Cristo. Pero Él, nuevo Adán, nuevo Árbol de Vida en forma de cruz, Cruz de Redención, ha cargado sobre sí las culpas de toda la Humanidad.

—O sea, la cruz de cada uno; todas las cruces.

—Veo que vas entendiendo.

—Pues bien, aunque la cruz, toda cruz, duele, —no olvides que para seguirle hay que “cargar con la cruz y seguirle”—, unidas las nuestras a la suya, se convierten en cruces de vida.

—Cristo es la Vida.

—Y el Camino, y la Verdad. Por eso, mi Sombra, cuando se viene al Santo Sepulcro, no se viene a velar o recordar a un muerto, sino a celebrar la Vida.

Mientras veíamos, entre nubes de incienso, a los popes de la Iglesia Ortodoxa celebrar una hermosa liturgia, mi Sombra y yo nos sentíamos cobijados bajo los brazos de una cruz, inconmensurable, universal. Una cruz abierta como una granada en sazón, ofreciéndonos su más sabroso fruto: el Redentor.

—Mi Amo, el Redentor, el Cristo, está extendiendo sus brazos como ramas que abrazan el universo.

¡Qué día glorioso, de contemplación y éxtasis junto a la tumba vacía! Me figuré, ¿o sería realidad?, estar columpiándonos en el Arco Iris intemporal de la nueva Humanidad.

Adán—Cristo: Pasión, Muerte, Resurrección.

Adán—Cristo: Pecado, Muerte, Perdón.

Adán—Cristo: Resurrección, Nueva Vida, Salvación.

En realidad, los extremos de una historia inacabada de Amor juntándose.

—Adán, Cristo: En el fondo y siempre, la Vida.

Fue un recorrido en el tiempo, desde la Creación a la Glorificación. Vimos a la gente pasar, detenerse, agacharse, entrar, de a pocos, a la tumba vacía. Como un Viernes Santo a la inversa, ir al Calvario sin ir, y luego

desaparecer, no sin antes tocar el agua balsámica, en cadencia ritual, para curar las propias heridas que el pecado dejó en los entresijos del alma; o subir hasta los pies de la cruz para besar el lugar horadado por la cruz, tan pesada, que al ser clavada hiende la roca y se clava y afirma sobre la Calavera de Adán, rompiéndola, estallándola, con un grito de muerte alargado en la noche eterna del tiempo.

—“Y el velo del templo se rasgó de arriba abajo”.

—“Y el cielo se oscureció”.

—“Verdaderamente este Hombre es Hijo de Dios”.

—Vamos afuera, mi Amo.

Preferimos salir fuera. Sabíamos que el sepulcro, salvo para quien lo entiende, no es el final de una peregrinación; por más que la gente hiciera colas interminables para poder entrar al pequeño enclave de la tumba, mientras de un lado los armenios, de negras túnicas, atronaban los muros—fortaleza de la basílica con sus cantos y rezos; en tanto que, del otro lado, los cristianos terminan de hacer lo mismo.

—Una impropia propiedad, o tenencia fraccionada, mi Amo.

—Así es, mi Sombra. Ya ves, la muerte, en el fondo, fascina, tiene morbo.

—Será porque es patrimonio de todos.

—Mi Sombra, la Vida, la Vida es patrimonio de todos.

¿Toda esta gente, tanta gente como acude al Santo Sepulcro, lo entenderían así? La Vida..., qué hermosa palabra.

—Mi Amo, yo me apunto a la Vida.

La Vida... “Yo soy el Camino, y la Verdad, y la Vida”. Dejé que sus palabras resonaran pausadamente en mi mente y en mi corazón. El Maestro debía estar muy cerca. Tan cerca, como aquella mañana del Domingo de Resurrección lo estuvo de María Magdalena.

Mi Sombra seguía repitiendo:

—Me apunto a la Vida.

Le hice una seña.

—Fíjate, fíjate, en esa mujer que pasa con prisa, apesadumbrada, con la cabeza baja y el corazón oprimido, no la pierdas de vista.

—¿Quién es?

—María Magdalena.

Es el primer día de la semana. Empieza a amanecer.

—¿Te has dado cuenta? Venía al sepulcro, ha visto la losa quitada.

El asombro se ha reflejado en su rostro, espléndido de juventud y belleza. Las lágrimas no empañan la tersura de su rostro joven. La sorpresa ante el sepulcro abierto ha hecho que se vuelva a mirar, preocupada, por el entorno.

—Pobre María Magdalena, mi Amo.

—Calla, observa. Fíjate bien, allá, en medio del olivar. ¿Ves?

—No veo nada, mi Amo.

—Tú no, ella sí.

María Magdalena está radiante. Ahora sus lágrimas son de alegría, tras un momento de inquietante preocupación, pensando que se trataba del hortelano.

—Si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto...

—¡María...!

—¡Maestro mío...!

Hay una explosión de gozo. Huele a jazmín y nardo. Huele a Vida.

—“No me toques, María, que aún no he subido al Padre mío y Padre vuestro”.

El encuentro de María Magdalena con Cristo entre los olivos del Huerto es una postal de eternidad. La fragancia de flores indica que es primavera; y el Huerto un jardín, donde la Vida renace. Cristo ha resucitado.

—Por el Santo Sepulcro se pelearon los hombres y se organizaron las Cruzadas, mi Amo.

—Y por el Santo Sepulcro siguen peleándose, mi Sombra. Lo acabas de ver. Cuánta rivalidad entre las distintas denominaciones religiosas.

Pero ¿quién se pelea por el Resucitado? ¿Quién celebra la Vida?

—“Noli me tangere”. No me toques, María.

Es como decirle, espera, no me toques aún; mentalízate primero, que estás frente a la Vida.

Y es que la Vida no se toca, se vive. Cristo está radiante.

Pensé. ¿Quién puede entrar en la belleza de una flor, o en el cristal irisado del pétalo de una rosa que el rocío matinal, en ella prendido, pneumatiza?

Mi Sombra no perdía detalle.

—Mi Amo, Cristo es la rosa en cristal de aurora cicatrizado.

Quise decirle: No te distraigas. Sin embargo, casi con automatismo, le respondí:

—Cristo es la Resurrección y la Vida.

—“¡Maestro mío...!”, —seguía resonando cristalina la voz de María en el Huerto.

María había subido del lago, desde su aldea de Magdala, tiempo atrás. Había hecho su peregrinación particular por la geografía que recorren los caminos del ansia, del deseo y de la pasión. Su cuerpo, abierto al Amor, había

sido arañado por las ansias todas del pecado. Habían, en ella, florecido las flores tristes del deshonor, la desilusión y el desamor.

Hasta que un día se encontró con su Amado, el mismo que dijo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

—“Tus pecados quedan perdonados”.

Y en esta mañana del domingo de la resurrección, bañada en el agua fresca de la mejor esperanza, y en las lágrimas serenas del más tierno y agradecido Amor, ha corrido al sepulcro. Éste, abierto como un pomo de exquisita esencia, va exhalando la luz inédita del mejor amanecer. Y la aurora de este domingo, limpia y radiante, va trepando, trepando, por el árbol frondoso de la vida, hasta trazar un arco que se une con la prístina aurora, la de la creación, oscurecida por la torpeza de Adán.

—Es el tiempo nuevo, mi Amo.

—Tiempo con sabor a eternidad, mi Sombra.

Tiempo ya sin final, que avanza de edad en edad, y camina presuroso, sin pausa, por los siglos de los siglos.

—Amén.

Fue oración mi pensamiento. Y desde mi oración estremecida felicité a María Magdalena. Su encuentro con Cristo hacía posibles todos los demás encuentros, de cada uno de los humanos. Junto a su limpia hermosura me sentí pecador, aunque profundamente confiado. Ella era pura; estaba tocada de resurrección. Mi corazón sintió una gran paz.

—Vámonos, mi Sombra.

Nos quedaba aún mucho que ver.

En el Barrio Armenio visitamos el Museo y la Biblioteca Armenios. Y en el Barrio Musulmán, era de rigor visitar el Litóstrotos.

—¿Qué son estas marcas en el suelo, mi Amo?

—Aquí jugaban a los dados los soldados.

- Para divertirse.
- No, para matar el aburrimiento.
- Con lo que hay que ver, encerrarse aquí...
- Pues sigamos.

Llegamos a las excavaciones de la piscina de Betesda. Los turistas sacaban fotos desde todas las posiciones.

- ¿Es aquí donde el agua tenía poderes curativos, mi Amo?
- Yo diría, más bien, que el poder de sanación está en cada persona. Es cuestión de saber sintonizar y armonizar la mente y el corazón con el que de verdad es el Médico del alma y del cuerpo. Cuerpo y alma integran una misma realidad.
- Explícame.
- Somos hechura del Dios que en Cristo ha dicho: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

El calor apretaba. Nos acercamos, una vez más, a las mezquitas de la Roca y El—Aqsa. Lucía espléndida la explanada que había ocupado el más famoso y añorado templo de los judíos.

- Descálzate, mi Sombra, que también éste es lugar sagrado.

Por este lugar sagrado, mucho antes de que se construyera el magnífico templo, y los que le precedieron, pasó Abraham, nuestro padre en la fe. Hasta aquí subieron los Patriarcas. Y construido el primer templo, aquí elevaron su voz profética aquellos hombres santos, enviados por Dios, los Profetas. Aquí rezaron nuestros antepasados.

- Descálzate, como Moisés ante la zarza en llamas, no sólo porque, de lo contrario, no te dejarán entrar, sino porque éste es un lugar sagrado.
- ¿Qué es lugar sagrado, mi Amo?
- Lugar sagrado en primer lugar eres tú. Todo el que se deja invadir por la presencia de Dios es lugar sagrado.
- De acuerdo. Pero las personas sacralizan determinados lugares.
- No hay lugar en la creación que no sea sagrado.

Mi Sombra encajó en silencio mi sentencia. Mas luego insistió:

—Entonces, mi Amo, ¿por qué la división entre judíos, musulmanes y cristianos?

Qué tremenda pregunta en el corazón mismo de la ciudad más sagrada, añorada y querida, en la ciudad blanca, Jerusalén, la ciudad de la paz.

Me invadió la emoción. Preferí no contestar. Mi Sombra, no obstante, volvió a la carga.

—¿No estamos parados sobre las mismas piedras donde se asentaba el templo judío? ¿No rezan sobre esta explanada los musulmanes? Y ahí, a un lado y abajo, ¿no rezan sobre el Muro de los Lamentos, los judíos?

Todos rezamos, no importa el lugar. A Dios se le adora “en espíritu y en verdad”. Y tal como lo estaba pensando, en mi mente y en mi corazón, se lo transmití a mi Sombra.

—Así es. Todos rezamos, no importa el lugar, ni la raza, ni la religión. ¿No me has visto rezar en la Mezquitas, y en las Iglesias, y en el Muro?

Entonces, por qué la división. Con qué fuerza, golpeaban estas palabras en mis sentimientos. Eran una espina punzando el corazón. En voz alta, para que mi Sombra no quedara sin respuesta, dije:

—Hoy estamos divididos, pero día vendrá en que estaremos unidos.

—¿Todos, mi Amo? ¿Y rezaremos juntos?

—En lo esencial, todos. ¿No estamos tú y yo, mi Sombra, inseparablemente unidos?

—De no ser así, no podríamos subsistir, mi Amo.

—Ahora lo has dicho. Nos necesitamos todos. Lo que Dios unió no debe separarlo el hombre.

Guardamos silencio. A lo lejos, se oyó una explosión de una bomba.

—¿Dónde ha sido, mi Amo?

—En cualquier parte. La tierra es un Valle de lágrimas, y en cualquier lugar del mundo hay una Raquel que llora a sus hijos.

Pensé que es importante rezar; como es importante llorar. Lloro el hombre cuando nace, y en los momentos de dolor. Se puede llorar, y de hecho se llora, de emoción; también de alegría se llora; y, si pudiera, lo haría al morir.

Se llora de hambre, de orfandad se llora; y de soledad. Y hasta de risa se llora.

Se llora a lo largo y ancho de la vida, mas lo importante es amar. Que “Dios no quiere sacrificios, sino un corazón capaz de amar”.

—De modo que lo más importante es amar, mi Amo.

—Lo más importante es amar. Sin Amor nada tiene sentido. Caminemos.

Cuánta historia esculpida en cada calle, en cada piedra, que contemplábamos.

—Mi Amo, ¿y esas ruinas?

—Son las Sinagogas de Hurva y Maimónides. Datan del siglo XVI. Y esto que vemos, fíjate, es lo que queda del Cardo Máximo bizantino, o eje central de la ciudad.

—¿Entonces? Aquélla debe ser la mezquita Jamí Kabir.

—Efectivamente, mi Sombra. Como sabes, se remonta al siglo XV.

No perdíamos detalle. Si yo me tiraba a un lado, mi Sombra también. Si me volvía, lo mismo hacía ella.

—Si recuerdas el Mosaico que hay en la ciudad de Mádaba, en Jordania, tendrás una idea más cabal y de conjunto de esta ciudad maravillosa y santa.

—Por supuesto que me acuerdo. También recuerdo lo que tantas veces me has dicho, mi Amo; que ésta, tan hermosa y blanca, es la ciudad de la paz. Pero...

La frase, intencionalmente incoada, pero no expresada, quedó flotando en el ambiente.

A todos nos duele la imposible, al menos por ahora, paz.

—La paz es otra metáfora universal. Un ideal, una utopía necesaria. Sin utopías no hay vida. No lo olvides, mi Sombra.

—No lo olvidaré: sin utopías no hay paz.

—No. He dicho, no hay vida. Y sin vida, no hay paz.

Se lo dije despacio, recalcando cada palabra. Calló mi Sombra. Yo aproveché para recordar que, igual que nosotros, otros muchos peregrinos habían venido en son de paz. O tal vez, buscando expresamente la paz.

—Pero aquí no hay paz, mi Amo. Ya ves, palestinos e israelíes están a palos. Y esto es a diario.

—Sí hay paz, mi Sombra. Sólo que la paz, cada quien la entiende como quiere. Los niños palestinos tiran piedras a los israelíes porque buscan la paz.

—Pero esos niños, a cambio, reciben balas; sucumben bajo la fuerza del armamento pesado, mi Amo. Esa es la paz que reciben.

La televisión jordana estaba dando las últimas noticias. La escena, por repetida, no perdía patetismo. Cada entierro era una manifestación de impotencia, coraje y rabia no contenida.

Todos buscaban la paz.

La política producía cada día su ración de muertos. La gente clama por un Estado propio e independiente. Y todos quieren la paz. Por eso, primero aseguran la guerra.

—Mi Amo, ¿te acuerdas de aquel feroz saqueo de la ciudad que hicieron los sasánidas al mando de Cosroes II, contra los cristianos?

—Sí, eso fue el año 614. También era en son de paz.

—¿De paz, mi Amo? Para los cristianos no.

—Pero para ellos sí. Por eso, el emperador Heraclio trató de devolver la paz a los cristianos, ganándola para su causa el año 628. Sólo que diez años más tarde Jerusalén se rendía al califa Omar.

—Es decir, mi Amo, que la guerra no dice relación a la paz, sino a la política.

—Que no deja de ser un negocio seguro y muy lucrativo.

Qué espléndidas lucían las mezquitas de la Roca que los omeyas construyeron entre los años 685 y 705, y El—Aqsa a continuación. A mi Sombra le cegaba tanto resplandor.

—Mi Amo, dicen que en 1.099 entraron los Cruzados.

—Sí, pero en 1.187 Jerusalén volvió a ser tomada por Saladino. Mas dejemos de lado la guerra y la paz. Y sigamos.

Jerusalén se iba separando del Monte de los Olivos por el cinturón que forma el Valle del Cedrón. Salimos por la puerta de San Esteban para descender a Getsemaní. Afuera de la Basílica de la Agonía un grupo de turistas japoneses escuchaban atentamente al guía. Mi Sombra no entendía el japonés pero miraba las sofisticadas cámaras fotográficas. Le dije:

—Este Valle se conoce también como Valle de Josafat. Aquí serán juzgadas todas las naciones, según la Biblia.

Mi Sombra no dijo nada. No sé si su pensamiento andaba aún por donde los japoneses, o por el juicio universal. Ignoró el Valle de Josafat, al menos de momento. Volviendo en sí preguntó:

—¿Y ese monumento?

—Se cree que es la tumba de Absalón, el hijo mayor de David. Con ese nombre se le conoce, al menos desde el tiempo de los Cruzados.

—Es de considerable altura.

—Alcanza los 19 metros. Pero ya ves que, además de éste, hay más monumentos. Todo un complejo funerario. Tumbas horadadas en la montaña, destacando las de Zacarías y Josafat.

Mi Sombra estaba al loro. Como si hablara para sí, dijo:

—Valle de Josafat y tumba de Josafat... ¿O sea, que todos vendremos a parar aquí?

—Es otra metáfora universal. Mi Sombra.

—Ningún lenguaje más universal que la muerte.

—Te equivocas. Ningún lenguaje más universal que la vida, mi Sombra.

Le noté cierta preocupación ante el tema de la muerte, así que le pregunté:

—¿Acaso tienes miedo?

—No; no me da miedo la muerte.

—¿Entonces?

—Sí me preocupa la falta de comunicación entre los hombres.

—¿A qué te refieres, mi Sombra?

Mi Sombra hizo un silencio reflexivo. Noté que una lágrima afloraba a sus ojos. Respeté su silencio que junté con el mío. Luego dijo:

—Sangre judía, como nosotros, llevaba el médico polaco Zamenhof. También él intentó que el mundo se comunicara por medio de un lenguaje fácil y universal, como puede ser el esperanto. Desde aquel 1887 ha llovido mucho. Y ya ves.

—No obstante, hay más comunicación.

—Pero no más inteligencia, mi Amo. Ahí está el internet. Una maravilla de comunicación en soledad.

Mi Sombra mostraba signos de enfado.

—¿Por qué dices, menos inteligencia?

—Porque no somos capaces de erradicar el odio que nos corroe. El odio es signo de inmadurez.

Me gusta la tendencia que mi Sombra tiene al arte melodramático cuando medio se enfada. Indica carácter.

—Mi Sombra, ¿no estarás enfadada?

—No; pero me duele el incordio del mundo; aunque reconozco y admiro el esfuerzo realizado en pro de la comunicación.

Nos sentamos en una piedra. Y los dos guardamos silencio, mientras nuestro pensamiento se iba lejos. Era como desplazarse velozmente en un viaje intergaláctico; tanto que, casi atropellamos a Julio Verne y Phileas Fogg que daban la vuelta al mundo en un viaje superlento de ochenta días.

Avistamos en los mares profundos a Magallanes y Elcano, que aún tardaron más. Tan ensimismados estábamos que, de pronto, casi se nos viene encima el Concorde.

—Ha sido error de navegación, mi Amo.

—No, el error ha sido nuestro.

En la página Web que nuestra audacia imaginativa había creado en el ordenador de los sueños, aparecía desmenuzado en fragmentos el mundo entero que saltaba como juegos de pirotecnia por culpa de las granadas antipersona. África era un espectáculo dantesco, y Europa un polvorín. Irak, campo de entrenamiento de Estados Unidos. Los “sin papeles”, mientras tanto, ocupaban las iglesias, en protesta. El siglo XXI se escoraba peligrosamente del lado de los débiles.

—¡Corre, mi Sombra, corre! ¡Esto es de locura!

—¿Dónde estamos, mi Amo? No veo nada.

—¡Nos hemos estrellado contra el sistema económico. Todos los controles se han disparado. Esto es locura. La Casa Blanca y Moscú están en alerta máxima. El Dow Jones a la baja!

Era una guerra de nervios. Para colmo, las vacas andaban como cabras (con perdón de ellas): locas. Rematadamente locas, porque alguien había dado la orden —¿constitucional?— de eliminarlas indiscriminadamente. Presas del pánico ante una muerte segura huían alocadamente. Mientras tanto, Inglaterra hacía piruetas de distracción sobre el banquillo de los acusados.

Como saliendo de un sueño poco reparador, mi Sombra preguntó:

—¿No estábamos en el Valle de Josafat?

—Y aquí continuamos.

Había anochecido. Las tres primeras estrellas lucían ya en el firmamento. Comenzaba el Shabat judío.

—Mi Sombra, el mundo entero es el Valle de Josafat, aglutinado en torno a la metáfora más universal: Adán.

—Mi Amo, yo diría más bien, la metáfora más incompleta.

Tenía razón mi Sombra. Efectivamente, Adán es la metáfora incompleta de Dios; arcilla a medio hornear en manos del Alfarero. Por eso, ahora, sobre la Calavera de nuestro Padre terrenal, enterrado bajo el monte Calvario, florecía, desde la Cruz del Redentor, Árbol de Vida, el Nuevo Adán, la obra perfecta de Dios.

4.- LA PIEL DEL TIEMPO

Nada más cautivador que un amanecer en el desierto. Mi Sombra y yo habíamos recorrido los aproximadamente 40 kms. que separan Jerusalén del Mar de la Sal.

Con esa tibieza indefinible que tiene de pereza sorprendida y matinal la luz del amanecer, el lago se nos presentaba agreste y familiar, desolador y paradigmático a la vez, en su quietud.

La sal trepaba por todos los salientes rocosos, formando verdaderas estatuas, memorial perenne de la mujer de Lot, quietas, eternizadas en el silencio tendido sobre la superficie del agua.

Por el inhóspito desierto que rodea, encierra, y vela el sueño sepulcral de este lago, llamado mar, —muerto por sobredosis de sal—, se veían, como venas luminosas, estrechos caminitos trazados por los minúsculos rebaños de corderos y cabras que los surcan. Tierra tersa, ocre, infinita de soledad; ondulada tierra, aparente, sólo aparentemente deshabitada, pues el desierto está lleno de vida.

—Boker tov, mi Amo.

—Buenos días, mi Sombra.

—¿Te has fijado, mi Amo, en el amanecer? Es como un salmo de alabanza.

— Efectivamente, hay mucha vida sobre las arenas del desierto.

—Nada más bello, mi Amo, que un amanecer sobre el desierto.

Íbamos pisando la misma tierra santa y por los mismos caminos, tantas veces recorridos por el Rabí de Nazaret.

Poco a poco, la luz comienza a bullir por todas partes. El desierto es agreste, pero invita a la paz.

—El desierto es el areópago de la paz, mi Amo.

—Y cada tienda de beduinos un oasis de hospitalidad y de amistad.

—Cada tienda de beduino, quiero añadir, mi Amo, un escaño en el parlamento universal del desierto, desde donde se imparte la ancestral doctrina de la hospitalidad.

—Veo que el amanecer a orillas del Mar de la Sal te ha hecho despertar de buen temple, mi Sombra.

El sol estaba bajo aún, así que mi Sombra, que se había alargado hasta el infinito por la inclinación matinal del mismo, se me fue acercando según avanzaba la mañana.

Algo más quería decirme. No había perdido el tiempo. Aprovechando que la luz horizontal del amanecer la había proyectado lejos, se había asomado, por los alargados caminos del tiempo, hasta el Éxodo.

Alegre y risueña, a tono con el radiante amanecer del desierto, y según se aproximaba, me dice:

—Te cuento, mi Amo. Me he asomado a los siglos XII—XI antes de Cristo.

—¿Ah, sí? ¿Qué has visto?

—El Código de la Alianza.

—Bien, pero algo te traes entre manos; algo quieres decirme con eso, que te conozco. Explícate.

—Sí, mi Amo; léete, por favor, Éxodo 20 y 22, y más; que hay mucho que leer.

—Ya los he leído.

—Entonces, recordarás que son los tiempos del establecimiento de Israel en Canaán.

—Sí, pero sigo sin entender.

—Pues es fácil, mi Amo. ¿Recuerdas el pasaje que dice: “No molestes ni oprimas al extranjero, porque vosotros también fuisteis extranjeros en Egipto”?

—¿Me estás diciendo que te trato como una Sombra extraña?

Mi Sombra se echó a reír.

—No, mi Amo. Tú y yo nos llevamos de maravilla; aunque, como ves, bien distintos somos. Tú puedes tener la tez blanca, que yo siempre la tendré morena. Somos polos opuestos unidos por el mismo eje.

Noté que mi Sombra se enternecía. Es muy sensible y, a veces, muy frágil; pero imperturbable siempre.

—Tienes razón, mi Sombra. Tú y yo nos llevamos muy bien, a pesar de que jamás puedes quitarme el sol.

—Sí que puedo, mi Amo. Basta que alargues la mano por encima de los ojos, y yo te los protejo.

—No, me los protege la mano.

—No la mano, sino la Sombra que proyecta la mano. O sea, yo.

—Llevas razón.

—Gracias a mí, tus ojos tienen más claridad para ver las cosas limpiamente. No olvides que soy tu conciencia.

Imposible huir de la conciencia. Menos mal. Ella clarifica. Qué razón tenía.

—Entonces, ¿qué me quieres decir con esto de los extranjeros?

Había un cierto deje de tristeza en su mirada.

—Es conveniente, mi Amo, que leas también el libro del Deuteronomio.

—También lo he leído.

—Ahí aparece el Código de la Alianza; data de tiempos del rey Josías, siglo VII a.C.

—Ya.

—Pues, te habrás dado cuenta de un hecho sin precedentes en la historia.

—¿Cuál?

—El que tiene lugar cuando se establece un impuesto social para ayudar a los extranjeros.

—Lo recuerdo. Está en Dt. 14, 28—29.

—Me alegro que lo recuerdes.

—Se trata, efectivamente, del diezmo trienal, para ayudar a levitas, viudas, extranjeros y, en fin, necesitados.

Advertí un deje de satisfacción en mi Sombra. Me miró con cierto aire de complicidad. Prosiguió:

—Y como si eso fuera poco, mi Amo, está también el Código de Santidad, del libro del Levítico.

—Que también conozco.

—Es allí donde se equipara a los extranjeros con los israelitas: “Si un emigrante se instala en vuestra tierra, no le molestaréis; será para vosotros como un nativo más y lo amarás como a ti mismo, pues también vosotros fuisteis emigrantes en Egipto”. Levítico 19, 33, mi Amo.

—Ya lo creo que fuimos emigrantes...

Esta vez mi mente no se fue a tiempos pasados. El presente estaba resultando de acuciante actualidad.

En Barcelona, en Murcia, y en otros lugares, los “sin papeles” tenían tomadas las iglesias. Y en Ramala seguían los disturbios entre palestinos y soldados israelíes.

¿Por qué tiene que haber, siempre, un algo que perturbe la paz de un amanecer? ¿Por qué ni en la soledad agreste y serena al mismo tiempo del desierto se puede encontrar la paz?

—No puede haber paz, mi Amo, mientras no desaparezca la crispación de las conciencias.

—Entonces, si te parece, sigamos nuestro peregrinar. Estamos en tierra de los esenios, y Qumran es visita obligada.

Mientras caminábamos hacia Qumran, fui rumiando, hacia dentro de mí mismo, una inquietante pregunta: ¿Y quién no es extranjero?

Mi Sombra adivinó, sin duda, mi pensamiento, porque preguntó:

—¿Y quién establece la condición, o no, de tal?

—No importa quién sea. Tú y yo somos extranjeros. Y a mucha honra.

—Pero “con papeles”, mi Amo.

—No, con derechos. Los derechos son antes que los papeles. Los derechos son inherentes a la persona. Y la persona está por encima de todos los papeles, habidos y por haber.

Había alzado la voz, que el eco esparció por el desierto. ¿No habían hecho igual los profetas? ¿No había resonado con fuerza su voz? En tierra de profetas estábamos. Pero, ¿dónde están hoy los profetas? La nueva clase de los políticos han sustituido a los profetas.

Como tratando de calmarme, mi Sombra, humilde, dijo:

—Es verdad, mi Amo, la persona se acredita por sí misma. La tierra es de todos. Toda la tierra es de todos.

—¿Toda la tierra de todos? No lo digas muy alto, mi Sombra, que no te lo van a creer.

Mientras íbamos acercándonos a Qumran, le fui contando a mi Sombra cómo, en cierta ocasión, recuerdo haber escuchado en un mitin a un orador demagógico que preguntaba a los campesinos:

—¿De quién es la tierra?

Esperaba, sin duda, la respuesta de la masa:

—¡De todos!

Para poder argumentar por un reparto fácil de la misma. En apariencia, reparto para todos. En realidad, se trataba tan sólo de un intento de cambio de dueño. Una mujer, entrada en años, le arruinó el mitin. Con voz, que todos pudieron oír, gritó:

—¡De Dios nuestro Señor!

Ajenos al mitin, el algodón y el maíz seguían creciendo bajo la caricia del sol.

—Cosas de la política, mi Amo.

—No lo olvides, mi Sombra. De Dios nuestro Señor.

—Por consiguiente, de todos.

Casi sin darnos cuenta nos íbamos separando del fascinante Mar de la Sal, de aguas densas, y de un hermoso color verdoso, frente al contrastante ocre suave de los alrededores montañosos. Y estábamos ya en las proximidades de Qumran. La panorámica que ofrece el escarpado corte del desierto de Judea es impresionante. Sobre el corte rocoso están las famosas Cuevas.

—Otro fascinante lugar, mi Sombra, lleno de historia y acontecimientos.

—Tengo entendido que se remonta a los tiempos de Ozías.

—Eso parece. Y siempre hubo aquí mucha vida, hasta la ocupación y caída de la fortaleza de Masada a manos de la X Legión romana.

No pudimos entrar a las cuevas, no había acceso. Allí donde, supuestamente, la cabra había entrado, no hubo acceso para nosotros.

—Son muchas las cuevas, tengo entendido.

—Eso parece. Supongo que sirvieron de casa, fortaleza y refugio, desde muy antiguo. Sin duda que los beduinos debieron utilizarlas a lo largo de los siglos.

—Hasta que desaparecieron.

—Un pueblo nunca desaparece del todo.

—En los pergaminos que, en apariencia, se encontraron por casualidad, quedó como en testamento para los siglos venideros el alma y la memoria de un pueblo.

Creí oír el chasquido lastimero de una tinaja al romperse en mil pedazos. Bastó una piedra lanzada al azar por un pastor beduino para despertar el sueño y la memoria de un pueblo, también beduino, expoliado y desaparecido en la quietud intangible del desierto.

—Mi Amo, ¿de veras fue un pastor el que lanzó la piedra?

—Qué importa si fue un pastor, o ninguno. Nos movemos en un mundo de símbolos, y los símbolos van más lejos que las piedras.

—¿Entonces?

—¿No lo entiendes, mi Sombra? No hay secreto que dure una eternidad. Un secreto es como una olla a presión; o la abres a tiempo, o estalla.

—¿Quieres decir que alguien reveló la existencia de los pergaminos porque no pudo guardar por más tiempo su secreto?

—Es una de las posibilidades. No lo sé. Lo único que sabemos es que los pergaminos terminaron por salir a la luz pública.

—Pero la versión oficial es la del pastor que buscaba la cabra.

—De versiones oficiales está el mundo lleno. Importan los pergaminos.

—Importa el pueblo.

—Estoy de acuerdo. El desierto, mi Sombra, como muchas veces te he dicho, está lleno de vida.

Grupos de turistas contemplaban absortos la desierta y emblemática panorámica. El calor apretaba, por lo que algunos se apartaban de los guías para ir en busca de refrescos a la cercana y bien surtida tienda.

—Mira, mi Sombra; esos pequeños paredones que vemos ahí abajo corresponden a las ruinas de lo que fue el monasterio de los esenios.

—¿Los esenios?

—Sí. Una especie de monjes del desierto.

—¿Monjes del desierto, has dicho?

—En parte, sí; pero más bien, no.

—¿Entonces?

—Yo diría, más bien, que eran buscadores de Dios.

—¿Como nosotros?

—No. Son muchos los caminos que llevan a Dios. Lo importante es que cada uno encuentre el suyo, correspondiente.

Bajo el ardiente sol trazamos los rasgos de una geometría imaginaria. Jericó, Mar de la Sal, Qumran, formaban una trilogía perfecta donde convergen los buscadores de un mismo Dios que, por distintos caminos, tratan de encontrar y adorarlo.

—Recuerda, mi Sombra, aquel día cuando a Jericó llegaron los espías.

—Sí, lo recuerdo.

—Bien, pues espía es sinónimo de turista.

—Claro, porque lo curiosean todo.

—Tanto unos como otros.

—Los envió Josué desde el Monte Nebo.

—Y recordarás que regresaron con la buena noticia de que era una tierra feraz cuya prueba estaba en los frutos ubérrimos que traían.

—La Tierra de promisión, mi Amo, tras la fatiga del largo viaje por el desierto.

—Y Puerta de entrada a la Tierra prometida. Es la zona donde nos encontramos.

—Oasis de Jericó.

—Fértil vega del Jordán.

Saboreando estábamos unos dulces y sabrosos dátiles. Quietud, paz, sosiego. Muy cerca de la puerta de la tienda, en la explanada, un beduino de un blanco impecable, estaba sentado en una silla junto a su camello, esperando que los turistas probaran la experiencia de subirse a un camello y sacar la foto que acreditara sus exóticas andanzas.

—¿Cuánto?

—Two dollars.

—No, no; ser mucho. Úan dólar.

—One, no; two dollars.

El grupo de turistas españoles seguía porfiando. Pero terminaron por soltar los dos dólares por cabeza que el moreno beduino pedía.

Nada más nos separan unos siglos. Distintos turistas, distintos espías. Unos, salidos de la esclavitud, buscan la Tierra prometida; otros, sobrados de todo, la invaden, para salir, cargados como esclavos, de souvenirs.

Sólo el Mar de la Sal, o Mar Muerto, permanece en su sitio, en sedente quietud, como si en él hubieran quedado sepultados los pecados de una humanidad doliente, la de entonces y la de ahora.

Mi Sombra seguía dando vueltas a la preocupación apuntada.

—Mi Amo, en Egipto, nuestros padres trabajaron “sin papeles”.

—Y sin papeles atravesaron el Jordán.

El Jordán, de hondas reminiscencias, lugar de encuentro y frontera, a veces, donde se purifica el dolor original en aguas bautismales de redención.

La voz de los profetas estaba suspensa en las arenas flotantes del desierto. Bajo el Mar Muerto yacen sepultadas las ruinas de Sodoma y Gomorra. Mientras en Qumran se elabora y guarda la teología de la fidelidad bajo el estricto control del Maestro de Justicia.

Los obreros—artesanos de la ley escrita trabajan incesantes sobre los pergaminos que pronto habrá que esconder y conservar en cuevas.

—Mi Amo, esto parece el disco duro de un ordenador.

—Es, más bien, la memoria histórica y real de un pueblo.

—Qumran era el disco duro del desierto, de sus gentes, y el mar.

—En Qumran aún no se conocían los ordenadores.

—Es un decir, mi Amo.

—No, no; si estoy de acuerdo, y celebro tu ocurrencia. Lo que quiero resaltar es su inteligencia. La base de datos del gobierno del pueblo, tanto en lo social, político y religioso, estaba aquí, en Qumran.

—Gracias, mi Amo. ¿Ves? Lo que yo te decía.

Por la pantalla del monitor comenzaron a desfilarse una serie de documentos. La lista de normas de conducta, dirigidas tanto a gentes de ámbito urbano, como del campo, era completísima.

—Congela un momento la imagen, mi Amo. ¿Qué es eso?

—Lo que ves. Un ritual, para la ceremonia del matrimonio.

—¿Para el matrimonio?

—Ya te he dicho que Qumran era como el cuartel general de los esenios.

Por la pantalla seguían desfilando siglo y medio de actividad incesante de un sector definido del grupo esenio; el mismo que se había distanciado del judaísmo oficial.

—¿Qué pasaba con el judaísmo oficial?

—Mi Sombra, el judaísmo oficial era considerado relajado en cuanto a costumbres e interpretación de la ley.

—Es decir, que los esenios buscaban la fidelidad a la Alianza.

—Claro, a la Alianza, con el respeto exigido a la puesta en práctica de la Ley.

—Pues debió ser una vida muy dura, mi Amo.

—No tiene por qué serlo, si se trata de ser consecuente con el seguimiento de unas ideas en las que se cree.

Lo que queda a la vista, tras las excavaciones arqueológicas, nos da idea del régimen de vida en la comunidad:

—trabajo,

—estudio,

—meditación.

La página web nos muestra ahora una serie de pergaminos.

—Son los Libros santos, escritos sobre la piel del tiempo.

Caía el sol a plomo, tanto, que mi Sombra se escondía bajo la verticalidad de mi cuerpo. Los aljibes del monasterio están secos. En lo más profundo de las cuevas me ha parecido escuchar el balido de una cabra. Un canto liso ha impactado sobre una tinaja. Y como si de una explosión se tratara, los pergaminos han volado por los aires; algunos han caído en el Vaticano, la mayor parte sobre Washington.

—Mi Amo, ¿Qumran era un enclave militar?

—Era, diría yo, el centinela de una perfecta teocracia para conservar el sentido del tiempo y de la eternidad.

Asomados al pequeño barranco veíamos la Cueva 4, situada a pocos metros del monasterio.

El ordenador mostraba ahora no menos de cuarenta mil fragmentos de los Manuscritos.

Mientras, la voz de los profetas seguía resonando, como un eco prolongado y que se va desgranando poco a poco en el desierto, hasta quedar grabada sobre la piel del tiempo.

5.- LOS ESPÍAS DE JERICÓ

Difícil nos resultaba, a mi Sombra y a mí, conciliar el sueño. Las imágenes se agolpaban en la mente, a tal velocidad y con tanta profusión, que, era como estar viviendo en un país de ensueño. Lo que, por lo demás, resultaba ser una hermosa realidad. Mi Sombra puntualizó:

—Una hermosa realidad.

Desde el balcón de la habitación del hotel podía contemplarse, tan sólo, un trozo de paisaje; pero era suficiente para, en vista panorámica, imaginarse la película más vívida y real de la historia. Hasta mi Sombra se emocionó. Y así se expresó:

—Tengo la sensación de estar en mi tierra; mi tierra de siempre.

Añadí:

—La tierra soñada.

—Donde nadie, nadie, se siente extraño...

—Tu tierra soy yo, mi Sombra. Aunque, te aclaro, tú no eres extraño.

No dijo nada. Aproveché su silencio para decirle:

—Tienes razón. Aquí nadie se siente extraño.

Efectivamente. Era la tierra de todos: la Tierra Prometida. Cuántos recuerdos me traía. Ahora fui yo mismo quien guardó silencio. Hay silencios necesarios para poder mirar hacia dentro, para dejar que las emociones afluyan con naturalidad; y con la necesidad de que la cuerda sensible de los sentimientos esté siempre bien templada.

Dejé que mi alma se llenara de paisaje. Mientras me preguntaba a mí mismo.

—¿Y yo...? ¿Quién soy yo?

La pregunta, aunque iba hacia el interior de mí mismo, tenía la metafísica esencia de las preguntas necesarias; las que cada quién debe formularse. Preguntas raíces, que no radicales.

Mi Sombra, como siempre, estaba al quite.

—¿Tú? Tú eres judío, uno más, mi Amo.

Eso ya lo sabía yo. No obstante, desde su versión personalista, seguramente que no te falta razón.

Judío, sí, un judío ignorado que, desde mi vertiente cristiana, universal, había subido a Jerusalén para alabar y rezar al Dios de mis padres.

Eso era yo. Así me vi. Y le di gracias a Dios. Quizá mi Sombra no calaba en lo profundo de mis sentimientos, ya que a renglón seguido añadió:

—Aunque también somos turistas.

—O sea, espías.

—Ya.

—Adivino hacia dónde apunta tu afirmación.

Decía bien; pues en mayor o menor medida, y no sé si por suerte o por necesidad, todos somos turistas.

—Espías, mi Amo.

—Curiosos.

—Bueno, nosotros peregrinos

—Exactamente. Dices bien, mi Sombra. Nosotros somos, por esencia, peregrinos.

—De todo un poco.

—En qué quedamos. Aclárate, pues no sé si has logrado captar bien la situación.

Me di cuenta de que mi Sombra, bajo una aparente frivolidad o, dicho más suavemente, confusión, tenía las ideas muy claras.

Sucede que, el ser humano no es unívoco en sus ideas, ni a la hora de expresarlas ni a la hora de recibirlas. Tampoco en sus sentimientos y comportamientos. El ser humano no es químicamente puro en nada. Como el oro, está envuelto en la ganga del devenir y de los avatares mismos de la vida. Sólo desde su libre albedrío tiene que hacer la claridad suficiente que le ayude a caminar por la vida sin perder su propio camino.

—Mi Amo, estás muy silencioso.

—Estaba pensando.

—¿En qué?

—En que somos turistas.

—¿No será, más bien, en que somos de todo un poco?

Mi mente, como sucede a cualquier turista, archivaba lo que mis ojos veían. Pero era mucho más lo que veía con el corazón. Los sentimientos me golpeaban con rapidez.

—A mí también, mi Amo.

Esa misma tarde habíamos estado al otro lado de la frontera. Declinaba el día, pero aún se veía perfectamente el paisaje, épico y sublime, que se ofrece desde el Monte Nebo. Cerré los ojos, para saborear mejor tanta vivencia y emoción. Me sentí hijo de mi pueblo. No quise recordar la salida de Egipto.

—O quizá te falta la memoria de ese trozo de historia, mi Amo.

—No, no me falta, pero me embarga la emoción.

Yo también había llegado, con los sobrevivientes, hasta el Monte Nebo. Lo recuerdo bien; me aproximé a Moisés. Anciano de años, pero aún fuerte, y colmado de santidad, más que el calor del desierto, los años, o la fatiga al atravesar las estepas de Moab, a Moisés le pesaba la nostalgia y la tristeza por la cercanía de su fin. Dios le había dicho: no pasarás.

—Y no pasó.

Lo vi subir con lentitud la pendiente del monte Nebo. Extendió su vista. Y su alma de patriarca, y profeta a la vez. Lenta, solemnemente, por última, y una vez más, bendijo al Dios de sus padres.

—A continuación bendijo también al pueblo.

—Sí. Lo que aún quedaba de su pueblo.

A su lado estaba, firme y serio, su fiel ayudante, Josué. Detrás, todo el pueblo, o lo que aún quedaba, como digo, del mismo.

—La larga travesía del desierto y las claudicaciones, lo habían diezmado.

—Pueblo de dura cerviz, inclinado a los ídolos.

—La condición humana, mi Amo.

Al frente, visible, o soñada, se extendía la tierra entera; desde Galaad hasta Dan.

—Incluyendo las tierras de Neftalí, Efraím y Manasés.

—Y la tierra de Judá, y el mar Occidental, y el Négueb, y Soar.

Pero lo que hacía que sus ojos se cimbrearan de gozo, eran las palmeras de Jericó y el verde valle; el oasis más espléndido que jamás hubiera podido soñar o imaginar. El día era radiante, no subía aún la tenue bruma del Mar Muerto, que opaca un tanto la vista.

—Yo también lo recuerdo, mi Amo.

—¡Cómo olvidarlo!

Así que, de un lado, rielaba el Mar de la Sal, del otro, la mancha verde del valle de las orillas del Jordán.

—De palmeras y ubérrimos huertos.

—Y dátiles, dulces más que la miel, mi Amo.

Moisés, desde el monte Nebo, gritó:

—¡La Tierra prometida!

Y un...

—¡¡¡Oooooohhhhhh...!!! —cerrado, en olor de multitud, se elevó al unísono de todos los pechos.

—Imposible olvidarlo, mi Amo.

—Imposible.

Luminosa, amurallada, coqueta, espléndida como una reina, lucía Jericó, señoreando la amplia y fértil vega.

—Y los camellos dormitaban junto a las palmeras, mi Amo.

—Con ese porte señorial y mirar tranquilo que tienen, mi Sombra.

—Y el andar cadencioso, como de un barco sobre la arena.

—Bien dicho, pero déjame continuar mis recuerdos.

Moisés cerró los ojos, quedó como en éxtasis, musitó una oración y su alma se elevó, tranquila y serena, hasta el Dios de sus padres, desde lo alto del monte Nebo.

—Donde nos encontramos ahora.

Como una colmena nerviosa y laboriosa se movía el pueblo. Había terminado el mes de duelo decretado por la muerte de su gran líder, Moisés, y tenían prisa por entrar a la Tierra prometida. Josué tomó el bastón de mando que Moisés le otorgara. Y con la autoridad que Dios mismo le daba, se dispuso a pasar el Jordán. No quería emboscadas, ni sobresaltos. Era hombre de paz, así que envió dos hombres de su confianza a espiar.

—O sea, a turistear.

—No debían levantar sospechas.

Con aire despreocupado, los dos turistas se dirigieron directamente a la casa de Rajab, la prostituta, que estaba adosada a la muralla. Probablemente una prostituta no levanta sospechas.

—Es mujer universal, mi Amo.

—Además, entraron discretamente.

No la tocaron. Y mientras saboreaban los dátiles que galantemente les ofreció, le hablaron con franqueza de sus planes. Hubo un tira y afloja, y muchas discrepancias. Y por fin, una solución concertada. Curiosamente, Rajab, la prostituta, estaba al tanto, sabía mucho, más de lo que ellos se imaginaban. Por su casa pasaba mucha gente, de toda raza y condición; estaba al corriente de los avatares del pueblo que ahora lideraba Josué.

—Pero tenía miedo, mi Amo.

—No lo ocultó. Temblaba por ella y por su pueblo. Y les dijo:

—“Os he tratado con bondad; juradme, por vuestro Dios, que haréis lo mismo conmigo y con los míos”.

Le dieron su palabra de honor.

—“Juramos que te trataremos con bondad y lealtad. Ata en la ventana este cordón escarlata, como señal de protección; mas, si divulgas nuestro asunto, quedaremos libres del juramento”.

Los forasteros, sin embargo, no habían pasado desapercibidos. Un manto de sospechas cubría la ciudad. Sonaron golpes en la puerta. Las autoridades, y un grupo de gente, se apiñaron junto a la puerta de Rajab. Los golpes en la puerta arreciaban.

—¡¡Voy...!! ¡¡Ya voy, ya voy...!!

Hizo subir a los espías al terrado de la casa, donde se escondieron entre unos haces de lino. Los golpes y el griterío iban en aumento.

—¡Ya voy, ya voy...!

Con una sonrisa zalamera abrió la puerta. Las autoridades venían con cara de pocos amigos.

—¡Entrégnanos a esos hombres que están contigo!

—¿Conmigo...? ¡Conmigo no hay nadie. Estoy sola. ¿Los hombres...? Sí, estuvieron aquí, pero ya se fueron; anoche, cuando estaba oscureciendo y las puertas iban a ser cerradas. Dijeron que tenían prisa. Creo que iban hacia el poniente. Seguro que si os apuráis, aún los alcanzaréis...

Y con prisa, la gente se dispersó. Algunos, enviados por las mismas autoridades, salieron en persecución de los espías.

—Mientras tanto, éstos permanecieron escondidos.

—¿En dónde, mi Amo?

—Ya te he dicho. En la terraza de la casa de Rajab. A la Sombra.

—Dónde mejor que a la Sombra.

—Pero no eras tú.

A los tres días regresaron los perseguidores; volvieron como se habían ido, de vacío.

—¿Y qué hicieron los espías?

—Pues deslizarse, con la ayuda de una cuerda, desde la ventana que daba a la muralla.

Sobre la ventana de Rajab quedó luciendo la señal convenida: el lazo escarlata. Señalaba también, quizá para siempre y con sentido universal, la casa de, para unos, una mujer pecadora; para otros, su salvadora.

—¿La sigues recordando, mi Amo?

—No, no volví a pensar en Rajab. Sólo recuerdo que era guapa, muy guapa, de rostro juvenil, y ojos profundos.

—Es que tenía el encanto que imprimen las sales del Mar de la Sal, también llamado Mar Muerto, mi Amo.

—Era una mujer.

—Bien, sigue, sigue, contando.

De pronto, el Jordán se puso en pie. Las aguas se apretaron muy al norte y también junto al Mar de la Sal. Todo el cauce quedó seco; y el pueblo comenzó a pasar, a pie enjuto. Primero los sacerdotes, con el Arca de la Alianza; después el pueblo.

Terminada la travesía, en seco, del río más sagrado y de bautismales aguas, Josué mandó que doce hombres, uno por cada tribu, se acercara al cauce seco y que de los cantos rodados tomaran uno por cada tribu.

—Había que construir un nuevo porvenir, mi Amo.

—Y dejar atrás el Egipto opresor.

Efectivamente. Atrás había quedado para siempre la opresión, la esclavitud y la humillación. La frontera marcaba un antes y un después. Las aguas del Jordán volvieron a juntarse. Pero las piedras arrancadas al cauce serían señal, cimiento y altar, de una página nueva que se habría para el Pueblo escogido.

—Por fin, habíamos entrado a la Tierra Prometida, mi Amo.

Situados a cuatrocientos treinta metros bajo el nivel del mar, los mismos que marcan la depresión del Mar de la Sal, este Pueblo soñador iniciaba la mítica y bíblica subida a Jerusalén. Pueblo amasado de pecado y perdón, de infidelidad y esperanza, de sufrimiento y valor, de humildad y de épica grandeza, envuelto en la santidad del Dios único y sublime.

—Que responde como Adonai Elohim, Alá, o Dios Padre, a la plegaria de sus dispares seguidores.

Este Pueblo nunca más daría marcha atrás.

Seguíamos en el balcón del hotel.

—Mi Amo, qué panorama más hermoso se contempla desde este magnífico hotel.

—Ya te dije que es un paisaje maravilloso

Era momento de recuerdos, de ensoñación.

—Mi Amo, las noches de Jerusalén también son mágicas, llenas de luz y de encanto, como ésta.

—Aquí todo invita a soñar y a recordar.

Recordar es soñar, y soñar es trascender.

Ahora mi mente regresaba a Jerusalén, la ciudad santa, situada en lo alto, tan llena de luz, era como una plegaria candorosa, universal. Era como si desde el Muro de las Lamentaciones subiera, igual que el incienso vespertino, todo el murmullo de salmos, acumulado a lo largo del día, en rítmico vaivén.

En tanto que, desde la mezquita de La Roca, el Profeta era llevado, en hermosa y halada yegua alazán, a lo más alto de los cielos, entre tules de ángeles y arcángeles.

Pero allá arriba, en el Santo Sepulcro, la sublime y más visitada tumba del Nazareno, permanecía vacía.

—Vacía a perpetuidad

—Y llena del aroma de la Pascua de Resurrección.

En el jardín del Huerto de los Olivos, otra Rajab, más conocida por María, la de Magdala, mujer universal, por pecadora y santa, musitaba, con un suspiro estremecido:

—¡¡Rabbuní...!! ¡¡Maestro mío...!!

—Mi Amo, convendrá descansar un poco; nos espera otra importante jornada.

—Tienes razón.

La película de recuerdos y emociones fue perdiendo luminosidad en mi mente.

—Mi Amo, ¿duermes?

6.- EL OLIVO DE LA PAZ

Al amparo de la multitud de peregrinos que, en grupos constantes, hacían el recorrido por el Huerto de los Olivos, mi Sombra y yo, aprovechando que nadie se fijaba en nosotros, fuimos a escondernos entre los amplios pliegues del tronco de un vetusto, frondoso, nervudo y venerable olivo.

—Huerto de los Olivos, lugar de aceite, o Getsemaní; éste es el más famoso Huerto de la historia, mi querida Sombra, eternizado en el tiempo, y en el fervor de los pueblos.

—Cuántos recuerdos evoca, sin duda.

—Ya lo creo.

Efectivamente. Rajado por los siglos, y las miradas cautivas de los turistas, el viejo olivo guardaba mucha historia. Sentí una como apremiante necesidad de ir a preguntarle...

—¿A preguntarle qué..., mi Amo?

—Si te dijera que yo mismo no lo sé...

Aunque, en el fondo, yo sabía que él, el viejo olivo, sabía...; lo cual era más que suficiente.

—No te entiendo, mi Amo.

—Lo mismo da. Yo sí me entiendo, y es suficiente.

Me acerqué y comencé el diálogo con una pregunta trivial, rutinaria. El hecho es que me urgía hablarle.

—Mi querido olivo, ¿cuánto tiempo llevas plantado ahí?

Me miró con una mirada profunda que traspasaba los siglos. El viejo olivo rebosaba piedad. Me atrevería a decir que era, sobre todo, ternura. Hizo silencio, como queriendo recordar.

—Me preguntas que cuánto tiempo llevo plantado aquí... Buena pregunta. Una eternidad, hijo, una eternidad.

Y aún volvió a repetir:

—Una eternidad. Aunque, a decir verdad, a ciencia cierta, no lo recuerdo, hijo, no lo recuerdo. He perdido la memoria. Soy tan viejo... Digamos que, miles de años. ¡Miles de años...!

Recalcó:

—¡Miles de años!

Le dije:

—Entonces, sabrás muchas cosas. Habrás visto pasar tanta gente junto a ti, y a la Sombra de tus ramas... Dime, por favor, ¿qué es lo que más te ha impresionado en tanto tiempo?

Hizo una pausa, como pensando la respuesta.

—¡La historia...!

Tras un breve silencio, continuó.

—Sí, hijo, la historia. Toda la historia he visto pasar desde aquí.

Terció mi Sombra.

—¿Toda?

—Toda. Pero las guerras, hijo, las guerras, me han impresionado más. Y, sobre todo, me han dolido.

Sentí que una especie de sentimiento emocionado se apoderaba de él. Luego añadió.

—Me ha dolido la imposible paz de esta tierra que apodan, y es, santa.

Nos entró un estremecimiento a mi Sombra y a mí al decir “la imposible paz”. La situación entre israelíes y palestinos acababa de ponerse sumamente tensa, tras la muerte de dieciocho jóvenes israelíes en Tel—Aviv, por el atentado con bomba en una acción suicida llevada a cabo por un palestino.

—La paz que yo llamaría del “nunca jamás”. Pero lo que más ha marcado mi existencia, ha sido ver llorar a Cristo...

Noté que el viejo olivo se estremecía como en un sollozo que recorriera todo su añoso tronco.

—Cuéntame.

—Cada vez que lo recuerdo, la emoción embarga mi ser. Discúlpame. No te extrañe, si me ves llorar. Te diré.

Mi Sombra escuchaba embelesada. El venerable olivo prosiguió.

—El Maestro venía frecuentemente al huerto. Aquí solía sentarse, a mi vera. Le gustaba la frondosidad de mis ramas, mi Sombra protectora. Aquélla, lo recuerdo muy bien, era noche de luna creciente, casi llena. Espléndida noche. Pero él estaba triste, muy triste. Se arrodilló, y se puso a rezar, como solía. Pero lo vi inquieto. Juntó sus brazos, apoyó su cabeza en ellos y comenzó a sollozar. Era un llanto que conmovía, punzaba, y traspasaba el alma. Lloró amargamente, pero sobre todo rezó. Rezó por Jerusalén, y su oración era como el clamor aunado de todos los profetas. Parece que lo estoy viendo...

Sentí que el viejo árbol luchaba por contener los sollozos. A la luz de la luna, la Sombra mural de lo que fue el magnífico templo nacional, extendida por la explanada, era como una alfombra que invita a arrodillarse en actitud reverente de adoración. Tomando aliento, el entrañable olivo continuó:

—El Maestro rezaba, y lloraba también, por el templo. Me pareció oír que decía:

—“Día vendrá en que no quedará piedra sobre piedra...”

—¿Es posible?

Casi sin darme cuenta exterioricé mi asombro.

—Y tan posible, hijo, tan posible. No muchos años después de la muerte del Maestro, el 66, los judíos tuvieron una rebelión. Los romanos, dueños entonces de medio mundo, no se anduvieron con historias y entraron a saco. Cuatro años más tarde, Tito destruyó completamente Jerusalén; y, lo peor de todo, también el Templo. Ha sido el sacrilegio más grande de la historia; y el que ha provocado más llanto, más divisiones y más guerras.

Intervino mi Sombra.

—¿Más guerras, por qué?

—Los judíos no podían, ni debían, aguantar semejante humillación. Todo lo hubieran soportado, todo, menos quedarse sin el Templo. Y en el año 132 inician una nueva rebelión dirigida por Bar—Kojvá.

Tercié:

—Adriano, era entonces emperador de Roma.

—Efectivamente, y él fue quien atacó.

Mi Sombra, que no perdía palabra, dijo:

—Creo que hasta le cambió el nombre a la ciudad santa.

—Así es, y le dio uno esperpéntico y pagano.

—¿Cuál?

—Aelia Capitolina.

Intervine, con ansias de empaparme de sus sentimientos:

—¿Pero en el siglo IV las cosas cambiaron, ¿no? ¿No fue cuando se convierte Constantino al cristianismo...?

Hizo una especie de mueca, y como si oteara el horizonte, dijo:

—No, no cambiaron. Porque, si por una parte, es cierto que vino una etapa de paz, no duró mucho. La dominación bizantina trajo paz, se construyeron iglesias, se extendió el cristianismo... Pero a comienzos del siglo VII son los musulmanes los que entran en acción. Jerusalén pasa a ser para ellos la tercera ciudad en importancia, tras la Meca y Medina. Lo cual, tampoco hubiera tenido mayores consecuencias. Pero es que, el año 1.009, el califa Sakim hizo la barbaridad de destruir el santo Sepulcro, y esto provocó la animosidad entre Oriente y Occidente, que dio lugar a la entrada en acción de los Cruzados.

Mi Sombra, que seguía con profunda atención nuestra conversación, al oír Cruzados, terció una vez más en nuestro diálogo.

—¿Cuándo entran los Cruzados en Jerusalén?

—Finalizando el siglo XI, concretamente el año 1.099.

—Gracias.

—Pero no había pasado un siglo de su estancia en Tierra Santa y ya Saladino, el flamante príncipe egipcio, les estaba infligiendo la más absurda derrota.

Mi Sombra volvió a preguntar, con una especie de extrañeza:

—¿Por qué absurda?

—Porque prácticamente no hubo lucha. Resulta que, situados los Cruzados en los Cuernos de Hittín, los musulmanes aprovecharon la brisa que se levanta a mediodía; prendieron fuego a la hierba, los acorralaron formando un cerco, y los Cruzados murieron calcinados dentro de sus armaduras. Sucedió esto el año 1.187.

Noté que mi Sombra hizo un gesto de horror. Yo añadí:

—Sin embargo, los Cruzados construyeron muchas fortalezas...

—Es verdad, fueron grandes guerreros, y grandes defensores de los Santos Lugares. Y por lo mismo, construyeron enormes y sólidas fortalezas. Pero ya te he dicho que ésta es tierra de guerras.

Debió notar mi gesto de extrañeza, porque continuó enseguida:

—Precisamente, el año 1.263 el sultán mameluco egipcio, Baibars, les conquista a los Cruzados las formidables fortalezas del litoral. Y cuando en 1.291 el sultán El—Ashraf, conquista y arrasa Acre, la capital de los Cruzados, podemos decir que es también el fin del Reino Latino de Oriente.

El viejo olivo, hizo una pausa; era evidente que le pesaban los años, y un deje de tristeza sacudía sus ramas. Pero le pesaba más la historia. Una historia dolorosa de guerras, modernas y antiguas. Los turistas y peregrinos disparaban sin cesar sus cámaras fotográficas. No deseaba que advirtieran mi presencia dentro del multiseccular tronco, que les hubiera parecido una profanación y un sacrilegio más a la historia. Mientras los grupos de peregrinos proseguían su marcha, pregunté todavía:

—Mi viejo y querido olivo, dime, por favor, ¿estabas ya aquí cuando Abraham subió al monte Moriah con su hijo Isaac, para el sacrificio?

El viejo árbol me miró casi con ternura.

—Gracias por la pregunta; me ha hecho refrescar la memoria. Sí, estaba; y mucho antes. ¿Recuerdas cuando Noé, tras el Diluvio universal, mandó desde el Arca una paloma para ver si las aguas habían bajado?

—Sí, creo recordar que a la tercera vez, regresó llevando en el pico una ramita de olivo.

—Exacto. Pues ésa, cabalmente, fue la rama que prendió en este lugar y que dio origen a este frondoso, multiseccular y, como ves, añoso olivo con el que estás hablando. Y aunque me veas tan viejo, te diré que nunca, nunca, me terminaré. Soy, preciso es decirlo, y preciso que lo sepas, el olivo de la Paz.

¡La paz!

Qué palabra más misteriosa, hermosa y sugerente. Pero tan profanada; y hasta peligrosa, pensé para mí. Sólo pronunciarla, escocía. Se habían hecho tantas guerras en nombre de la paz...

El olivo continuó.

—Yo vi a Josué atravesar el Jordán, trece siglos antes de Cristo, y conquistar la tierra de Canaán. Y contemplé, al poco, la llegada de los filisteos. De mí tomaron el aceite para ungir a Saúl como primer rey de Israel.

He contemplado la invasión y ocupación de Samaria por los Asirios. Y el exilio de las diez tribus del norte. Y la destrucción primera de Jerusalén y del Templo por Nabucodonosor. Por aquí pasó Alejandro Magno cuando conquistó Palestina. Asistí con horror a la profanación del Templo por Antíoco IV... Pero mi savia se rejuveneció cuando vi brillar, en aquella noche de paz, al comienzo mismo del Nuevo Testamento, la estrella que guiaba a los Reyes Magos hasta Belén.

Mi Sombra se pegaba a mi cuerpo. Hacía calor. Y el santo olivo del famoso Huerto de Getsemaní, añadió:

—Por aquí pasaron. También ellos eran gente de paz, y de bien. Y me eternicé como símbolo de paz; y de gozo eterno me estremecí, cuando aquella noche, José, con la Virgen y el Niño, junto a mí pasaron.

Evocaba, sin duda, la famosa huida a Egipto de la sagrada Familia. Tampoco en Belén había paz por entonces.

—Poco tiempo había transcurrido, cuando nuevamente, y de regreso, volvieron a pasar junto a mí. Jesús era ya un niño vivaracho, correteaba, le gustaba entretenerse cortando florecillas que enseñaba, complacido, a su madre.

Sonreía, enternecido, el querido y amable olivo mientras evocaba viejos y gratos recuerdos.

Mi Sombra y yo le escuchábamos entusiasmados.

—Pasaron los años...

Noté que cambiaba un tanto su expresión.

—Mías eran las ramas con las que aclamaron al Mesías en aquel domingo triunfal. ¡Hosanna, hosanna...!, gritaba a coro el pueblo entero. Mis ramas, todo mi yo, bailaba de emoción... Más que David ante el Arca de la Alianza. Mas, también lloré, y llorando sigo...

Mi Sombra y yo, le miramos con profundo respeto. Luego, al unísono dijimos:

—¿Por qué, querido olivo?

Aún se detuvo un momento, embargado de emoción. Luego, prosiguió.

—Sí, yo también lloré aquella noche del jueves al viernes santo, viendo llorar al Maestro...

Todo Getsemaní, como si estuviera pendiente del viejo olivo, quedó en silencio, en un profundo y extraño silencio. Los turistas se habían ido. Su silencio y su llanto eran también nuestro silencio y nuestro llanto.

Me abracé fuertemente al viejo olivo, le di un beso y, sin poder reprimir una lágrima, con infinito cariño le arranqué una hoja, y la puse junto a mi corazón. Mi Sombra me imitó. Con la voz entrecortada, le dije:

—Gracias, que Dios te bendiga, querido olivo. Gracias, una vez más, querido Olivo de la Paz.

Enseguida, mi Sombra y yo nos levantamos, y proseguimos nuestro caminar.

Nuestro encuentro había sido como un empuje vital que nos situaba entre el tiempo y la eternidad. Fue como volver a encontrarse con la vida, tan llena de sueños, siempre, en el emblemático Huerto de Getsemaní; donde también el Maestro encontraba un remanso de paz, cada noche, bajo la luz serena de la luna que velaba su oración.

7.- NAZARETH, ALETEAR DE ÁNGELES

Difícil resultaba sobreponerse a tantas emociones como las vividas en los últimos días, sobre todo en el Huerto de los Olivos. Cada piedra, cada paisaje, cada persona, todo, absolutamente todo, tenía vida.

Mi Sombra repasaba las fotografías que guardaría para el recuerdo, según decía. Me causaba gracia. Le dije:

—El recuerdo no es un futuro.

—Mi Amo, ¿no es futuro lo que sucederá después?

—Lo que sucederá después, sí. Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué dices que el recuerdo no es un futuro?

—Piensa. Si es recuerdo, lo es en razón de que ya sucedió. Por tanto, pertenece al pasado. Para quien vivió realmente ese instante era presente. Pero ese presente, proyectado al futuro como recuerdo, lejos de ser un futuro o un pasado, es verdaderamente un presente, por ejemplo para nosotros mismos que lo estamos rememorando. Aquí y ahora. Estas mismas fotos, plasman una realidad ya pasada que, en verdad, para ti y para mí, es presente. El futuro existe en tanto que presente, y sólo como presente.

—O sea, esto es como el aoristo griego.

—Como tus fotografías. Son de ayer, tiempo pasado. Pero las guardas para un futuro que, como ves, es hoy.

—Así que, mi Amo, siempre estamos en presente.

—Siempre. Y lo has dicho bien. Efectivamente, tus fotografías son como el aoristo griego; algo que sucederá porque ya sucedió. Y añadiría yo, a todo color.

—Pues mira ésta, qué bonita.

—Ciertamente.

Se trataba de La Knesset o Parlamento de Israel.

—Soberbio edificio, ¿eh, mi Amo?

—Me encanta. Sobrio, elegante y sólido.

—Construido con piedra roja.

—A propósito, ¿sabes, mi Sombra, quién aportó los fondos para esta maciza y elegante construcción?

No prestó atención a mi pregunta. Totalmente absorta, más que la fotografía, se contemplaba a sí misma posando junto a la gran Menorá.

—Qué emblemático candelabro, mi Amo.

—Has quedado muy bien. Te preguntaba, aunque veo que no me estás poniendo atención, si sabías quién financió la construcción de La Knesset.

—¿Decías?

Era inútil. Seguía ensimismada viendo las fotos que, ciertamente, habían quedado muy bien. De todos modos, continué.

—Fue la familia Rothschild, de Inglaterra. Y la Gran Menorá fue obsequio del Parlamento Británico.

Seguía ensimismada con las fotos. De todos modos, y aunque no me escuchara, no me privé de recordarle cuánto nos había gustado el Museo del Libro. Dio la casualidad que en ese momento, al ir pasando las hojas del álbum, apareció una, preciosa; se trataba de El Santuario del Libro.

—Mira, mi Amo, parece la tapa de una jarra.

—Como que nos recuerda las tinajas en que aparecieron los Rollos del Mar Muerto.

Rollos, o manuscritos del Mar Muerto. Inmortalizados para la posteridad. Remembranza. Volvíamos a revivir momentos de un pasado importante.

Así era. Había una lucha entre los Hijos de la Luz y los Hijos de las Tinieblas. Eso transcribían los famosos textos. Lógicamente, por Hijos de la Luz se entendía la comunidad Esenia. Los Hijos de las Tinieblas, por el contrario... Es fácil imaginarlo. Bastaba fijarse en el lenguaje elocuente de los símbolos, de los que la Biblia es el mejor exponente. Había un vivo contraste de colores: el Santuario del Libro, blanco. Negro, significativamente, el muro de la entrada.

No quedaba ahí el simbolismo. Con el basalto se quería resaltar, y resaltado quedaba, el peso tremendo que el Pueblo judío ha tenido que soportar a lo largo del tiempo. Persecuciones, destierros, injusticias...

—Ya me hubiera gustado tener alguna foto del interior, pero no me dejaron tomar ninguna.

—Las mejores fotos, mi Sombra, no son las que se sacan con la cámara fotográfica, sino las que se archivan en la mente. Lo importante es el presente. Vive, y vive intensamente, el presente.

—Mi Amo, ¿ya estás con tu rollo?

—Quiero que me entiendas. El presente es vivir, realmente y mejorado, el pasado que, en forma de recuerdo, se proyectó al futuro.

—Explícate.

—Eso estoy tratando de hacer. Mira, nosotros vivimos hoy lo que un día vivieron nuestros antepasados. Lo que en ellos era presente, y que para nosotros resulta ser pasado, lo hacemos también presente. Esta es la verdadera Historia. Lo demás son historias..., con minúscula.

—Entiendo.

—Y vista así, la Historia sí tiene sentido, porque se hace vida, no simple recuerdo guardado en los anaqueles del sentimentalismo.

—Me gusta la explicación.

—Si hoy contemplamos con apasionado fervor esos rollos, hallados tanto en las Cuevas de Qumran, como en Massada, al igual que las cartas de Bar-Kojvá, y otros objetos, es porque aquellos hombres supieron vivir apasionadamente su presente.

Dudo que mi Sombra se enterara mucho. Volvió a calificar mi pequeño discurso de “rollo”. Daba igual. Siguió pasando fotos. Mejor. Desde mi mente, unas veces liberal, ortodoxa y piadosa otras; soñadora siempre, y que los sentimientos enfrentados de mis sueños se encargan de profanar de vez en cuando, le dije a mi Sombra cuando noté que se cansaba de ver fotos y alzaba la vista.

—El presente no es historia, no tiene historia.

—Qué quieres decir con eso, mi Amo.

—Muy sencillo. El acontecer actual, lo que bulle, lo que se está viviendo, la actualidad, en una palabra, el presente, aún no es historia. Lo será

cuando entre las personas, cosas, acontecimientos etc., medie un tiempo y espacio que los distancie.

—¿Vuelves al rollo, mi Amo? Si te he entendido.

A veces, a mi Sombra le pasa como a los niños. Parece que no se enteran, y las pescan al vuelo. Le dije.

—No vuelvo, porque no me he ido. Trato de empaparme de la vida de mi Pueblo, que es tu Pueblo. El más pequeño y el más universal. Me lo pide mi sangre. Han pasado tantas cosas..

—Ya lo creo, mi Amo; a partir de la creación misma del mundo, para no ir más lejos, aquí han sucedido infinidad de cosas.

Recalcó lo de “no ir más lejos”.

—Celebro tu sentido del humor. Por supuesto que han sucedido muchas cosas. Pero quién te garantiza la objetividad de lo que te cuentan en eso que tú llamas “la historia”.

—Los libros.

—¿Los libros? No me hagas reír. Los libros, mi Sombra, lo aguantan todo. Por eso, no me cansaré de repetirte que la historia es la mejor novela de aventuras y desventuras de todos los tiempos.

—Entonces, mi Amo, ¿no crees en la historia?

—Tal como tú, y tanta gente, la entiendes, no. Yo creo en la realidad, en la escueta realidad de cada cosa. Y, sobre todo, creo en la vida. ¿Hay algo más simple, maravilloso y sublime que la vida? Lo importante es la vida; lo demás son, como te acabo de decir, historias. Ahora bien, sucede que todo, absolutamente todo, nos desborda; motivo por el cual, la realidad, fraccionada y bien maquillada, se nos entrega por capítulos, salpicados a cada paso por cortes para la publicidad, como las novelas de la tele.

—En los anuncios, yo siempre aprovecho para cambiar de canal, mi Amo.

—Y quién no. Haces bien. Con la historia sucede lo mismo. Se pasa hoja cuando no es vida, y por tanto, no interesa. La Historia se eterniza en el pueblo, en uno mismo, cuando, por las venas tráfugas del pensamiento y del tiempo, sigue corriendo la misma savia que vitaliza, unifica y eterniza.

Así transcurría nuestra intrascendente conversación mientras recorríamos los escasos 160 kms. que separan Jerusalén de Nazaret.

Peregrinos intemporales, y entretenidos con los recuerdos estampados en la memoria y en el corazón, no teníamos un orden necesariamente lógico de tiempos, lugares y vivencias.

—Esta que atravesamos ahora es la llanura de Esdrelón.

—Zona fértil e importante para la agricultura.

—Y escenario de fuertes acontecimientos bélicos.

—Tienes razón, mi querida Sombra. Ya ves; pero toda esta región, conocida también con el nombre de Valle de Yezrael, y que se extiende hasta Samaría, ha pasado a la historia no sólo por las guerras, sino también por otros acontecimientos.

A nuestra izquierda quedaban los montes Gélboe.

—Y allá, muy cerca del Pequeño Hermón, está la ciudad de Afula.

Si los montes hablaran, cuántas cosas nos contarían. Lo dije para mis adentros, pero mi Sombra captó mi pensamiento.

—Ya lo creo, mi Amo. Aunque la Biblia habla por ellos. Mira, ahí, en la vertiente sur del monte está Sunem.

—El pueblo de la sunamita.

La sunamita, una mujer sin hijos; y aunque tenía riqueza, no era feliz. La ausencia del hijo, instintivamente añorado y deseado, la hacía infeliz.

—El encuentro con el profeta Eliseo cambió su vida, mi Amo.

—Sí, lo cuenta el segundo Libro de los Reyes.

La santidad del profeta le había llamado la atención. Por eso, siempre que el hombre de Dios pasaba por el pueblo, lo invitaba a comer.

—Es un hombre santo, le decía la sunamita a su marido.

Y preparó una habitación permanente y confortable para que cuando el profeta y el criado vinieran de camino pudieran descansar. El profeta se lo agradeció.

—¿Qué podemos hacer por ti, mujer? ¿Quieres que hablemos al rey en tu favor?

Mujer altiva, ella no quiere favoritismos del rey. Le basta y sobra con la protección de su clan. Desea, eso sí, desde lo más profundo de su ser, un hijo. Sin él, no es feliz, no puede serlo.

—Y su marido es viejo... Se lo ha advertido Guejazí, el criado del profeta.

No obstante, éste le ha dicho:

— “Mujer, el próximo año, por este mismo tiempo, abrazarás un hijo”.

— “Hombre de Dios, no me engañes”.

El hombre de Dios no la engañaba. “Concibió la mujer y dio a luz un niño, en el tiempo que le había dicho Eliseo”.

—Mi Amo, todo eso lo dice la Biblia.

—Pues claro, ¿no te estoy leyendo literalmente el pasaje?

—Mi Amo, ¿y no se presta este pasaje a malas interpretaciones?

—No, por Dios. No seas mal pensada. Date cuenta. “Al año próximo, por este tiempo”, como le ha dicho el profeta, son doce meses. ¿Estamos?

—Ah, pues es verdad.

Mi Sombra trató de corregir su despiste.

—Claro, y además, dice la Biblia que cuando el niño creció fue donde su padre que andaba con los segadores.

Los pequeños detalles forman el marco que ayuda a resaltar el argumento que se quiere narrar.

—Fue donde su padre, y para más señas, con un fuerte dolor de cabeza; tanto, que el chico murió.

—¿Una insolación, mi Amo?

—No lo sé, tal vez.

El padre, no debió tomar muy en serio las quejas del hijo cuando llorando gritaba:

—“¡Mi cabeza, mi cabeza!”.

Mandó a un criado que lo acompañara y llevara a la casa, sin dar mayor importancia a las quejas del muchacho. La madre, en cambio, comprendió la gravedad.

Se le murió entre las manos. Sintió que su corazón de madre se le partía al sentirlo muerto. Pero lejos de avisar a nadie corrió al Monte Carmelo en busca del profeta. Este mandó por delante a su criado con el bastón.

—Los profetas, por lo que observo, llevan siempre un cayado o bastón.

—Es otro símbolo; en este caso, de autoridad. Mas continuemos.

La mujer quiere que sea el propio profeta, en persona, quien llegue a la casa.

—¿No te parece, mi Amo, que el lenguaje de este episodio está lleno de connotaciones simbólicas?

—En eso estamos. Fíjate, si no. El bastón del profeta nos recuerda al de Moisés. Las siete veces que, según el relato bíblico, Eliseo sopla sobre el niño, es una alusión clara al espíritu de vida que Dios insufla en las narices de Adán. En definitiva, se resalta la vida.

—Singular e interesante el profeta Eliseo, mi Amo.

—Todos los profetas y acontecimientos bíblicos son singulares.

Dejé que mi Sombra se embebiera de los acontecimientos narrados por la Biblia. Luego le indiqué.

—Observa esos montes.

—¿Qué otra cosa estoy haciendo?

—Recostado al otro lado, es decir, sobre la falda norte del monte, está Naím, donde Jesús volvió a la vida a un joven, hijo de una viuda.

—Lo recuerdo, mi Amo; y un poco más al este queda En—Dor, donde Saúl, disfrazado para que no lo reconocieran, fue a consultar a una pitonisa.

Saúl lo sabía, lo preveía. La batalla iba a ser dura. Y tenía miedo, qué duda cabe. Estaba nervioso, quería saber el resultado. Y un día antes de la misma se fue a consultar a la pitonisa.

—De nada sirvió.

—Efectivamente, perdió la vida en la batalla.

Más allá, frente al que llaman Pequeño Hermón, en dirección norte, se sitúa el Tabor, el monte de la Transfiguración.

Veíamos a los taxis subir y bajar tomando las curvas con increíble pericia. Los peregrinos y turistas no tenían que aguardar mucho. Era apearse de los magníficos autobuses e ir ocupando los taxis. Por cierto, amplios y confortables.

Y al occidente, la montaña del Carmelo, donde aún resuena la voz recia de hombres tan importantes como los profetas Elías y Eliseo. Cuántas páginas de historia viva nos estallaban contra el tiempo.

—Mi Amo, no olvides que la historia es una gran novela.

—Aquí estamos hablando de historia viva, donde cada personaje es real.

—¿Y la ficción?

—La ficción corresponde al símbolo, que es siempre tan real que al igual que el puntero del ratón en el ordenador, nos lleva a pinchar la carpeta de la realidad.

—Hoy se utiliza mucho el lenguaje de los símbolos.

—Hoy y siempre, mi Sombra. Tú lo has dicho, los símbolos son lenguaje, lenguaje llano que nos ayuda a llegar hasta el límite donde se encuentra el silencio sublime de la mente que, como sabes, es el lenguaje por excelencia.

—El silencio sublime de la mente... Eso me suena a metafísica, mi Amo.

—Déjalo en simple expresión poética; aunque convengamos en que la poesía dice relación directa a la metáfora, que es la antesala de la metafísica.

Movió la cabeza como diciendo que sí. Tal vez no había llegado a captar aún que ella misma, mi Sombra, era mi metáfora perfecta. Se limitó a decir:

—Eso es lenguaje de ángeles. Los ángeles son espíritu.

—¿Y qué? Ellos son metáfora de Dios, y de nosotros mismos. ¿No es la mente el más sutil y afortunado espíritu que, anclado en el tiempo, lo trasciende para convertirse, como los ángeles, en mensajero de sueños imposibles? Te digo, mi Sombra, que donde no hay espíritu no hay nada. Es el espíritu quien sublima la materia y la eterniza.

Nuestra discusión volaba libre. Atardecía y estábamos llegando a Nazaret. Mi Sombra preguntó.

—¿Y no es la libertad un sueño?

—Los sueños son la sublimación de la libertad. Sin libertad es imposible soñar.

—Pues nosotros, mi Amo, no somos ángeles, sino personas de carne y hueso.

—¿Tú también? Nosotros somos, preciso es repetirlo, soñadores. Como Dios. Él es el primer soñador. Dios nos soñó desde su libertad, desde la claridad eterna de su ser. Y en su libertad, nos soñó y nos creó para la libertad; la misma que deja entrever el espacio, el tiempo, y la eternidad.

—Comprendo, mi Amo.

—¿Que comprendes?

—Sí, porque yo también sueño.

Y con estos sueños, entramos en Nazareth a bordo del confortable autobús, de ensamblaje español, según constaba por la etiqueta Irizar, en su chasis.

Nuestro mundo universo era un inmenso y limpio jardín con sabor a infancia, donde había ríos, muchos ríos; y mares, muchos mares; y árboles, muchos árboles; de frutos en sazón; y mundos a granel; y selvas, y desiertos.

Pero, curiosamente, el árbol mejor el de la libertad. Alguien había tatuado en su corteza: Prohibido.

—¡Vaya por Dios! La libertad, kilómetro cero de nuestra andadura de hombres, mi Sombra.

—La libertad, que es como decir el Camino del Bien y el Camino del Mal.

Mi Sombra entendía. Quedé mirando, ensimismado, el entorno, pasado, presente y futuro, cuyo principio ni fin podía abarcar. Simplemente, miraba, mientras mi mente dibujaba una sonrisa agradecida que se fundía con la sonrisa complacida con que Dios había creado el universo inabarcable.

—Estamos acariciados de eternidad, mi Amo.

—Así es.

—Y también de libertad.

—Cierto.

—Y yo añadiría que estamos tatuados de libertad.

—No, no rebajes la libertad. Ahí te equivocas, mi Sombra. El tatuaje es postizo. La libertad es esencialmente constitutiva del hombre. Tú misma no existirías sin mí. El ser humano, si careciera del don intrínseco de la libertad no sería humano.

—Pero la libertad, presupone también una dependencia.

—Sí, pero sólo del que es en sí mismo el origen y sentido de la misma.

—Dios.

—Correcto, mi Sombra.

Un ángel cruzaba raudo los cielos de Nazaret, la pequeña aldea, hoy hermosa ciudad, que sería la patria chica de Jesús de Nazaret.

—Mi Amo, ¿no dice el evangelista Juan en su evangelio, “acaso de Nazaret puede salir algo bueno”?

—Él lo recoge, pero el dicho pertenece al apóstol Natanael que, has de saber, era un poco socarrón. Vamos, que era bromista y de buen humor. Aunque también hace gala del pique habitual entre aldeas vecinas. Recuerda que era de Caná. Por lo demás, Nazaret, como tantas otras, era una aldea tranquila. Ahí todo es bueno, como podrás comprobar.

Como de puntillas, para no profanar la santidad de la incipiente noche, nos asomamos a la cueva. Una joven, de nombre María, sueña que, aunque imposibles, sus sueños pronto se harán realidad. Su virginal juventud está en sazón.

Acaba de regresar de la fuente; la misma que, con el tiempo, llevará su nombre. Ha depositado el cántaro en un rincón de la cueva que mantiene durante todo el año la misma temperatura ambiente. Todo huele a limpio. Sus padres se han acostado ya en una de las estancias de la amplia cueva. Ella se ha puesto a rezar —que también es soñar—, muy cerca del candil que esparce su luz parpadeante con resplandor centrífugo, pero generoso.

—Hermosa cueva, mi Amo.

—Quien puede darse el lujo de poseer una cueva es afortunado, y rico. Evita el rigor del calor en verano y del frío en invierno. Y por supuesto, son más seguras que las casas de adobe.

—Se trata por consiguiente de una familia rica.

—Para lo que es el medio social de Nazaret puede decirse que sí. Tengo entendido que, además, pertenecen a la estirpe de David.

De pronto, cuando apenas entraba la noche, como si se hubiera anticipado el amanecer, una luz que iba creciendo en intensidad llenó toda la estancia. Mi Sombra se agarró a mí fuertemente.

—No tengas miedo. Calla y observa.

Una brisa tenue producida de pronto como si hubiera habido un batir de alas de ángeles nos dio en el rostro. Era tal la suavidad que embriagaba los sentidos. Nos pareció oír. “Soy la esclava de mi Señor, que se cumpla en mí su voluntad”. Los labios de la joven se movían delicadamente.

—Está rezando.

—Está soñando, sueños de juventud, en los designios de Dios.

La luz que había iluminado la estancia momentos antes comenzó a desaparecer. La brisa sutil se calmó. Todo quedó en silencio.

—He tenido un sueño, mi Amo. El arcángel Gabriel sobrevolaba Nazaret.

—También yo he tenido ese sueño. El arcángel decía: ¡Jaire, María! ¡Alégrate, María!

En la Basílica de la Anunciación era la hora del ángelus.

—Qué espléndida basílica, mi Amo.

—Esa reja que nos separa de lo que aún queda de la cueva la han puesto para que los devotos no siguieran arrancando y llevándose piedras pequeñas, como recuerdo.

—Me parece muy buena idea.

Quien a punto estuvo de arrasar con todo fue Vespasiano, el año 66, que la destruyó cuando la rebelión de Bar—Kojvá. Es en la época de los Cruzados cuando vuelve a cobrar vida. Se debe sobre todo a Tancredo la reconstrucción, tanto de la iglesia como de los monasterios de la ciudad. Pero en 1187 es conquistada por Saladino, y en 1263 destruida por Bibar, pasando a ser ciudad musulmana. Hasta que en la segunda década del siglo diecisiete comienzan a instalarse familias cristianas.

—Mi Amo, y esta magnífica basílica donde nos encontramos, ¿de cuándo data?

—La construyeron los franciscanos entre 1960 y 1968. Con anterioridad, aquí estuvieron situadas una iglesia bizantina, y otra cruzada; como se vio en las excavaciones llevadas a cabo. Precisamente, entre los descubrimientos realizados está la base de una columna con la inscripción griega “Alégrate, María”.

Contemplamos largamente la preciosa iglesia, obra del arquitecto italiano Muzio. Después, salimos hacia la iglesia griega de San Gabriel, donde está la Fuente de la Virgen y donde, según una tradición griego—ortodoxa, también hubo revuelo de ángeles.

—Mi Amo, ¿quién es ese niño que juega junto a la fuente?

—Es Jesús, el Hijo de María, esa muchacha joven que está llenando de agua su cántaro. La misma a la que todas las generaciones llamarán bienaventurada.

A la hora del ángelus, en innumerables lenguas, los peregrinos todos, incluidos nosotros, saludaban a María recordando un sueño imposible, hecho realidad:

—“Y el Verbo se hizo Hombre”.

—“Y acampó entre nosotros”.

—Mi Amo, ¿qué hora es?

—Es la Hora de Dios.

Se hizo el Silencio. La Palabra era el Silencio reverberando gozo en el seno virginal de María, cuyo alumbramiento anunciado llegaría a su debido tiempo.

Un aleteo de ángeles llenó de fragancia la cueva.

José preparaba ilusionado la cuna al niño, para cuando llegara. Sus labios repetían una y otra vez: ¡Jesús! ¡Jesús! Que no se le olvidara. Era el nombre que impondría al niño, por voluntad del mismo Dios.

Jesús, el Salvador, que se presentará ante todos para ser luz que ha de alumbrar a todas las naciones.

En Nazareth, provincia de Galilea, comienza a amanecer. La luz radiante de esta mañana primaveral indica que una nueva Humanidad está ya en camino.

En la Basílica de la Anunciación sentí, tengo la seguridad, que una brisa suave, tenue, llenaba de paz los corazones, como si de un aleteo de ángeles se tratara. Como si Dios mismo acabara de pasar por allí.

8.- TIBERIAS, JUNTO AL LAGO DEL ARPA

Partimos de Nazareth y nos detuvimos en Séforis. Había sido importante centro administrativo en la época de los Asmoneos. Mi Sombra me tenía informado de que Flavio Josefo la menciona cuando habla de Alejandro Janneo, anterior en un siglo a Cristo. Le agradecí la nota que me pasaba, al tiempo que, por mi parte, añadí:

—Fue importante, igualmente, cuando la dominación romana, pues Gabinio la escogió como sede de uno de los cinco consejos administrativos que estableció en Palestina, cuando era gobernador de Siria.

—Mi Amo, también Herodes Antipas honró a Séforis, pues la hizo capital de Galilea y Perea. Y hasta fijó en ella su residencia.

—Y hubo en ella, además, muy buenas escuelas de teológica rabínica. Recuerda que hasta la muerte del gran Rabí Yehudá Hannassí, el compilador de la Mishná, fue sede del Sanedrín.

—¿No fue aquí donde nació Ana, la madre de la Virgen María?

—Es posible. De hecho, estas ruinas que estoy fotografiando pertenecen a la basílica que los Cruzados construyeron en su honor.

Luego de echar un vistazo a las ruinas, recuerdo que mi Sombra me dijo:

—Mi Amo, si cierras los ojos, verás pasar por tu mente, como si se lo hubiéramos arrebatado al tiempo, el reportaje gráfico del ejército cruzado saliendo en ayuda de Tiberias sitiada por Saladino.

Como en un acto autómatas, realizado en el duermevela, recuerdo que cerré los ojos, tal como mi Sombra me indicaba. Posiblemente por el cansancio acumulado quedé traspuesto, si es que ya no lo estaba suficientemente. Fue en esa primera fase del sueño, justo cuando uno ya no sabe si está dormido o despierto, sino que yace obnubilado, y a medida que las ondas alfa van apareciendo, creando las más curiosas ensoñaciones en la imaginación, cuando por mi fantasía, —¿o era realidad?—, comenzó a desfilar

un contingente del ejército cruzado. Se dirigían a Tiberias, sitiada por Saladino. Mi Sombra me decía:

—Mi Amo, Séforis ha quedado desierta.

—¡Cómo va a quedar desierta! Será tu imaginación.

—No, mi Amo; bien sabes que la imaginación no duerme. Yo soy tu imaginación, y permanezco vigilante. De todos modos, te comunico que los soldados se han marchado.

Una gran nube de polvo que quedaba flotando a media altura marcaba la ruta que conducía hasta el mítico lago de Genesaret.

—¿Se han ido?

—Se han ido, mi Amo.

—Mejor. Y, ahora que nadie nos interrumpe, te digo que tienes razón. La imaginación no duerme, porque es como la pantalla gigantesca del monitor de un ordenador universal donde se reflejan todos los sueños. Mientras hay sueños hay vida.

—Gran verdad, mi Amo. Mientras hay sueños hay vida.

—No lo olvides mi Sombra. Y más te digo. Te digo que, echamos por tierra los sueños cuando los confundimos con el mito, y al mito lo convertimos en verdad. Grave error.

—¿Por qué?

—Porque de los mitos han surgido los fanatismos, que nos han invadido por siglos; y las religiones, que nos han dividido, separado, destrozado, enemistado, y puesto en guerra. De los sueños, en cambio, han brotado las grandes verdades.

—¿Por ejemplo, mi Amo?

—¿Por ejemplo? El Amor. La única gran verdad: el Amor.

Mi Sombra escuchaba con atención. Proseguí.

—Mira, el mayor soñador ha sido, es, y será, Dios. Dios es la gran pasión universal. Tanto, que vive prisionero de esa gran pasión que Él mismo es: el Amor.

—O sea, que Dios no ha creado las religiones.

—En absoluto. Tiene cosas más importantes que hacer. Las religiones las han inventado los hombres. En el fondo las religiones son el mecanismo permanentemente activado del miedo.

—¿Del miedo?

—Sí, el ser humano, en realidad, es tímido por naturaleza. Tiene miedo a lo desconocido. Tiene miedo al enigma de la muerte, al más allá. Y busca a Dios por conveniencia, porque tiene miedo, en vez de buscarlo por Amor. Cuestión de egoísmo, en suma.

Me resultaba enormemente esclarecedora la frase del evangelio: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros”.

—Mi Amo, el miedo es también cobardía.

—Llámalo como quieras. El caso es que el hombre busca a Dios como protección contra sus miedos ancestrales. Le conviene tener a Dios por amigo. No es bueno tener enemigos. Por eso lo busca y, para asegurarse su amistad, hasta ha llegado a ofrecerle sacrificios humanos.

—Entiendo. Ese proceso de búsqueda termina convirtiéndose en religión.

—Claro, porque la religión es el hilo que une al ser humano con lo desconocido. Y, naturalmente, construido todo ese entramaje bajo el signo del miedo, termina por convertirle en esclavo de sus propios miedos.

—Pues en todas las religiones el hombre se ha esforzado por buscar a Dios.

—Cierto. Pero no lo ha encontrado. En cambio Dios sí que ha encontrado al hombre, no desde una religión, sino desde esa pasión infinita que es el Amor. No lo olvides: ¡Dios es Amor!

El ejército cruzado estaba ya muy lejos y se perdía en el horizonte. Sentimos cómo, poco a poco, también Séforis iba desapareciendo, según corrían los siglos. De nada sirvió que Zahir el—Amr, gobernador de Galilea, la fortificara en el siglo XVIII. La guerra entre árabes e israelíes en 1948 la haría desaparecer.

En el trance de obnubilación en que me encontraba, noté que mi Sombra decía para sí:

—¡Dios es Amor...!

Luego preguntó:

—¿Y los mitos, mi Amo? ¿Qué son los mitos?

—¡Ay, los mitos! Los mitos son también producto del hombre, cuando éste deja de soñar. Los mitos suelen terminar por convertirse en dogmas. A diferencia del sueño. El sueño es libre, creativo, desbordante. El mito es abrasivo, posesivo y esclavizante.

—Yo pensaba que los mitos también eran sueños.

—Tienen una línea tangencial. Ese es el problema. En el mejor de los casos, pueden llegar a ser portentosas metáforas, y hasta ahí vamos bien, por su parecido con los sueños; pero normalmente acaban, como te digo, en plataformas o pedestales sobre las que afianzan sus ideas fijas los grandes dictadores de la historia, que los ha habido, los hay y los habrá. Los mitos son los aledaños del sueño. Nos faltan soñadores.

—¿Y qué es un dictador?

—Te diré que el polo opuesto de un soñador. El mundo camina y avanza gracias a los soñadores, no a los dictadores. Pero, guarda silencio un momento, por favor, y contempla lo que está ocurriendo cerca del lago.

Efectivamente, en Tiberias, Saladino esperaba a los cruzados. La distancia de los menos de treinta kilómetros que separan Séforis de Tiberias, se convertía, ahora, en distancia de siglos para nosotros. Un frondoso pinar había sustituido a la población fortificada. Mi Sombra, que no dormía y, como a veces me decía, estaba en vigilante alerta, me haló de un brazo.

—¡Mi Amo, mi Amo! ¡Hay fuego en los Cuernos de Hittín! ¡Los Cruzados han sido sitiados y están abrasándose bajo sus armaduras!

El lago mantenía su calma habitual; no se veían barcas de pescadores y el agua rizaba suavemente la orilla. Desde cualquier parte que uno mirara, el humo subía como holocausto desde los Cuernos de Hittín.

La estrategia de Saladino había sido perfecta. Rodeó con sus huestes a los Cruzados, mandó prender fuego a la maleza que, bajo el impulso del aire, ardió con celeridad, atrapando así a los cruzados que, entorpecidos por sus mismas armaduras, y abrasados por el fuego y la sed, sucumbieron irremisiblemente.

—¡Qué horrible pesadilla, mi Amo!
—No es una pesadilla, es una realidad.

Es el año —infortunado año— de 1187. Ha sido el fin del reino Latino de Oriente.

Ajenos a nuestras personales perspectivas de los acontecimientos, un pequeño grupo de turistas disparaba sus cámaras fotográficas sobre los restos de lo que fue la iglesia cruzada de Séforis. Mi Sombra y yo, desde lo alto de la colina, contemplamos el paisaje hermoso que se nos ofrecía por los cuatro ángulos cardinales.

—Ahí, hacia el este, está el paso que lleva a Tiberias por Kfar Kanna.

Mi Sombra había manifestado el deseo de que nos detuviéramos en Caná. Así lo hicimos. Caná ha quedado perpetuada en la memoria y en el tiempo por el célebre milagro de Jesús, cuando en una boda, convirtió el agua en vino. Estaba la fiesta en su apogeo. Las danzas rituales se sucedían. Los novios habían iniciado el baile nupcial bajo la gran tienda que los beduinos habían instalado en el espacioso patio de la casa. Casi nadie notó que el vino comenzaba a escasear; y casi nadie supo que el vino que ahora alegraba la fiesta y contagiaba alegría era el vino nuevo sacado del agua cotidiana y, milagrosamente añejado, se convertía, a partir de ahora, en el signo de la fiesta, la alegría y el Amor.

Entramos en la iglesia franciscana, donde los distintos grupos de peregrinos renovaban jubilosos sus compromisos matrimoniales. Luego, al salir, la gente visitaba las distintas tiendas para comprar recuerdos de su histórico viaje, sin faltar alguna botella de vino, memorial del milagro de Jesús.

Proseguimos hasta llegar, por fin, a las inmediaciones del lago de Genesaret. Nos detuvimos a pocos kilómetros del cruce Golani, donde la carretera va bordeando la ladera sur del lago. Mi Sombra me advirtió:

—Estamos en los Cuernos de Hittín, ¿recuerdas?

—Por eso nos hemos detenido. Cómo no recordar, mi Sombra, aquel 4 de julio de 1187, en este mismo lugar...

Fue en ese mismo lugar donde las flamantes Órdenes Militares, Hospitalaria y del Temple, comandadas por el veleidoso rey Guido, sufrieron la mayor y más humillante derrota de su historia; donde el orgullo del temerario Reinaldo de Châtillon, o las apresuradas ansias vengativas de Gerardo, gran maestre del Temple, se estrellaron bajo la mejor y más estudiada estrategia militar de Saladino.

—...¡Cómo no recordar...!

—Aquí acabó el reino latino de Jerusalén.

—Aquí se forzó la capitulación de la Ciudad Santa, tres meses después.

—Aquí...

—No sigas.

En el almanaque cristiano era un 2 de octubre. Saladino entraba en Jerusalén, radiante y vencedor. En el almanaque musulmán se cumplía un aniversario más de otro sueño: en hermosa yegua alazán, con denominación de origen árabe, el Profeta era halado a los cielos desde la mezquita de la Roca.

La panorámica que se nos ofrecía era fantástica. A lo lejos y al fondo del lago, el monte Hermón, con sus aproximados 2.700 metros de altitud y sus cimas nevadas. A nuestra izquierda el valle de Arbel; al norte, escorada a la izquierda, la ciudad de Zafed. Y en la hondonada, el lago; donde, suavemente, bajando, bajando, hemos llegado.

—Mítico lago, mi Amo.

—Soñador lago, mi Sombra. Evocador, único. Apto sólo para soñadores.

—Y donde Jesús de Nazaret, el mayor de todos los soñadores, comenzó a fraguar el mejor de todos sus sueños: la Nueva Humanidad.

La paz que el bíblico lago transmite es única.

—Con razón se conoce también como el lago Kinneret. Es música de ángeles la que las pequeñas olas arrancan en esta arpa de vibraciones transcendentales.

—Así es, mi Sombra. Qué buena ocurrencia tuvieron para llamarlo Kinneret, arpa.

—Nunca un lago tan profundo fue capaz de elevar tan alto los pensamientos.

—Nunca un lago como éste fue escenario y testigo de tanto Amor.

—Nunca un lago como éste, llámese de Galilea, Tiberíades, Genesaret, o Kinneret, tuvo tan cerca a Dios.

Sobre la arena, en la orilla, donde aún no se construye Tiberias; sobre las piedras húmedas de la occidental ribera, donde descansan las barcas; sobre las olas, tan suaves, embrujo de atardeceres y peces, se dibuja la silueta de un hombre bueno que dice:

—“Echad las redes a la derecha”.

Y también:

—“Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”.

Dejamos que las escenas más vívidas del lago llenaran nuestra alma con su embrujo. Pececitos dorados jugaban junto a la barca de Pedro. Un poco más arriba, en una de las suaves laderas, como suspendida en la quietud, se escuchaba:

—“Bienaventurados los pobres..., porque vuestro es el reino de los cielos”.

Como sin querer volver, hemos regresado al presente. Desde el hotel, hay una vista sensacional del lago. Hace calor. Estamos a 200 metros por debajo del nivel del mar. Tiberias, la hermosa ciudad, que Cristo no conoció, fundada por Herodes Antipas en honor de su amigo el emperador romano Tiberio, simplemente, enamora.

—Aquí encontraron refugio los judíos expulsados de Jerusalén por Adriano.

—Aquí se compiló la Mishná, y se completó el Talmud.

—Aquí fueron sepultados, el famoso filósofo y médico Maimónides, el rabí Meir, el rabí Yojanán ben—Zakai, y muchísimos otros.

—Aquí...

—Mi Amo, si seguimos enumerando, no acabaremos nunca.

Palacios, teatros, templos, las fuentes termales, el esplendor en suma, de una ciudad no bíblica, que fue y sigue siendo, bellísima, en medio de un lugar de belleza sin par. Tiberias, ciudad santa del judaísmo.

Ha entrado la noche. Los barcos se pasean por el lago con su algarabía de luces, cánticos y danzas al ritmo de los jóvenes.

Los peces y las gaviotas aprovechan la noche para trazar nuevos ritmos musicales sobre las cuerdas líquidas del arpa del lago.

9.- KINNERET, LAGO DE ENCUENTROS

Sentado sobre una piedra, a la orilla del lago, y mientras mi Sombra descansa a mi vera, he dejado vagar mis ojos sobre la superficie rizada del agua, primero; luego, los he clavado en la metafísica profundidad del fondo. No son los pececitos, los que me interesan; ni las barcas, o lo que de ellas queda, varadas desde siglos en el olvido del fondo, hundidas por la precariedad de los elementos, y su deficiente y rudimentaria hechura.

—¿Qué es, entonces, lo que te intriga, mi Amo?

—Si yo lo supiera...

El lago guarda secretos.

—¿Secretos, mi Amo? No lo creo.

—Tienes razón. Quizá me expresé mal. Guarda vida.

Eso es. El lago guarda vida, mucha vida. Esta es la escueta y hermosa verdad. Y la vida está hecha de encuentros.

—Vida acumulada en los anaqueles del tiempo, mi Amo.

—Yo diría más bien, en los compartimentos secretos y agradecidos del corazón.

El lago y sus orillas están cuajados, no sólo de vida; son innumerables los vestigios arracimados en cada piedra, en cada gota de agua, y a lo largo y ancho de sus riberas.

—Aquí todo es presencia, mi Amo.

—Dices bien, aquí todo es presencia; evangelio vivo, extendido como la piel de un pergamino sobre la arena, para esculpir de vida nuestra propia vida y hacer de la misma humana y personal trascendencia, testimoniada y autobiografiada en la bitácora perenne del agua y en las riberas tranquilas de este lago que, a través de siglos y siglos sin fin, perennizan el paso del

Maestro, Jesús de Nazaret, sus palabras de vida, y sus encuentros imborrables con todo tipo de gente.

—Me gusta este lago, mi Amo; lago, al que unos denominan de Tiberíades, otros Kinneret, por su parecido morfológico con el arpa.

—Parece que se formó a finales del Terciario.

—Eso es. Dicen que toda la depresión, que abarca el fértil valle del Jordán, y el Mar de la Sal, y que llega hasta Sudáfrica, se debe a un cataclismo, de tantos que se suceden en el cosmos, en los astros, y por consiguiente en la Tierra.

—Cataclismos, terremotos, guerras... También el Maestro aludió alguna vez a estos fenómenos, de la naturaleza unos, de la perversión humana otros. Pero él era hombre de paz. Calmaba las tempestades...

—Las del lago, y las de las conciencias.

—Así es, mi Sombra. ¿Recuerdas el pozo junto al que pasamos el otro día?

—¿El de la samaritana?

Se llamaba el pozo de Jacob. Tiempo, desierto, historia, y gente, se asoman a su brocal. Otros lo llaman el pozo de la samaritana.

—Era muy guapa la samaritana, mi Amo.

—Muy guapa. Sueños, idilios, sed, se entrecruzan en esta mujer. Y como si de un ramillete de flores se tratara, va y lo deposita, junto con su cántaro, sobre el brocal de este histórico y emblemático pozo, lugar también por excelencia de encuentros.

—A los dos los inmortalizó Jesús.

—Así es; porque este pozo, como digo, es en definitiva el pozo de todos los encuentros que convergen en la fe. Y cada encuentro con Jesús de Nazaret termina en vida.

—Claro, con razón decía: Soy el Camino, la Verdad y la Vida.

—Jesús fue el gran Peregrino. Mejor dicho, el único Peregrino de verdad. Anduvo los caminos todos de la vida; recorrió las sendas todas del Amor. Buscó, una a una, las ovejas perdidas del rebaño de la Vida.

—Y son tantas, mi Amo.

—Incluidos tú y yo, mi Sombra.

—Nosotros somos también peregrinos, mi Amo.

Bien decía mi Sombra. Somos peregrinos. Por eso, como un peregrino más, sediento y necesitado del agua de la vida, también yo quiero asomarme, y me asomo, a este pozo. De Jacob, de la Samaritana, da igual.

—Mi Amo, yo lo llamaría, el pozo de Jesús.

—Tienes toda la razón del mundo.

No es cuestión de nombres; es cuestión de realidades. Y éste es un pozo lleno de luz, donde el agua no es el agua de nuestras diarias penurias.

—O quizá sí, mi Amo.

—Tienes razón. O quizá, sí.

Mi Sombra sintonizaba perfectamente con mi pensamiento. Yo iba más allá, no obstante. Porque agua y sed, son, en definitiva, metáfora alzada en el tiempo. Indicador de resequedad y desierto.

—Y flecha que apunta directamente al corazón.

—Estás inspiraba, mi Sombra.

Es el corazón, ciertamente, el verdadero lugar de encuentro. El pozo fue, tan sólo, el marco para la mejor postal del Amor. Por eso acudió allí la samaritana. Y por lo mismo, pero con anterioridad, acudió Jesús.

—Y nosotros, mi Amo.

—Nosotros, por supuesto. Y tantos, y tantos otros, y otras.

Me asomo en actitud silente al brocal. Hundo los ojos en la profundidad del agua y del tiempo. Y veo, más allá de los siglos, a Amós, el profeta de las estepas. Le oigo clamar: “Vendrán días en que (Dios) mandará a la tierra sed, pero no de agua, sino de oír la Palabra de Dios”.

—Mi Amo, me sube un escalofrío por el alma.

—También a mí. Pero no temas; la Palabra es salvación.

Sigo mirando, y mis ojos adivinan, aunque a lo lejos, pero cada vez más cerca, a Juan el Bautista. Se aproxima a paso ligero. Y ahora veo, ¡oh, Dios!, a Jesús, llamado también el Hijo del Hombre.

—Mi Amo, ¿y aquél, no es Nicodemo?

—Lo es.

Nicodemo, el buscador insaciable del agua de la vida. Está a punto de dar alcance al Rabí de Nazaret. Todos vienen derechos al pozo.

—Tendremos que hacerles sitio, mi Amo.

—No; también nosotros necesitamos del pozo. También nosotros estamos convocados en el pozo.

—Mira, mira, cuánta gente llega.

—Son los sedientos todos de la tierra.

Ingente procesión. Los justos del Apocalipsis, con palmas en las manos; todos ellos vestidos de blanco.

—¿Y nosotros, mi Amo?

—Nosotros, con ropa de calle.

Aunque quise tragarme las palabras, no pude reprimir la exclamación que me salía espontánea:

—¡Calles de nuestra cotidianidad y de nuestros pecados!

Proseguí:

—Este es un pozo de agua limpia, sacramental. Es el pozo del gesto, el símbolo y la realidad.

Seguí profundizando en el tiempo. De pronto sentí una sacudida.

—¡Cuidado, mi Amo!

Una grieta se ha abierto de pronto en el roquedal del desierto. De la roca ha comenzado a manar agua, abundante. Es ya un surtidor. Fuente y río a la vez. Moisés ha levantado el cayado. El agua es ya un torrente que va llegando hasta el pozo.

—Mi Amo, el cayado de Moisés tiene forma de cruz.
—Dichosos los ojos que vean sin ver.

Jesús de Nazaret está sentado en el brocal del pozo. Rostro sereno, sonrisa amistosa. Toda su persona rebosa paz. Un bochorno canicular se extiende por toda Samaria.

—Mujer, dame de beber.

La sorpresa de la mujer paraliza al mismo silencio. Y el silencio da paso a la palabra. El pozo es una metáfora inmortalizada en el tiempo.

—Este es el pozo de todas las evidencias.
—También de las tuyas y las mías.
—Aquí no hay secreto de confesión, mi Amo.
—Aquí no queda pecado sin redención.

Jesús repite:

—Mujer, dame de beber.

Por los cangilones del alma van subiendo a la superficie, uno a uno, todos los sentimientos. Y el cántaro vacío, de todas las samaritanas...

—Y samaritanos.
—Yo, tú, él.

...se llena de la luz diáfana que destella el agua nueva que salta hasta la vida eterna.

—Mi Amo, estás traspuesto.

Me he sorbido, mar adentro de mi ser, todas las lágrimas del océano infinitamente agradecido de mi alma, y he vuelto mis ojos hacia el Divino Maestro para mirarle con la mirada más limpia del amanecer.

—Mi Amo, el Maestro de Nazaret te está mirando.

Sus ojos me están mirando. Hay en ellos ternura, mucha ternura. Hay mucho Amor. Y mientras gentes de todas las razas, credos, lenguas y naciones, se arraciman junto a Jesús de Nazaret, el pozo de la Samaritana se ha desbordado.

—Podríamos llamarlo también el pozo de la solidaridad.

—Como quieras, porque siempre, y para siempre, será el pozo del Encuentro.

Se ha levantado una brisa muy agradable. Desde el brocal se divisa un horizonte cuyo paisaje es de esperanza. Siguiendo el cauce del agua que ha brotado a raudales del pozo, volvemos a la orilla del lago.

—Mi Amo, el lago está profundo.

Otra, muy otra, era la profundidad donde mis ojos se habían hundido; otra, totalmente otra, la dimensión que mi mente abarcaba. No tenía nada que ver con los 210 metros por debajo del Mediterráneo en que se encuentra Kinneret, ni con sus 21 kms. de longitud norte—sur. Ni con la Historia o la Prehistoria; la Cultura o las Razas; ni con el Paleolítico, —inferior, o superior—; ni con el Pleistoceno, Neolítico, o las Pléyades; y Orión, si al caso viniera. No, nada de eso me interesaba en ese momento. A fin de cuentas, nunca faltará una estrella, descubierta por un astrónomo inteligente, a miles de años luz de nosotros y que todavía tardará millones de millones de años luz en nacer, pero que está ya gestándose en la matriz infinita del cosmos. Ni nunca faltará una Atapuerca de turno para decirnos dónde está el hombre más viejo de la humanidad, anterior, y con mucha diferencia, a nuestro padre Adán. Que los sabios, sabios son, y ellos sabrán lo que dicen.

—Entonces, ¿qué miras?

—Aquello que por más que mires no se ve.

—¿Por ejemplo?

—La evidencia.

Kinneret es el lago de la evidencia. Aquí se evidencia la fragilidad de la barca y sus redes. Aquí, la fragilidad de los Boanerges y los Zebedeos, con Pedro a la cabeza. Aquí se evidencian nuestras artes torcidas de pesca.

- A la derecha, Pedro, a la derecha las redes.
—¿Y a qué lado queda la derecha, mi Amo?
—Depende del lugar desde donde mires.

Se oía la voz, agradable y potente, del Rabí de Nazaret. Subido a una barca hablaba a las multitudes. Alguien se acercó mucho a la orilla. Una moneda, inadvertida, se deslizó al agua, y un pez juguetón y travieso se la tragó, como si de un rico bocado se tratara.

- Mi Amo, pareciera como si aquí el tiempo se hubiera detenido.
—Sin embargo, otra evidencia es el movimiento. Aquí, todo se mueve.
Observa.

Fue aquí, precisamente aquí, donde Jesús había llamado a sus primeros discípulos, haciendo de este lago la metáfora universal de la evidencia.

- Mi Amo, ¿es lago o es mar?
—Es evidencia. Pero si tanto te preocupa, —y para que no sigas despistándote—, te diré que es, 46 veces mar, y 5 lago, a tenor de los evangelios.

Evidente es también que Jesús ha hecho de este lago, o mar, el púlpito universal para lanzar al mundo su Evangelio de Vida. Evidente su compasión para con los más pobres y necesitados. Como un susurro suave, y la cadencia de su dialecto arameo, sus palabras van cayendo en el corazón de las gentes que escuchan entusiasmadas y compungidas. Rizan las pequeñas olas la superficie del agua.

- ¡Qué a gusto se está aquí, a la orilla!
—Sí, pero se está haciendo tarde, y veo rostros con síntoma de hambre.

Como si el Maestro, a la distancia de la barca me hubiera oído, dijo:

- Dadles vosotros de comer.

Un sobresalto sacudió a Felipe. Lo mismo al resto de los apóstoles.

- No tenemos.

—¡Mentira! Si quisierais tendríais.

Un silencio expectante fue saltando de ola en ola; las aguas del lago se encrespaban a medida que el viento aumentaba. Puede que la tempestad se desatara en breve. Un muchacho se adelantó ofreciendo su morral, en el que llevaba cinco tortas de harina y dos peces salados.

—Mi Amo, han comido todos; y todavía ha sobrado.

Igual que una madre en el hogar, al terminar la comida, quita los platos, y luego, recogiendo el mantel, sacude las migas; así, Jesús sacudió las conciencias dormidas.

—Han llenado doce canastas con las sobras, mi Amo.

—Más podría haber sobrado, si la sacudida hubiera sido mayor.

En ese momento sonó el móvil.

—Inoportuno.

—Y cuándo no, mi Amo.

—¡Dígame...!

Génova. Llamaban desde Génova. La globalización y la antiglobalización.

Los disturbios estaban siendo extremadamente fuertes. Los enfrentamientos violentos y dramáticos...

No había suficiente cobertura. La comunicación se cortó. Fue suficiente. En mi conciencia aletargada y burguesa continuaba aún el eco de aquella sacudida lanzada por el Maestro, aunque y por más que, oyendo no oyeran.

—Dadles vosotros de comer.

En ese momento, un chiquillo, encantador, vino corriendo. Se acercó a su padre.

—Dice mamá que la abuela se ha puesto enferma.

Los más cercanos se echaron a reír; por la naturalidad del niño y su espontaneidad, que rompía tensión al momento. Jesús aún siguió hablando. Y habló de peces, y de cizaña y de trigo.

La tempestad se anunciaba por el crecer de las olas. En el viento se oía:

—“Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”.

Cuando la tempestad amainó, así, de repente, casi sin saber cómo ni de qué manera; mientras los últimos vaivenes del viento se iban, sentí que el Maestro decía:

—“Quien tenga oídos para oír, que oiga”.

La gente se había dispersado ya. Mi Sombra y yo permanecemos, todavía un tiempo más, sentados a la orilla del lago. Vimos que Jesús se dirigía hacia Cafarnaum. A su lado caminaba Pedro, pensativo. Había puesto a su niño a horcajadas sobre el cuello.

—Mi Amo, Pedro camina visiblemente preocupado. Debe haberle afectado la noticia de que su suegra está enferma.

Jesús le dice:

—Hazme el favor, Pedro; acércate a la orilla. Agarra el pez que veas más cercano. Andamos atrasados con Hacienda.

—Hacienda no recauda peces, Maestro.

—Haz lo que te digo.

El pez se sintió aliviado cuando soltó la moneda que, incautamente, se había tragado.

—“Paga por ti y por mí”.

En la casa de la suegra de Pedro había un ambiente de silencio. La abuela descansaba. El sudor frío evidenciaba una fiebre alta. Jesús penetró en la amplia estancia, como siempre, de buen humor.

—¿Qué pasa, abuela? Anda, anda; levántate, que va siendo hora de cenar y traemos hambre. Ásanos unos peces.

La tarde caía. Al vaivén refrescante de las palmeras Pedro jugaba con su hijo. Cuando éste se cansaba de tirar de la barba a su padre se iba junto a Jesús. El niño disfrutaba, reía, y pedía ¡más, más!, mientras Jesús lo lanzaba a lo alto.

—Nada, nada; que si no os hacéis como niños no vais a entrar en el reino de los cielos.

La gente se había dispersado en todas direcciones. En sentido sur, partiendo de donde Jesús había estado hablando, otro grupo de personas caminaba hacia Magdala, que queda, a su vez, en la punta sur de la llanura de Ginnosar. Me llamó la atención una mujer, en particular.

—Hermosa, mi Amo.

—De veras que sí. Muy hermosa, mi Sombra.

—¿Quién es?

—No lo sé; pero habiendo marchado con el grupo de Magdala, a buen seguro que es de allí.

—Me gustaría saber cómo se llama.

—Más me gustaría saberlo a mí. Pero probablemente se llame María, es el nombre que más abunda por la zona.

Magdala, la “Torre de Dios”.

—Me han dicho que hay allí una floreciente industria de salazón.

—Tiene una buena flota pesquera.

—Dicen que es gente belicosa.

—No, más bien ocurre que, estando bien fortificada, ahí se atrincheran los insurgentes.

Años más tarde sabríamos, de primera mano, por el historiador Josefo, presente en el asedio, que fue ciudad importante. Efectivamente, las legiones romanas, comandadas por el general Vespasiano, la sitiaron y conquistaron el año 66 después de Cristo. El célebre peregrino Teodosio, del siglo sexto,

cuenta que “allí nació María”. Y el famoso monje Epifanio, del siglo noveno, llega a señalar, incluso, el lugar donde se encontraba la casa de María, más conocida como “María la Magdalena”.

—Según eso, mi Amo; ¿María Magdalena, es también una peregrina?

—Qué pregunta a estas alturas, mi Sombra. Todos, óyeme bien, todos somos peregrinos. La verdadera peregrinación tiene por meta, siempre, un encuentro. Y ahora, antes que caiga la tarde, vamos nosotros también a buscar alojamiento para esta noche.

Ciertamente, el lago había resultado un lugar de encuentro. Porque es el lago con más evangelio. Contemplantarlo, estar a su orilla, atravesarlo en barco, recorrer los lugares, tan numerosos, donde Cristo estuvo, predicó, hizo milagros, proclamó su Evangelio de Vida, es vivir un presente de gracia que recorre la columna vertebral de la vida, —aquí sí la Historia lo es de verdad—, y se adentra en la eternidad con el júbilo de los bienaventurados.

—“Bienaventurados los limpios de corazón, los que trabajan por la paz...”

Es preciosa la vista del lago desde la colina de las Bienaventuranzas. La voz del Rabí de Nazaret sigue resonando con fuerza. Un ambiente de fervor contagioso lo envuelve todo.

—Mi Amo...

—Dime.

—He tenido la sensación de estar viendo acampadas en torno al lago a las doce tribus de Israel.

—No te equivocas. Ya te he dicho que el lago es lugar de encuentro.

El recuerdo de María Magdalena nos empujó hacia el Kibbutz Ginnosar, fundado en 1937. Dedicado a la agricultura, mantiene también una buena hostelería.

—Sabrás, mi Sombra, que en la orilla del lago perteneciente a este kibbutz se encontraron en 1985 los restos de dos barcas del siglo I antes de Cristo.

—¿No serían las que abandonaron los apóstoles cuando Jesús les invitó a dejarlo todo y seguirle?

—¡Hombre!, por poder, pudieran ser; pero recuerda que aún después de la Resurrección siguieron pescando en el lago.

Era muy de mañana. Amanecía, con cierta pereza, en el lago. A la orilla se veía una pequeña hoguera. Sobre las brasas, se asaba lentamente un pez, aromatizando sabrosamente el ambiente.

10.- MIEDOS Y FANTASMAS DE PEDRO

Comienza a amanecer. Brilla el lago su quietud de agua, aparentemente remansada, que se mece suavemente, cuando el sol comienza a aparecer. Las gaviotas toman impulsos para sus vuelos recortados y cortos, como en ronda vigilante, sobre las barcas. Y el paisaje va surgiendo tras la playa escasa de arena. Más allá de las riberas, el desierto asoma su soledad de siglos en la quietud estival de la Galilea. Una vez más, Kinneret.

—Boker tov, mi Amo.

—Buenos días, mi Sombra.

—Hermoso día.

—Ciertamente. Tiberíades es ensoñación, rica soledad poblada de vida, encuentro, remanso, paz para el alma.

Hay una conjunción carismática de todos estos componentes que yo llamo presencia, soledad, vida; hay, sobre todo, paz en todo el entorno del lago, donde las barcas de los pescadores siguen meciéndose al ritmo del agua y los peces.

—Este lago tiene embrujo.

—Es el marco ideal para un idilio de estrellas en flor asomadas cada noche desde lo alto del firmamento.

—Poético, mi Amo, poético.

—Lo has dicho tú, embrujo.

Pero el embrujo puede también crear zozobra y miedo.

—Mira, aquella es la barca de Simón, al que el Maestro ha puesto el apodo de “Piedra”.

—No tiene muy buena cara, después de toda una noche en brega.

—Ha estado remando al compás de la noche y del cansancio. Y parece que la pesca ha sido escasa.

—Pero hay que ganarse el pan de cada día; así que hay que trabajar; por eso continúa haciendo horas, trazando con sus remos surcos en el barbecho del agua.

Mientras Pedro sigue remando con su barca, en la esperanza de pescar todavía algo, en la orilla anda el Maestro, sumido en reflexión, oración y silencio. Toda su Persona es expresión conjuntada de paz, de perdón, de Amor. El Maestro tiene carisma.

—¿En qué estará pensando ahora el Rabí de Nazaret?

—A buen seguro que más que pensar, sueña. El Maestro es un soñador.

—Mi Amo, ¿y tú sueñas?

—Yo sueño también. Sueño mi indigencia de hombre. Todos soñamos. Y cada persona que se acerca al Maestro, lo hace a impulsos de un sueño. Unos, sueñan con su curación; otros, sueñan con llenar el vacío de su alma. Como María Magdalena. Ella es otra soñadora.

—La mujer bonita, mi Amo.

—La mujer que ama y, —justo es decirlo—, no encuentra Amor, mi Sombra.

—Has dicho que todos soñamos.

—¿Qué es, si no, nuestro peregrinar?

—Es que somos peregrinos.

—Por consiguiente, indigentes; no lo olvides. Todo peregrino es un indigente. En consecuencia, un buscador. Y el indigente, antes que buscador, es un soñador.

Mi Sombra guardó silencio. Las gaviotas revoloteaban en torno a las barcas de los pescadores. Señalando al Maestro, Jesús de Nazaret, que seguía desde la orilla el curioso ondular de las barcas, mi Sombra preguntó.

—Entonces, ¿también el Maestro es un indigente?

—También. Por lo mismo que es un soñador. Él sueña con nosotros, nos sueña a nosotros. Igual que nosotros le necesitamos a Él, nos necesita Él a nosotros.

—¿De verdad?

—¡Claro! Nosotros, desde nuestra metafísica y manifiesta indigencia. Él, desde su infinito Amor hacia nosotros.

Pedro seguía sin decidirse por terminar la faena y arribar a la playa. Nos quedamos mirando su barca, prácticamente vacía. Su alma, en cambio, se notaba atribulada, llena de miedos, merodeada de fantasmas. Sus miedos y sus fantasmas no diferían mucho de los míos.

—¿Tú tienes miedo, mi Amo?

—Los mortales están llenos de miedo y fantasmas.

—Yo siempre sé cuándo tienes miedo.

—Por supuesto que lo sabes. Aunque he de decirte que tú eres también mi miedo y mi fantasma, muchas veces.

—¿Lo soy?

—Claro que lo eres. De lo contrario, no serías mi conciencia.

Sobre la cósmica metáfora del agua, la silueta del Maestro iba acercándose poco a poco a la barca. Universal barca, la de Pedro, el pescador de Galilea. Estuve tentado de gritarle:

—¡Pedro! ¡Tu barca es mi barca!

Universal barca, me repetí a mí mismo, de todos los navegantes que la vida cruzamos.

—Mi Amo, ¿los navegantes también son peregrinos?

—Los peregrinos son también navegantes. Somos. Y unas veces navegamos sobre el agua; otras, sobre la arena.

—Curiosa manera de peregrinar.

En esta reflexión andaba cuando, de pronto, pues tan identificado me sentí con Pedro, que le grité:

—¡Pedro, no tengas miedo!

En realidad, era la manera más honrada que encontré de denunciar mis propios miedos. Aún añadí:

—¡Esta noche no hay fantasmas!

Mi Sombra, es decir, mi conciencia, no dijo nada. El sol rielaba ya sobre el agua. Pero es que, miedos, fantasmas, noche y día, agua y sol, lago o desierto, se entrecruzan en el puzzle de la vida. Mas por encima de todo, está siempre la realidad. No hay que inventarse ilusiones, hay que llenarse de claridades. Aunque no me oyera, por el acompasado golpeteo de las pequeñas olas en los costados de la barca, volví a gritar:

—¡Pedro, abre bien los ojos, y no veas fantasmas entre el cansancio y el agua!

Qué altas estaban las estrellas; tanto, que ya no podía distinguirlas. Y sin embargo, siendo día, era aún noche. Y qué profundo estaba el lago.

—¡Pedro, llénate de claridad!

Y la claridad se iba acercando poco a poco. El Maestro seguía caminando sobre el agua. Lo vi dirigirse derecho a la barca casi vacía, de Pedro, que, al ver al Maestro, pegó un grito, por la sorpresa, por lo insólito, y por el miedo hecho pavor. Fue como un estampido que, saltando los mojones del tiempo, atravesara la eternidad. Fue, el grito mancomunado de todos los miedos del mundo. El Maestro le dijo.

—No tengas miedo, soy yo.

—Pues si eres tú, que también yo pueda caminar sobre el agua.

Era evidente que no sabía qué decía. O sí. Quién puede impedir a nadie lanzarse al agua. Pero, ¿caminar sobre el agua?

—¡Lánzate, pues!

Sonaba a reproche la voz del Rabí. No obstante, Pedro se lanzó al agua. Pronto comenzó a sentir el cosquilleo de los peces jugueteando con las plantas desnudas de sus pies. Los mismos que habían evitado ser atrapados en las redes. Sintió, de pronto, que el fondo del lago estaba profundo. El miedo seguía taladrando el endeble tabique de su conciencia. Así que, volvió a gritar; ahora, con humildad y confianza.

—¡Señor, que me ahogo, sácame!

Y el “pescador de hombres” subió a la barca, ayudado por el mismo que un día le dirá: “Tú eres la Piedra sobre la que construiré mi Iglesia”. Por fin, desde su humildad incipiente, aunque aún le esperaban nuevos y dolorosos traspiés, iba a estar listo para la tarea encomendada; para el rodaje de la película cuyas escenas más dramáticas estaban aún por rodar.

—¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?

Era ahora la voz del Maestro que, más allá de nuestros guturales y balbucientes gritos de hombre, nos increpaba y echaba en cara nuestra incredulidad, pero animándonos a seguir remando en la barca.

—Nuestra frágil barca, mi Amo.

—La barca donde se zarandean nuestras dudas.

—La barca de nuestras evidencias.

—La barca donde, a veces, duerme nuestra fe y soñamos fantasmas cuando el Maestro no está.

—Pero, mi Amo, el Maestro siempre está. Dice: “Soy Yo”.

Como un eco saltando sobre el agua mansa del lago que las pequeñas olas alargan seguía resonando su voz:

—¡No tengáis miedo, soy Yo!

Han callado las estrellas su luz estival. Sobre el silencio y el miedo, nuestra palabra de hombres se ha encasquillado. La misma mano amiga que nos ha subido a la barca marca ahora el rumbo a seguir.

—¡Pedro, rema mar adentro!

Sin miedo, que no hay ya fantasmas. Qué altas están las estrellas cuando en el lago comienza a amanecer. Y qué profundo el Amor.

Habíamos llegado a Tabga, donde la luz es cálida y luminosa. Pedro, en compañía de otros discípulos, descargaba la red, abundante, ahora, de peces. Se veía tranquilo, animado, bromista. Hablaba y gesticulaba a la vez. Debía estar contando, al viejo estilo de los marineros, cuentos de mares lejanos,

profundos y tenebrosos, imaginados, nunca vistos, y que, por lo mismo, la imaginación agrandaba; y cuyo héroe y protagonista, naturalmente, era él. Estaban todos embobados con lo que contaba. Decía, más, gritaba:

—¡Daos prisa, daos prisa, que ya comienza a calentar el sol y hay que llevar pronto el pescado a la lonja!

Mi Sombra y yo, nos pusimos a descansar en el sombreado y hermoso jardín. Tabga es un remanso de paz, un delicioso jardín, en verdad. Siete fuentes, siete; como siete sacramentos, donde el agua corre abundante, y donde el ambiente produce la sensación de haber detenido el tiempo, brotaban generosamente.

—Mi Amo, con razón que el Maestro venía por aquí con tanta frecuencia.

—Cómo le gustaba jugar aquí con los niños.

En el ambiente flotaba aún una de sus proverbiales sentencias: “Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos”.

—Aquí narró sus mejores parábolas.

—Aquí gastó la broma, que tanto asustó a Pedro, de caminar sobre las aguas cuando aún apenas amanecía.

Sin duda que había tomado a Pedro desprevenido, ensimismado en sus pensamientos, en sus problemas. Si no había pesca, qué iba a llevar a su casa. Su hijo pequeño sería el primero en notar el gesto huraño de su rostro. Ese día su padre no jugaría con él.

—Aquí pasaba Jesús muchas noches en oración.

—Aquí eligió a sus apóstoles.

Tabga, lugar para la ensoñación. Y para la oración, siguiendo el estilo del Maestro. Mi Sombra me sacó de una especie de arrobamiento en que me había sumergido.

—Mi Amo, dijiste siete; yo sólo veo seis fuentes.

—Tienes razón. Te dije siete, porque estaba pensando en Egeria, la ilustre peregrina del siglo IV, que habla de la abundante hierba de este lugar y de las siete fuentes que regaban —esto lo dice Flavio Josefo—, la llanura de Ginnosar.

Tabga, la Mesa del Señor. Aquí se hacía encontradizo Jesús con sus discípulos después de la resurrección: “Muchachos, ¿tenéis pescado?, pues venga, vamos a almorzar”. Así, con esta camaradería actuaba Jesús. Nosotros teníamos que seguir nuestra peregrinación.

—No podemos quedarnos aquí todo el santo día, mi Sombra.

—Con lo bien que se está aquí. Bueno, pues vámonos; pero echemos antes un vistazo por los alrededores.

Estratégico lugar para la predicación de Jesús, no lo fue menos para saciar el hambre del pueblo, ni para proclamar las Bienaventuranzas.

—Y no olvidemos añadir, mi Amo, que las fuentes servían también para regar los cultivos de la llanura de Ginnosar.

—Por cierto, mira; ésta es una de las torres redondas construidas con fuertes muros impermeables. Una sobre cada fuente. Desde aquí era conducida y distribuida el agua por los canales. Esta es la torre llamada de Hammam Ayyub.

Nos quedamos un rato contemplando las curiosas construcciones hidráulicas, que han servido para el riego de los campos, y también para mover molinos. Luego, continuando nuestro peregrinar, nos dirigimos, nada más pasar el Wadi Jamus, a la moderna iglesia de la multiplicación de los panes.

—Bella iglesia, mi Amo. Pero ésta es una iglesia moderna.

—Claro. La investigación arqueológica nos habla de otras más, ya desaparecidas.

—¿Y, eso?

—Ten en cuenta que la invasión persa del año 614 hará desaparecer el periodo bizantino; a lo que hay que añadir la ocupación árabe hacia el año 638. Aunque parece ser que en el siglo noveno se asentó aquí un grupo de

monjes. El monasterio es conocido por Heptapegón; fue aquí el lugar donde se realizó la multiplicación de los panes y los peces.

—¿Y esta iglesia?

—Esta se consagró en 1982, sobre los cimientos de la que hubo en el siglo V.

Nuestra intemporalidad nos facilitaba el salto en el tiempo y los lugares.

—Por aquí pasaron ilustres peregrinos, como Egeria, Teodosio, o Arculfo.

—Por aquí seguirán pasando nuevos peregrinos.

Los autobuses quedaban aparcados junto a la carretera. Los turistas fluían incesantes. Algunos bajaban hasta la orilla, colocándose sobre las piedras. Se descalzaban y metían los pies en el agua como si de un gesto casi ritual y mágico se tratara. Mi Sombra, ajena a lo que no fuera estrictamente objeto de nuestra peregrinación, se despreocupaba de lo demás. Insistió.

—Y por aquí estamos pasando nosotros, mi Amo.

—Pero no todos ven lo que nosotros vemos. A Tierra Santa hay que venir para ver hacia dentro.

La estructura que estábamos contemplando es una construcción moderna.

—Sucede que las constantes convulsiones de religiones e intereses del momento, traen destrucciones, ruinas.

—Por eso, sobre las ruinas de hoy se alzan las construcciones de mañana.

—Esto es el nunca acabar.

—Sin embargo, hay algo que no cambia.

—¿Qué es?

—La realidad. Sí, la realidad es que el Maestro estuvo aquí.

Mi pensamiento se volvió nuevamente al lago y a la noche en que Pedro fue zarandeado en su miedo. Noche en la que tuvo que sacudir sus fantasmas, y comprendió que la barca necesita un timonel.

—Mi Amo, a mí me cae bien Pedro. Ya ves, tuvo la suficiente humildad para pedir ayuda.

La reflexión de mi Sombra no admitía réplica, por evidente. De modo que, simplemente, añadí:

—Éste es un lugar especial. Yo lo llamaría de la solidaridad.

A buen seguro que muchas veces habíamos hablado del tema. No obstante, insistí.

—Solidaridad, sí. Porque el milagro de la multiplicación de los panes no lo realizó Cristo.

—¿Quién, pues?

—Lo realizó el muchacho, que fue capaz de desprenderse de lo poco que tenía, en bien de los demás, y ponerlo al servicio de la comunidad.

Siendo un taumaturgo, como era, sin embargo, Cristo no era un milagrero. No montaba numeritos de feria para la galería. Quería un corazón de carne para poder “adorar a Dios en espíritu y verdad”. Los milagros los deja para nosotros. Nosotros, no él, estamos obligados a cambiar el mundo. Nos ha puesto en la pista: “Amaos unos a otros, como yo os he amado”. Vi que mi Sombra compartía mi postura. Dijo.

—Qué razón tienes, el milagro lo hizo el muchacho. Cristo se limitó a ser el Maestro, nunca mejor dicho; por consiguiente, simplemente, lo que hizo fue señalar las pistas que llevaban a la meta.

Si hoy tuviéramos, al menos, un mínimo de solidaridad; del tamaño, tan sólo, de un granito de mostaza, como el Maestro quería...

—Pues a buen seguro que se acababa el hambre de la humanidad en menos que canta un gallo.

Qué razón tenía mi Sombra, esta voz de mi conciencia que no me dejaba ni de día ni de noche, —con razón es mi Sombra—, y que me traía a la memoria, constantemente, las palabras del Maestro:

—Dadles vosotros de comer.

Según entrábamos en el monasterio añadió todavía, como en un susurro:

—A Dios hay que dejar sólo los imposibles; los posibles nos corresponden a nosotros.

A la izquierda, según se entra a la plaza, vimos un baptisterio monolítico con piscina bautismal cruciforme y escalones de bajada. Pertenece al siglo V. La iglesia, de bonita construcción moderna, tiene tres naves con transepto, y ábside en la nave central. Le dije.

—No te pierdas, mi Sombra, los mosaicos del pavimento.

—Ya me he dado cuenta; reproducen la flora y fauna del Valle del Nilo.

—Esa es una flor de loto.

—Y esa torre, sin duda, es una alusión directa a las torres del agua de Tabga.

Reverentemente, besamos la roca de debajo del altar sobre la cual, según la tradición, Jesús realizó, o hizo que se realizara, el milagro. El canastillo de panes y peces en el pequeño mosaico del presbiterio delante del altar era la escueta y evocadora síntesis de que entonces, como hoy, hay gente necesitada del pan y los peces bajo el signo de la solidaridad.

11.- DIRECTO AL CORAZÓN

Habíamos observado, a lo largo y ancho de nuestro particular peregrinar, que todas las cuevas con que nos íbamos encontrando tenían, o habían tenido, un marcado protagonismo. Así, Zacarías e Isabel, los padres de Juan el Bautista, vivían en una cueva. María, la madre de Jesús, vivía en una cueva. Jesús había nacido en una cueva.

Cuevas, cuevas y más cuevas. Distintas iglesias del periodo bizantino se han construido aprovechando las distintas cuevas formadas en la roca. Habíamos escuchado a un guía turístico decir que las familias que vivieron en cuevas eran afortunadas; no sólo porque la cueva mantiene una temperatura estable y confortable todo el año; también porque este “lujo” sólo las familias económicamente solventes se lo podían permitir. Sea, como fuere, a mi Sombra y a mí nos sirvió como tema de conversación. Como siempre, fue mi Sombra la que tomó el hilo conductor para adentrarme en el laberinto de mi propia búsqueda interior.

- Mi Amo, tú y yo somos peregrinos.
- De nacimiento. Peregrino me concibió mi madre.
- Dirás, pecador.
- Las dos cosas.

Las palabras del salmo 50 “pecador me concibió mi madre”, en boca de mi Sombra tenían una marcada intencionalidad. Por mi parte, remedando el salmo, insistí.

- Peregrino mi concibió mi madre.

Mi Sombra apostilló.

- Tú sabes que peregrinos somos todos. El ser humano nace con vocación de peregrino.
- Por eso mismo, nosotros estamos peregrinando.
- Es cierto; pero ten en cuenta que hay muchas maneras de peregrinar.

—¡Hombre, claro, también los turistas peregrinan!
—No hablo de turismo, hablo de peregrinar.

Traté de captar hacia dónde apuntaba mi Sombra. Le dije.

—Hay mucha gente que hace, por ejemplo, el Camino de Santiago.
—Antes de descubrirse la supuesta tumba del apóstol, ya había gente que peregrinaba hacia el “fin de la tierra”, “Finisterrae”. Porque más allá, no había más. Sólo el mar, y luego el abismo infinito, y después..., la nada. El misterio.

El misterio...

—Siempre nos ha intrigado el misterio.

Pero tras las palabras de mi Sombra quedaba en pie el misterio. Le dije.

—Cuántos enigmas subyacen siempre en el corazón. Me refiero a los que la ciencia no es capaz, ni nunca lo será, de resolver

Insistió.

—No somos peregrinos en pos de la novedad, de la curiosidad, del conocer, o de la cultura. Permanece la fe. Somos peregrinos hacia dentro de nosotros mismos.

Qué bellamente lo expresaba, pero, como saliéndome por la tangente, añadí.

—¡Hombre!, ya que hablas de cultura. Esta palabra, cada día me crea más confusión.

—¿Por qué?

—Dicen que antes, con cuatro cosas que uno supiera, aparte de leer y escribir, como puede ser haberte leído a los griegos clásicos, conocer cuatro latinajos para entender las Guerras de las Galias, salpicar la filosófica conversación con cuatro citas, vinieran o no al caso, fueran exactas o no, o en último caso, acudir al “como dice san Agustín”, que ilustra mucho nuestro aldeísmo ilustrado, y hace quedar bien, ya eras culto. Y ahora...

—¿Qué pasa ahora?

—Que la cultura ha pasado a ser el corporativismo, el entorno humano, la organización, la idiosincrasia de un pueblo, y no sé cuántas cosas más.

—Me parece muy bien. Sobre todo eso de “no sé cuántas cosas más”. Porque la cultura es como una casa sin puertas, para que todo, y todos, pueda entrar y salir. No se trata de saber unas cuantas cosas; para eso va uno a la escuela, a la universidad; allí aprende, y es suficiente para andar por casa. Se trata de ir a las raíces de uno mismo. Se trata de poder, y ser capaz, hacerse las preguntas fontales.

—¿Por ejemplo?

—¿Quién soy, de dónde vengo, sentido de mi vida, a dónde voy...?

—Pues yo, a este paso, ni para andar por casa tengo ya. La cultura y yo, últimamente, no mantenemos muy buenas relaciones que digamos.

—Me gusta tu sinceridad. Pero cuando te hablo de cultura, lo hago en la línea de la sabiduría, en el sentido bíblico.

—¿Y qué sentido es ése?

—El sentido de uno mismo. Te lo acabo de decir y no te has enterado. Saber entrar dentro de uno mismo. Encontrarse a sí mismo y saber y poder luego sintonizar con el Dios que nos ha creado, y con todo lo que Él ha creado.

Comenzaba a entender hacia dónde me llevaba mi Sombra. El hombre siempre había peregrinado. Las distintas y más importantes religiones tienen una fuerte tradición de peregrinación. Mi Sombra me espetó.

—Pero, peregrinar a Tierra Santa, no es simplemente venir a curiosear. Es hacer un viaje hacia dentro de uno mismo.

Guardó silencio. Yo también. “Es hacer un viaje hacia dentro de uno mismo”. Grabé en mi mente, y sobre todo en el corazón, esta frase. Pensé: la Tierra Santa es la tierra de mis mayores. Abraham, Isaac y Jacob. Peregrinos, todos ellos. Es la tierra de Jesús de Nazaret. Y es la tierra de tantos, que no hemos nacido corporalmente en ella, pero llevamos sus mismos ingredientes. Nómadas en el tiempo, peregrinos a perpetuidad, buscadores de raíces hondas, partiendo de la más escueta verdad: “pecador me concibió mi madre”. Unos peregrinan a las más altas montañas del Tibet; otros a la Piedra Negra de la Meca. Nosotros a una Tierra que mana la leche y la miel de una esperanza sin límites, que es como el encuentro posible con todos los buscadores que en el

mundo han sido, son, y serán. Peregrinar es hacer un viaje hacia dentro de uno mismo.

—Me gusta, mi Amo, que pienses así. Mientras no se peregrina hacia dentro, hacia el corazón, no hay peregrinación posible. Peregrinar es encontrarse y encontrar.

Y mientras seguíamos enfrascados en estos pensamientos, enfrente teníamos otra cueva. Saliendo hacia Cafarnaum, desde el lugar de la multiplicación de los panes, en un pequeño promontorio encima de la carretera existen las ruinas de una iglesia, de una sola nave con ábside. Pues bien, la sacristía, pequeña, está totalmente excavada en la roca.

—Mi Amo, Egeria, la famosa peregrina española, recuerda que aquí hay una cueva y que “subiendo la cual, pronunció el Señor las Bienaventuranzas”.

—¿Será dicha cueva la misma que descubrió Bagatti en las excavaciones de 1935?

—Difícil saberlo, porque por esta zona hay varias cuevas. Y difícil saber el lugar exacto de las Bienaventuranzas, o Sermón del Monte.

Habíamos subido los dos kilómetros que separan un lugar de otro, a una altura de unos 200 metros sobre el lago. Allí está emplazada la iglesia octogonal, recordando las ocho Bienaventuranzas, —extraño número sin duda—, rematada con una cúpula, y rodeada por una galería con arcos, obra de Barluzzi.

—¿Fue aquí donde Jesús predicó el Sermón del Monte?

—Probablemente, no. Monte, no es en razón de la altura, sino en contraposición al lago. Y aunque la vista es encantadora, hay que suponer que la gente prefería la orilla del lago.

Sea como fuere, lo importante es que aquí había otro signo patente de ese peregrinar hacia dentro, y de ese encontrarse consigo mismo y con los demás. Ladera abajo de mí mismo sentía descender, como la lava del Etna en Sicilia, una a una las inmortales sentencias de Cristo.

—Mi Amo, dices bien “como la lava del Etna”, que lo arrasa todo, que lo quema todo. Porque las Bienaventuranzas también arrasan, también

quemar. También peregrinan hacia dentro. Y desde dentro el paisaje es precioso.

Era, sin duda, una indirecta muy directa por parte de mi Sombra, como acertadamente llamo a mi conciencia. Quizá por desviar un poco el tema, pues no me atrevía a encararme abiertamente con la pregunta hecha a mí mismo “¿te has metido de verdad en la entraña misma de las Bienaventuranzas?”, dije.

—Pues a mí me resultan 9 las Bienaventuranzas. Porque están los pobres, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, y los perseguidos por causa de la justicia.

—Ocho.

—No, porque añade: “Y bienaventurados seréis vosotros cuando os injurien...”, etc. Luego, nueve.

—Esa es la cúpula del octógono, cuya forma tiene esta iglesia. Por eso termina diciendo: “Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos”.

En distintos lugares del jardín, acomodado a este fin, los peregrinos celebraban la eucaristía con sus respectivos sacerdotes. Como si de un nuevo Pentecostés se tratara, había gentes y razas de todas partes. Me senté sobre una piedra, cerré los ojos. Las palmeras se cimbreaban suavemente al ritmo de la agradable brisa. Pensé, viendo tanta gente.

—Hombre y mujer de mi calle, cotidiana calle de nuestro diario vivir, ¿quién eres?

Como en un eco quedo e interior, mi Sombra respondía a mi pregunta, al tiempo que musitaba suavemente:

—¡Un cristo!

—¿Un Cristo?

—No lo escribas con mayúscula. La vida está llena de cristos.

—Entiendo.

Es verdad, pensé. Son cristos anónimos, configurados a la imagen del Cristo universal.

—Con los que te encuentras todos los días en tu calle.

—Paisanos inseparables, como tú, mi Sombra, a todas horas.

—Tienen rostro de varón, o mujer; los hay que son niños, jóvenes, adultos, ancianos.

El Hombre es un cristo. La Humanidad está hecha un cristo. Israelíes y palestinos han desatado el terror en las calles que, quieran que no, tienen que compartir. La réplica desproporcionada contra Afganistán por la caída de las emblemáticas, y ya para siempre enigmáticas, Torres Gemelas, aquel terrorífico 11 de septiembre, hace que ninguna torre esté segura. Y donde no es la guerra es el sida. La Humanidad está enferma.

—Sí, mi Amo, la Humanidad está enferma. Y no es mal de amores.

Preguntándome a mí mismo, trataba de preguntar al Hombre universal que puebla la faz de la tierra.

—Dime, por favor; dime, ¿quién eres? Quiero saberlo.

—¿Quieres saberlo?

Mi conciencia estaba viva.

—Sí; porque a ti y a mí nos han dicho que somos (¿somos?) habitantes de un extraño mundo, tan extraño, ¡ay, madre! que lo llaman de los civilizados.

—¿Civilizados? ¿Y qué más te han dicho?

—También me han dicho que tenemos siglos de existencia, y que nacido hemos antes de la civilización; me da igual que sea griega o romana, quechua o azteca, oriental u occidental.

—Te han informado bien.

—Incluso afirman, y asegurar me han asegurado, ¡por mi madre!, que el calendario inventamos antes, mucho antes, que los aztecas o los mayas.

—También es verdad. En la hora de Dios el hombre es eternidad.

¡En la hora de Dios el hombre es eternidad! Qué bien sonaban en mis oídos las palabras de mi Sombra, conciencia de mi ser.

—Continúa tu meditación, mi Amo.

—Sí, cristo de mi calle, paisano de la cotidianidad, hombre o mujer; quiero aún decirte, aunque quebrada y débil por la emoción tengo la voz, que las lunas nuevas, todas, hemos contemplado acampados por siglos al relente abismal de las estrellas.

—¿Todas? Alguna quedará.

Había una cierta ironía en la insidiosa pregunta de mi Sombra.

—Bueno. Pero en la cuenta caigo, amigo, amiga, y deja que expresar yo te exprese todo el dolor y la pena que en el corazón siento, que tú y yo no nos conocemos; como suena, no nos conocemos, por más que nacidos somos en el planeta azul, el mismo que llaman, te digo, de los civilizados.

—¿Otra vez? ¿Civilizados?

—Así lo llaman. Sí, porque hemos inventado, sabrás, la guerra y la democracia, y otras frivolidades.

—Dices verdad. Ya lo creo que lo sé.

—Y andar hemos andado los surcos todos de la cultura.

—¿Sí? ¿Todos? Me extraña.

—Bueno. Y como puedes ver, sin dejar por eso de ser europeos o americanos, fanáticos traficantes de la droga y del petróleo.

—Es el modo de ser vasallo de las modernas esclavitudes.

El jardín de la iglesia de las Bienaventuranzas tenía ahora menos aflorar de peregrinos. No había prisa. Mi Sombra me hacía un leve gesto para que siguiera mi reflexión. Con los ojos cerrados veía con más claridad mi mente.

—Querrás decir, tu conciencia.

—Querida Sombra, estás en todas partes.

Desde el olivar y al fondo asomaba un trozo del lago.

—Ya ves, cristo de mi calle; tanto tiempo hace que vivir, sin vivir, vivimos, y que deambulamos juntos las mismas calles, y sin embargo, tú y yo aún no nos conocemos.

—Pues ya va siendo hora.

—A mí, gustar me gustaría, ya lo creo, charlar contigo un rato a la otra sombra, ya excesivamente alargada, de la era industrial.

—Haces bien en puntualizar, “a la otra sombra”. Esa no soy yo.

—Tomo nota y sigo. Por más que deambulamos la misma, y estirada calle de la existencia, no nos conocemos.

—Queda claro.

—Y hasta quizá cada viernes jugamos nuestra quiniela ilusionada, pensando ser los afortunados y omnímodos reyes de la Creación.

—Si a ti no te toca ni el reintegro...

—Dicho queda. Nosotros, que nacidos fuimos antes que las estrellas o el sol existiesen.

—Dices bien, en la mente del Dios eterno hemos estado desde siempre.

—Y que, para pastorear de luz la inteligencia, el cosmos, la ciencia, la vida, nacimos.

—Y que ser deberíais...

Mi Sombra, qué duda cabe, me ayudaba a interiorizar más de lo que yo mismo hubiera imaginado. Le adiviné la frase.

—Eso. Ser deberíamos los granjeros de la Osa Mayor y la Osa Menor.

—¿Y por qué no?

—Porque confundimos la O con la U, y pusimos USA en vez de Osa.

—Qué pena.

—Sí, ¡qué pena, ay madre, qué pena! Y lo peor, hemos apagado los luceros todos, mientras arden sin sentido, a golpe de pirómanos salvajes, nuestros bosques.

Quizá era tiempo ya de levantarse y continuar el camino. Quise aún añadir.

—Amigo, y ya para terminar, te reitero con cariño que conocer, como ves, no nos conocemos.

—Porque vivís del cuento.

Así de directo era mi interlocutor. Iba directo al corazón.

—Es verdad. Vivimos del cuento y la apariencia, la mediocridad y la duda.

—Por eso, por más que disimuléis, no podéis.

—Cierto. No podemos disimular. Al igual que tampoco podemos evitar llevar remendado el pantalón de la existencia con parches de metafísica indigencia.

—Recuerda que, pecador te concibió tu madre.

El salmo 50 estaba presente a lo largo y ancho de toda mi vida.

—No lo he olvidado. Pero, ¡qué pena, madre, qué pena!, haber construido, nosotros, la civilización y la banca, la burocracia y el paro, como un mal menor, y el trasto de la televisión.

—Para terminar, algunos, haciendo de la vida una novela interminable de sueños y mentiras.

—Es que hemos implantado el silencio en vez de la charla y el café de sobremesa.

—Y los ordenadores.

—Por eso, cristo de mi calle, pasear deberíamos cada día, cuánto me gustaría, ya lo creo, bajo las ramas del deseo; mientras crecen, lentos, en las fronteras de la esperanza, los olivos de la paz.

—Recuerda el Huerto de Getsemaní, poblado de olivos.

—Emblemático Huerto donde, entre todos, me quedo con uno: el Olivo de la paz.

—¿Qué más te gustaría?

—Pues, lo mismo que cuando el mundo aún era una granja de poetas, y las flores hablaban con libertad su belleza en el rumor verde de los bosques, y los colores saltaban como pájaros alegres, de risco en risco y de valle en valle, y la luz era diáfana y pura, como en el desierto, me gustaría seguir siendo un niño.

—Aún estás a tiempo.

—Sí, pero ya ves; ya no hay olivos, ni hay paz, y los poetas se han ido. Ya sólo quedamos tú y yo.

—Ojo, te equivocas.

—Sí, ya sé; quedan los políticos de turno, malabaristas de ilusiones, contorsionistas fáciles del circo de las conveniencias.

—No me refiero a ellos.

—¿Entonces?

—Quedáis todos los hombres y mujeres de buena voluntad, y que son más de los que te figuras.

—Tienes razón.

También quedaba, por sobre todas las cosas, como flotando en el ambiente, el Sermón de las Bienaventuranzas, que el Maestro había proclamado en el mismo lugar donde me encontraba.

—Es el único y verdadero programa que os ayudará de verdad si queréis llegar al entendimiento, la solidaridad, y la paz universal de unos con otros.

Me levanté de la piedra donde, además de reposar, meditar y reflexionar, las Bienaventuranzas adquirirían la fuerza subyugadora de la más hermosa y radiante fraternidad. Aún le dije a mi Sombra.

—Para terminar, déjame hacer un brindis.

—Vale.

Alcé la voz, extendí mi mirada a lo ancho del lago, levanté mis brazos, y exclamé:

—Hombre de mi calle, te propongo un brindis.

—Vale.

—Brindo por la sinceridad y la vida; brindo por la risa ingenua de los niños, y el candor de las flores; brindo por el paseo a media tarde entre los olivos de la paz; y brindo porque plantar plantemos, por si vuelven los poetas, un lucero en lo alto de la noche, que colgar colgaremos de las estrellas que alumbran el firmamento. Que alumbré así la esperanza nuestras calles; y que se llenen de Amor los corazones.

—¡Amén!

La brisa llevó mis palabras que quedaron esparcidas sobre la superficie del lago, mientras los peregrinos continuaban sus rezos en el Monte de las Bienaventuranzas. El jardín refulgía con los colores radiales y alegres de la tarde. Según nos íbamos, los olivos que nos rodeaban parecían decir: ¡gracias!

12.- UN LAGO PARA PINTAR LA NOCHE

Cafarnaum era un pueblo pequeño, siempre lo fue, situado entre el lago de Kinneret y la Vía Maris. Las investigaciones arqueológicas constatan que ya existía en el siglo XIII a.C.; que su mayor esplendor, escrito quede con entrecorrido, tuvo lugar entre los siglos V y IX a.C., y que prácticamente desapareció en el siglo IX después de Cristo, durante el reinado de los Abasidas de Bagdad.

—Sin embargo, mi Amo, Cafarnaum es uno de los lugares que cobran más fuerza en el Evangelio.

—Naturalmente, mi Sombra, porque Cristo hizo de él su segunda patria, sobre todo cuando abandonó prácticamente Nazaret y se lanzó a proclamar la Buena Nueva.

Los limoneros, aguacatales y toronjuelos imprimen al conjunto una belleza tranquila, familiar; lo mismo que los olivos, cereales y pequeños viñedos.

—Pero aquí, la industria de la pesca también tuvo mucha importancia.

—Es lógico, pues aunque nunca fueron muchos sus habitantes, el pueblo tenía que buscar su subsistencia.

—Total, que entre el pescado, el trigo, el vino, el aceite, y los medianos ingresos del pequeño comercio, aprovechando la Vía Maris, la vida resultaba apacible, dentro de un marco de sencillez.

Sencillez. La misma que el Maestro de Nazaret proclamaba y practicaba.

—¿Sabes, mi Amo, que la sencillez va desapareciendo?

—¿Me lo recuerdas con segundas intenciones?

—Podría hacerlo en directa, o a motor calado. Mas no seas mal pensado. Simplemente, quería decir que los humanos habéis inventado un ritmo tan frenético de vida que os estáis olvidando de vivir.

—Qué razón tienes.

Guardé silencio. Mi mente volaba en ese momento, no de lugar; era el mismo, apenas había cambiado. Si no, de tiempo. Dos mil años atrás. En este mismo sitio, donde mi Sombra y yo admirábamos las arqueológicas piedras, el Maestro contemplaba y se fascinaba ante la realidad cotidiana de la vida. Jugaba con los niños, ayudaba a Pedro en la tarea de la pesca con la barca; observaba la cotidiana labor de amasar el pan. Hablaba con el lenguaje campechano y noble del pueblo a la gente. Fascinaba su cercana sencillez y cordialidad. En suma, le gustaba la vida bucólica del campo, las puestas de sol, tan cautivadoras por su colorido, en el ancho horizonte del desierto.

—Oye, oye, lo que dice.

Tomó por los brazos a un niño chiquito y juguetón. Después de auparlo sobre sus hombros, exclamó:

—“Si no os volvéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”.

Los circunstantes observaban y escuchaban. Bajó al niño, lo mandó a jugar con los otros niños, y continuó hablando a los adultos. La esposa de Pedro, mientras tanto, ayudaba a su madre a preparar la masa para el pan. Jesús, sacando partido de algo tan sencillo y cotidiano, continuó.

—“El Reino de Dios es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo”.

Las dos mujeres se volvieron hacia Jesús, y sonrieron, poniendo cara de satisfacción. La esposa terció, dirigiéndose a su marido:

—Simón, tendrás que moler más trigo, se me está terminando la harina, sólo me alcanza para mañana.

—Descuida, mujer.

Al entrar la noche, se ha hecho el silencio en la aldea. La gente se ha retirado a descansar. Jesús se ha sentado en un banco de piedra, a tomar la fresca, a la puerta de la casa de la suegra de Simón, al que Jesús prefiere llamar Pedro. Las noches en estos parajes tienen el embrujo y la cadencia

oriental de la Galilea. Hay un firmamento tachonado de estrellas. Jesús, las contempla fijamente. Mi Sombra me advierte.

—Mira, parece que está rezando.

—¿Qué dice?

—Escucha y lo sabrás.

Había anunciado que él es el “Pan de Vida”. No todos le entendieron. Otros, quizá, tal vez... Cabían todos los interrogantes. De todos modos, dijo:

—“Gracias, Padre, por haber enseñado estas cosas a la gente sencilla”.

Cuando mi pensamiento regresó al presente, recuerdo que mi Sombra me susurró:

—Ya sabes, mi Amo, que la población de Cafarnaum estaba compuesta por judíos auténticos y por judíos convertidos a la fuerza durante el periodo de la dinastía Asmonea.

—Sí, sí; y también por judeo—cristianos, desde la segunda mitad del siglo I, a los que apodaron como “la secta de los nazarenos”, y también, “Minim”, porque efectivamente, los judíos los consideraban sectarios y además heréticos.

Dos palabras peligrosas. A cuánta gente, por lo mismo, mandaría a la hoguera la Inquisición. Aquí eran suficientes para ir a la cruz o, en el mejor de los casos, recibir los cuarenta azotes menos uno.

—Parece que tampoco a san Jerónimo le simpatizaban mucho.

—¿Por qué?

—Pues porque en una carta, refiriéndose a ellos, le dice a san Agustín que, “al querer ser judíos y cristianos, no son ni judíos ni cristianos”.

—Si es por eso, tampoco Cristo dejó de ser judío, y acudía al templo, y a la sinagoga. Y llamaba al pan, pan; y al vino, vino. Y cuando hizo falta, se lió a golpes con los dirigentes del templo. Recuerda la que armó en Jerusalén. Derribó las mesas de los que cambiaban moneda, tiró las jaulas de las palomas, y armado de un látigo expulsó del templo a todos los farsantes.

—Porque supo poner las cosas en su sitio.

—Exacto. Porque supo superar el templo y la sinagoga, que estaban sometidos a la fuerza de una religión encorsetada en la fuerza de la ley, donde faltaba vida.

Si seguíamos así, nos iban a oír. De modo que bajamos la voz.

—Te entiendo. Por eso dice: “Llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre”.

—Bueno, pero eso sería en previsión de que el espléndido templo de Jerusalén iba a ser destruido, como Juan Hircano destruyó el construido por los samaritanos en el Garizim, motivo de tanta rivalidad entre judíos y samaritanos.

—No me parece mal tu punto de vista, pero Cristo va más lejos y dice: “Llega la hora en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y verdad”.

No era cuestión de enfrascarse en argumentaciones teológicas, y sí, de continuar viendo las ruinas.

—Qué bellos fragmentos arquitectónicos.

—Mudo, pero elocuente lenguaje, que habla de la suntuosidad que tuvo la sinagoga.

—La misma en la que el Rabí de Nazaret tantas veces habló a las gentes del lugar.

Los turistas, en grupos organizados, hacían el recorrido, algunos sin enterarse apenas de nada, pendientes de sacar fotos, para luego, intercambiándose las cámaras, posar repetidas veces, desde distintos ángulos, posiciones y lugares. Era el recuerdo para la posteridad.

—Me gustaría que también nosotros nos tomáramos una. Aquí, en la sinagoga, con las columnas como fondo.

Le dije a uno de los turistas, que parece que disfrutaba disparando las cámaras del resto del grupo.

—Do you speak English?

—No, pero es igual. ¿Qué quiere, que le saque una foto?

—Sí; si me hace el favor...

—¡Faltaría más!

Y a mi Sombra:

—No te muevas.

—Pierde cuidado, que si tú no te mueves, yo tampoco.

Ir y venir, era, para nosotros, como llenarse de esa abigarrada realidad vital que hay en toda la Tierra Santa, dejando que cada piedra, cada detalle, se adentraran en lo profundo de nuestros sentimientos. De repente, mi Sombra me dio un pequeño toque de atención. Uno de los guías alertaba la curiosidad del grupo, para que se fijaran en aquel original dibujo.

—Mira, es el arca de la Alianza, sobre ruedas.

De veras, resultaba curioso el detalle de las ruedas. También la estrella de David aparecía repetidas veces, representada en las piedras. Como el día iba cayendo suavemente, pensé.

—¿Por qué no nos quedamos a pasar la noche aquí?

—Por mí, no hay problema, pero es mejor que salgamos de este recinto.

Y esa noche, soñé. Jesús, el Rabí de Nazaret, seguía sentado en el banco de piedra a la puerta de la casa donde Pedro, a su vez, soñaba sueño imposible de peces que no se dejaban atrapar por sus redes, pero que un día inmortalizarían su nombre. Los turistas pedían “el pez de Pedro” en los abarrotados restaurantes de las orillas del lago. Un día, en Roma, pedirían su cabeza, aunque terminaron por respetársela, cambiando la espada por la cruz. Pero, por ahora, Pedro dormía. El Rabí de Nazaret soñaba, despierto, a la luz de las estrellas. Cuántas cosas pasaban, sin duda, por su mente. Más acá de las estrellas, desde aquel día que, en Belén, apareció aquella, una nueva Humanidad se estaba gestando. Sueño de estrellas de paz para la tierra soñaba el Maestro. Le dije.

—Déjame, Rabí, déjame pintar la noche, plena de sueños y estrellas, con el azul de tus pasos; déjame que grave en el cielo un corazón grande, muy

grande, universal; tan grande y desnudo, como el tuyo; que huelga a libertad, a viento y lluvia, a madreSelva, a manzana, y a tierra recién mojada.

Las suaves olas que acariciaban la orilla ponían ritmo a mis sentimientos. El Maestro me sonreía. Insistí. Con la constancia repetitiva de un niño.

—Déjame, Rabí, déjame pintar la noche, más acá de las estrellas, las mismas que tú has creado y llenado de luz, con los colores del alba, para que pueda bordar de esperanza la ternura de los niños, y acariciar de inocencia las entrañas de sus padres.

Mi Sombra dormía tranquila. La calma era total. Los pececitos, al fondo, trazaban surcos invisibles bajo el agua, donde quedaban sembrados, en lenguaje cifrado, los signos indelebles del Amor. Me pareció ver que el Maestro alzaba una mano en gesto de bendición, como cuando bendijo los panes y los peces. También ahora seguía bendiciendo. Era un gesto infinito. Era una bendición sin final. Era..., como un perdón universal. Las estrellas parpadearon su luz. Mi Sombra, contrariamente a lo que yo pensaba, no dormía. Velaba mi sueño. Me dijo.

—He visto llorar a una estrella.

—Es que, la noche es tan bella...

Y efectivamente, el cielo era un pedregal de estrellas a borbotón, un manantial reverberante e incesante de luz. Pero más que luz, había Amor. Una fantástica noche estival. El cielo y la tierra estaban de fiesta. En cada estrella que asomaba en lo alto del firmamento yo veía una sonrisa conjuntada para hacer, si posible fuera, más cósmica aún la fiesta universal de una paz en plenitud. Como el Maestro seguía sonriéndome, me atreví a insistir.

—Déjame, Rabí, déjame pintar la noche con los celajes que guardan la sonrisa de la luna y el latir de los luceros. Que quiero sembrar de claridades el corazón de los hombres, de las mujeres y de los niños; también de los ancianos y de los jóvenes.

El Maestro me dijo.

—¿Y qué color le pondrás?
—Le pondré el color de la vida. También pintaré la esperanza.
—¿Con qué?
—Con el mismo color de la vida. Y la colgaré de las estrellas, y de los árboles... Todos la verán.

El Maestro me acarició la frente. No dijo nada. Me sonrió. De pronto, desapareció. Grité.

—¡Maestro...! ¡Maestro...!

Había desaparecido. Debía estar cerca el amanecer, pues había relente. Noté algo de tristeza. Tampoco había estrellas en el firmamento. Y las riberas del lago carecían de árboles. Era como si de pronto el desierto se pusiera en pie sobre un veloz corcel y comenzara a galopar. Se acercaba al lago. Sentí miedo. Junto a mí no había nadie. Ni mi Sombra. Debo estar soñando, pero no puede ser, yo soy consciente de que estoy despierto. Soñaba que estaba despierto y le pedí a Dios una prueba.

—Déjame, Dios mío, asomarme esta noche al pretil viejo del tiempo, que quiero decirte mis cuitas, en la forma llana de una plegaria.

—¿Una plegaria has dicho?

—Sí, una plegaria candorosa que hunda, igual que el árbol frondoso de la vida, sus raíces en el desierto, la estepa, o el huerto.

—¿Qué huerto?

—El huerto del sueño, de la ilusión, de la fantasía.

—Estás delirando.

—No, mi Dios, no; no deliro. Ocurre que, aún tengo el sabor de tu Palabra en mi boca; y hombre me sé. Soy como un niño. Menos; aprendiz de niño soy, que juega en las ramas umbrosas del árbol de los años.

—¿No ibas a colgar la esperanza de los árboles?

—Sí, pero me faltó la inocencia, y me envolvió la tristeza de los días iguales.

—¿Es que te aburre la vida?

—¡No! ¡Todo lo contrario! Es que tengo el alma taladrada de paisaje y, a veces, no alcanzo más que a atisbar, apenas, la luz de tu Universo. Es verdad que intuyo, presiento y siento, Amorosamente, tu presencia envolvente.

—Es decir, te falta fe.

Recordaba las palabras del Maestro: “Si tuvierais fe, aunque fuera tan sólo del tamaño de un granito de mostaza...”. Noté con suma claridad que Dios me entendía perfectamente. También me sonreía. Eso me dio valor.

Le dije:

—¡Padre...! Con la misma ternura del barro recién horneado, con que amasaste mi ser en el cuenco infinito de tus manos, las mismas que amasaron de Amor sabiamente las galaxias para vestir de relente el misterio de la noche eterna y fantástica del universo, déjame asomarme al pretil viejo del tiempo.

—Hace mucho que estás asomado al pretil del tiempo. ¿Has olvidado, acaso, que eres un peregrino?

Sentí alegría de que me lo recordara.

—¡Gracias, Dios mío, gracias! Es verdad, soy un peregrino. Y raíz de tronco, en figura de hombre, me sueño, plantado en medio de la estepa, que correr quisiera, sin rumbo fijo.

—Hay un rumbo marcado para cada hombre; lo que pasa es que muchas veces os salís del camino.

—Tú me entiendes, mi Dios. Yo quisiera correr, igual que un profeta. Me quitaría las sandalias para ir más ligero, tiraría el cayado, me quedaría sin nada.

—¿Sin nada? Muy desprendido te veo.

—Bueno, me quedaría sólo con mi voz, para gritar en el desierto tu verdad.

—El Maestro de Nazaret es la verdad y no le habéis hecho caso.

Recordé sus palabras en la cruz: “Padre, perdónales, que no saben lo que hacen”.

—¡Dios mío! Repito, yo sé que me entiendes. Porque, de pronto, me veo envuelto en el palpitante aleteo de tu mágica voz, la misma que ha creado a retazos la luz, el cosmos, la vida, y esta savia, para que mi viejo árbol reverbere, aunque sea por las venas tráfugas del pensamiento, de la fe, y de la esperanza.

—¿Sabes lo que dices?

—Sí, la misma fe y la misma esperanza que alienta y empuja mi ser.

Sentí entonces que mis ojos se llenaban de luz; era la luz de las lágrimas, una luz que ilumina por dentro. Con toda la humildad de que fui capaz, añadí.

—¡Mi Dios! Déjame envolverme en la desnuda inmaterialidad de tu regazo, como si fuera un niño; quiero volver a ser el niño recién amanecido en tus brazos de Padre, el niño que debe pastorear de inocencia el rastrojo de estrellas de tu firmamento infinito, donde pacen la Osa Mayor y la Osa Menor, al abrigo del silencio de los siglos.

—¿Silencio dices? ¿Has olvidado el salmo, “los cielos y el firmamento pregonan la gloria de Dios”? No hay tal silencio. Sucede que estáis infatuados de ruidos. Os falla el sentido de la contemplación. Os invade el confort y el materialismo...

No supe si era la voz de Dios o la mía propia, es decir, la de mi conciencia. ¡Qué razón tenía! Hemos perdido el sentido de la contemplación, nos invade el confort y el materialismo... Pero recuerdo que, de pronto, me sentí niño, muy niño. Y con un hilo apenas de voz exclamé.

—¡Padre...! ¡Padre...!

A partir de ese instante sobrevino un espacio de tiempo que podríamos llamar amnésico; no recordé nada más. Sin embargo, de algún modo se produjo una especie de interconexión intemporal que recorría y sacudía todo mi ser. Me vi, de pronto, niño. Efectivamente, niño en la edad y en el tiempo. Aún no conocía los avatares de la vida, ni de la historia. No podía leer ni prever el futuro; y, probablemente, carecía de un pasado. Desde el fondo de mi ser, mi conciencia me decía:

—Mi Amo, no se carece de un pasado; es precisamente el pasado lo que más nos marca. Para bien y para mal.

—Pues has de saber, mi Sombra, ahora que lo dices, que tienes razón. Es verdad, también yo tengo un pasado.

—Si lo sabré yo; te lo estoy recordando.

Mi pasado era mi abuelo.

—No me digas.

—Te lo digo, y reafirmo, mi abuelo y el acantilado.

Cuántos años transcurridos y cuánta remembranza de tiempos felices que formatean la mente de un niño y lo trasladan al país intemporalmente eterno de los sueños.

—Qué cháchara, cuántas cosas no nos diríamos mi abuelo y yo en lo alto del acantilado.

—Donde el horizonte no tiene límites.

Efectivamente, el pasado mío era mi abuelo; aquel hombre sabio eternizado en esa veta de serenidad y cordura que distingue a los hombres que saben anclarse en el presente visual y permanente que la vida ofrece, en principio a todos, y que sólo unos pocos aceptan.

—Mi Amo, aunque no te acuerdes, yo también estaba allí.

Pasé por alto la acotación de mi Sombra. Quería revivir momentos felices desde el presente oportuno que la memoria actualiza. Ahí estaba mi abuelo. Lo recuerdo sentado en lo más alto del acantilado, contemplando el mar inmenso, las olas siempre activas, cambiantes, de colores irisados, fascinantes. Con diáfana elocuencia, me contaba historias de los griegos; conocía al dedillo la mitología griega, sus deidades. Llamaba burgueses a todos los dioses del panteón helénico.

—¿Por qué, abuelo, por qué los dioses griegos son burgueses?

Armado de sabia paciencia, trataba de explicarme cómo se despreocupaban de los humanos y, hasta entendía que yo podía comprender, me hablaba de sus pasiones.

—¿Los dioses tienen pasiones? ¿También pueden pecar?

—En los dioses mitológicos todo es posible.

A continuación, le resultaba fácil la transición, y pasaba a hablarme del Dios cristiano.

—Abuelo, yo con Dios hablo todos los días. Es mi amigo.

Y el abuelo, al que yo no me cansaba nunca de escucharle, me impartía la mejor catequesis. Para él todo tenía vida.

—Abuelo, entonces, las olas, el agua, el viento.... ¿también tienen vida?; ¿lo mismo que los pececitos, o que las gaviotas?

—Bueno, casi podríamos decir que sí; lo mismo, hijo, lo mismo.

Luego, yo me quedaba callado; él también. Después, yo me ponía a cortar las pequeñas margaritas y malvas que crecían en la explanada encima del acantilado. Él, seguía leyendo, enfrascado en sus libros. ¡Cómo disfrutaba mi abuelo leyendo! Por mi parte, cuando reunía un puñadito de florecillas, las acariciaba, y hasta les hablaba con mimo, en una especie de monólogo compartido; porque las flores, como los niños, también hablan.

—Mira, abuelo; las margaritas también hablan.

Y nos poníamos a jugar. Yo arrancaba un pétalo, él otro. Era el niño más feliz. De pronto nos entraba la risa. Y cuando las flores se marchitaban, nos quedábamos callados.

—Abuelo, las flores se han puesto tristes.

El abuelo pasaba muchas horas encima del acantilado. Era más libre que las gaviotas. Los libros son, además de buenos amigos, una fuente de libertad. Dueño de sus pensamientos, yo sentía que mi abuelo era un hombre feliz. A veces, me preguntaba.

—¿No te aburres?

—No, abuelo; junto a ti, no.

—Hijo, es que aquí no hay soledad.

—Abuelo, ¿y Dios se aburre?

—No hijo, no; Dios no conoce la soledad.

Con el correr de los días, no me ha sido difícil comprender por qué mi abuelo amaba la soledad del acantilado. Era una soledad sonora, llena del

lenguaje de las olas, de los peces, de las gaviotas, de las margaritas, de las estrellas.... de la vida. ¡Qué gran verdad!

—Abuelo, ¿ qué estás leyendo ahora?

Alzaba la vista de las páginas sabias del libro, me miraba con aquella dulce e inteligente mirada que penetraba más allá del mar, y como de costumbre, me revolvía cariñosamente los bucles que caían sobre mi frente.

—Mi Amo, ¿duermes? Ya está amaneciendo.

—¿Tan pronto?

Sentí haberme despertado en lo mejor de un sueño feliz. Aunque la otra realidad que contemplaba tenía también su encanto.

En la casa de Pedro parpadeaba la luz de un candil. Era el primero de la aldea en levantarse, para ir a la tarea diaria de las pesca. Y yo estaba, contradictoriamente, muy cerca de él y muy lejos. Me miré de arriba a abajo. Y me vi como el niño que ya no era. Que los años habían pasado con excesiva velocidad. Que otras ocupaciones, preocupaciones y preguntas afloraban a mi mente.

—¿Y Dios? ¿Dónde está Dios?

—Mi Amo, Dios está en los niños.

—¿Los niños? Yo no soy niño ¿Qué es un niño?

—¿No eres niño? No me hagas reír.

Me habría destapado. Sentí frío.

—¿Dónde estamos?

—En lo más alto de los Andes, mi Amo.

—¿De los Andes? Pues yo había quedado con Pedro en salir a pescar al lago. Se me va a hacer tarde.

—Pescando estás. Tus redes se han ensanchado; abarcan el universo mundo. Recuerda al Maestro: “Seréis pescadores de hombres”.

Sentado sobre un frío peñasco, en una de las estribaciones de los Andes, seguían viniendo a mi memoria, casi sin saber por qué, aquellos felices días de la infancia.

—¡Abuelo...!, ¡abuelo...!

El abuelo ya no estaba. Cincuenta años, y un mar inmenso de por medio, nos separaban. Se me antojaba una eternidad el tiempo transcurrido.

—Mi Amo, el tiempo es eternidad. Si te das cuenta, lo mismo que entonces a la orilla del mar, aquí, en las alturas majestuosas, agrestes, imponentes, de los Andes, el tiempo se ha detenido.

—Pues mi pensamiento se mueve.

—Tu mente es la que trabaja.

Mente y pensamiento se movían, por encima del tiempo mismo, de la vida y de los días.

—Estamos apostados al abrigo de un peñasco.

—¿Y éstos? ¿Quiénes son éstos?

—Son indígenas.

Me he puesto a verlos pasar. Taciturnos, callados, sabios, con su soledad de siglos, que tampoco lo es. Que también aquí la vida pulula por todas partes; y la soledad es tan sonora, que me hace retroceder en el tiempo, hasta el acantilado donde pasé las horas más felices de mi vida, junto a mi abuelo.

—Sentiría molestar, mi Amo, pero empieza a amanecer, hay que continuar la peregrinación.

—¿A dónde se dirigen los indígenas?

—Están haciendo la ruta anual de la sal, con su caravana de llamas.

Estos camélidos, familiares e imprescindibles en estas latitudes del planeta, son la gran solución para el transporte.

—¿Y por qué se detienen? La caravana se ha detenido.

—Hay que reparar fuerzas, mi Amo.

Los indígenas, pastores de sus rebaños y de la soledad que les rodea, han ofrecido, en primer lugar, un poco de alcohol a los Achachilas, o divinidades, de la montaña. Luego, con la hospitalidad que les caracteriza, a mí me han dado un mate de coca; es delicioso, sobre todo en estas alturas, donde el sol, en el día, no calienta pero quema el rostro; y en la noche, la luna llena, con su luz limpia, traslúcida, de fría plata, es reina soberana.

—Abuelo, ¿y esos dioses son buenos?

Nadie me respondió. El abuelo ya no estaba. Hace años que se fue al cielo. La respiración se me ha vuelto fatigosa. El paisaje andino es sobrecogedor.

—Yo diría, divinizante, mi Amo.

Un panteón, que englobaba todas las divinidades. Tenía la impresión de que me aplastaba.

—No, mi Amo, a ti te aplastan las sábanas. Pero a esta gente, sus deidades, lejos de aplastarles, les van creciendo desde las mismas y hondas raíces de la tierra, desde la Pachamama. Por eso son verticales, como estas montañas que, en su altura, acongojan.

—¿Y aquí hay soledad?

—Mi Amo, aún a fuerza de ser reiterativo, debo decir que en esta cósmica y planetaria soledad, tampoco hay soledad.

El silencio era transparente; y la nieve, refractada por el sol, la cara risueña y alegre de la montaña.

—Aquí todo trasciende a la altura.

—Y más allá de la altura, porque todo es altura.

También esta gente es soñadora; el indígena es soñador de muchas lunas, de eternidades trasvasadas al tiempo. Raza sublime y eterna.

—Morenos de sol.

—Curtidos por el frío.

Estos indígenas no viajan sólo geográficamente; viajan, sobre todo, en el pensamiento, y saltan los días y el tiempo, anclados en sus raíces ancestrales.

—Son verticales.

—¿Como el abuelo?

—Como el abuelo.

Trascienden el tiempo. Ellos, como yo, están anclados en el hualupacha, es decir, viajan del presente al pasado, y del pasado al futuro, al encuentro cotidiano de sus antepasados, omnipresentes en el universo, cosmográficamente onírico y vertical, de los espíritus y las divinidades, que son como sus raíces y, al mismo tiempo, sus guardianes.

—Abuelo, el grupo de indígenas está haciendo su ofrenda nocturna.

—Se dice el Chika-aruna, que es como la oración de la noche; dan gracias y al mismo tiempo imploran benevolencia y bendición en el largo viaje.

Me he quedado viendo, en la fría y hermosa noche, la danza de luz y nieve que forman los picos góticos de los Andes al paso de algunas nubes. Hay luna llena. Y aunque sabía que el abuelo ya no estaba, le dije.

—Abuelo, ¿sabes?, ese gigante es el Illimani; mira, es como un dios, vertical; trasciende la altura.

Quería sentir la caricia de mi abuelo revolviéndome los bucles. Pero el abuelo no estaba. Mis antiguos bucles de niño, tampoco.

—Hijo, sigue tu peregrinación; siempre en línea recta al corazón.

Aún tuve un instante para decir:

—Abuelo, el Illimani también se ha puesto en pie. Parece que quiere echar a andar. ¿También es un peregrino?

Cuando desperté, la luz había convertido en un espejo la superficie del lago. Emblemático lago de Kinneret. Sobre la ondulación del agua, una barca se bamboleaba, mientras un pescador subía a bordo las redes. Gráciles gaviotas revoloteaban sobre la frágil embarcación intentando capturar el pescado. Me dije.

—Así era Pedro. El apóstol que Cristo inmortalizó.

—Piedra.

—Red.

—Pescador.

Mi Sombra susurró:

—Todo corazón.

—Un hombre, con corazón de niño.

“Si no os hacéis como niños...”

Me fijé en el hombre de la barca. Igual que el apóstol, también les lanzaba de vez en cuando peces a las gaviotas. Uno se deslizó, raudo, hasta el fondo trazando surcos luminosos en la irisación del agua.

—El pez de Pedro, mi Sombra.

A medida que nos íbamos alejando, con el corazón henchido de paz, tuvimos la sensación de haber intentado pintar la noche sobre el lienzo y, a la vez, pentagrama del lago, llamado del Arpa, Kinneret; evocador, musical; y donde los peces templan las cuerdas para que cada quien trate de poner, como mi Sombra, un acorde al menos, que ayude a componer, entre todos, la Sinfonía inacabada de la Esperanza, aún por escribirse.

13.- TIERRA DE DIOS, TIERRA DE TODOS

Amanece sobre el Monte Carmelo con el sabor de la tierra en calma que el verano ofrece con generosidad. Mi mente guarda recuerdos del presente para ofrecer al futuro, aunque, y por eso mismo, estoy seguro que el futuro primero ha sido pasado. Según va levantándose el sol, mi Sombra se encoge, se me acerca. Sé que su cercanía es señal de que quiere hablarme.

—No me importunes, por favor.

—No, mi Amo; sólo quería preguntar si la Historia del Pueblo judío es la historia de Dios.

—No; desde luego que no. ¡Qué disparate! Dios no tiene historia. Dios es un eterno presente de Amor. Y, como comprenderás, el presente no tiene historia. Es universal, irradia luz en todas direcciones. El Pueblo judío es, más bien, la historia del Hombre, para un mundo poblado de supersticiones cifradas.

—¿Quiere decir que Israel, siendo tan pequeño es el país más universal?

—Sí, por paradigmático y emblemático. Aunque, lo importante no son los sustantivos sino las matizaciones. Fue el Pueblo escogido por Dios.

El Pueblo de Dios, en consecuencia, aunque pequeño en su estructura, es macroglobal. Simboliza y sintetiza, a todos los pueblos. Es como si del oleaje de un mar infinito se tratara, que convergiera en una playa cósmica; y donde el choque de las olas, lejos de borrar individualidades, acentuara las diferencias, para potenciar las raíces universales.

—El mundo es un mosaico de parcialidades.

—A la vista está. De ahí los desajustes, de ahí las guerras, de ahí la violencia.

—Mi Amo, dijiste algunas vez que el mundo es horizontal.

—Recuerda que el sol sale para buenos y malos.

—Y que la dicha es vertical.

—Por eso es tan escasa.

—Entonces, a cada quien le queda, intangible, su limpia verdad, su escueto yo.

—Así es.

A esa misma hora amanecía también sobre el monte Hermón, y el Tabor, y el monte Sión..., en fin, sobre la Tierra Santa, la Tierra de Dios, como una bendición prolongada en la quietud del paisaje.

Recordé a Abraham. Se encaminaba hacia allá, hacia el Moriah, con paso presuroso y la preocupación en la conciencia. Se le exigía el sacrificio de su hijo Isaac. Era una ola, de tantas, en el mar embravecido de una tempestad incesante de sangre, que bañaba sin cesar la Tierra de Dios, La Tierra de Todos.

En la explanada de las mezquitas quedaban tendidas las primeras víctimas de un sacrificio que, a diferencia del incruento de Isaac, resultaba inútil. Era el detonador de una preocupante espiral de violencia incontrolable. No hermanaban bien el oro del domo de la Roca con el blanco de las piedras de la Ciudad Santa.

—“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los mensajeros que Dios te envía! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, y tú no has querido!”.

La voz del Maestro sonaba inconfundible.

Sobre la ciudad de Acre, situada, primero en la “Colina de las cerámicas”, siglo IX a.C., en territorio cananeo; y ahora, en la punta norte de la bahía de Haifa, también comenzaba a apretar el sol.

Acre, se ha movido al compás de las olas de la política. Salomón se la había dado a Hirán, rey de Tiro. Resistió a los Asirios y a los Persas; abre sus puertas, ventanas y celosías, a Carlomagno, para quedar bajo el dominio de los Tolomeos. Tolomeo I la destruye; Tolomeo II la reconstruye; hasta, lo mismo que una desposada, tomar el nombre del marido: Tolemaida, ciudad próspera y mediterránea, comercial y estratégica. Allí encontró la muerte Jonatán por la emboscada que le tendió Trifón, cuando la sublevación de los Macabeos.

—Mi Amo, ¿quién es ese que está desembarcando?

—Por su garbo y su porte, sin duda, Pablo. Viene a visitar a la comunidad cristiana de Tolemaida.

Muchos soles han amanecido sobre Acre. Desde la conquista árabe del 636 ha servido de puerto para Damasco. Con los Cruzados, pasa a ser puente entre Europa y el reino Latino de Oriente.

—Mi Amo, ¿no sientes miedo?

—¿Miedo? La sangre enciende la sangre y quita el miedo.

—Es que, es una lucha sin cuartel.

—Una pasión inútil.

Balduino I conquista la ciudad. Estamos en 1104.

—¿Y esa ingente flota de barcos?

—Los genoveses, que vienen en apoyo de Balduino.

No muchos años más tarde: 1187. Otro amanecer sangriento. El hombre que supo unificar el Islam, Saladino, se apodera de Acre.

—Por poco tiempo, mi Amo.

—Cuatro años nada más, mi Sombra. Entra en acción Ricardo Corazón de León, y la recupera, dándole el nombre de San Juan de Acre.

—Van a ser años de prosperidad.

—Los más prósperos de toda su historia, sin duda.

Pero la prosperidad lleva fácilmente a la corrupción; y la corrupción a las divisiones internas. Y la división a la ruina.

—La ruina. Una especie de Gescartera, digamos.

—No, mi Sombra. Esa no es una ruina, sino un acto de prestidigitación sublime, que, como sabes, es el arte de hacer invisible lo visible o, dicho en román paladín, consiste en dejarte sin un euro en el bolsillo y, encima, congelarte la fotografía del recuerdo en el instante mismo en que pusiste cara de tonto.

—Por el soponcio, supongo.

—Por el susto, que no es igual. Pero ese es asunto que queda reservado para los comienzos del tercer milenio. Por tanto, no corras mucho, mi Sombra, que esas cosas son peccata minuta.

—Que los entendidos deben resolver.

—Pues mientras lo hacen, vámonos a otra parte.

Estamos en 1291. Aún no se ha inventado el color del dinero, ni se pintan angelitos negros.

—Pues mi color es oscuro, de ébano, mi Amo.

—Pulido en mate.

—A veces.

—Verdadera obra de arte salida de las manos del Alfarero divino. Pero no nos desviemos ahora.

1291. La división lleva a la ruina. En efecto. El sultán Al—Ashraf Khalil, comandando un poderoso ejército mameluco, ha puesto cerco a la fortaleza. Ni Templarios, ni Hospitalarios, ni Caballeros Teutónicos juntos han podido resistir a las armas del Islam. Todos han sucumbido.

—¿Por quién doblan las campanas?

—No se escucha su sonido, han enmudecido.

Los cadáveres han quedado sembrados por el campo. Tras el fragor de la batalla se ha hecho el silencio. Mi Sombra también ha enmudecido. Así que aprovecho para tomar algunas notas en mi agenda peregrina. Sin embargo, no puede estar callada mucho tiempo. Pregunta:

—¿Es que piensas escribir otro libro?

—Los libros no se escriben. Se leen. Nosotros somos tan sólo líneas garabateadas en libertad, para estamparlas en las páginas del tiempo, que la cotidianidad se encarga de reducir a papel. Todo libro es una reducción.

Si callar es otorgar, que no lo es, mi Sombra estaba de acuerdo. Desvía el tema.

—Mi Amo, qué bonito amanecer.

—Si tú lo dices...

De pronto, una fuerte explosión nos estremece. La cercanía donde nos encontramos del restaurante en el que se ha producido la terrible explosión nos hace retomar con urgencia la cruda actualidad. Salimos corriendo, impulsados por el instinto básico de supervivencia. El ulular de las ambulancias y el griterío infernal de la gente que corre alocada hacia no se sabe dónde, hiela la sangre.

—Mi Amo, dijiste que estamos en 1291.

—Siglo más, siglo menos, qué más da; pon 2002, y 3010 si quieres, da lo mismo. La otra sombra, la de Caín, es muy larga.

¡Dios santo, qué nos está pasando! La Tierra Santa, esta Tierra que es de todos, por más que nos duela, sigue siendo la más violenta. La Tierra de todas las religiones está lejos de ser Tierra de encuentro para la paz y la buena convivencia entre los hombres. Israelíes y palestinos no encuentran el camino de la paz.

—Si violento fue el pasado, violento es el presente, mi Amo.

—Un pasado marcado por el peregrinar interminable a través de desiertos henchidos de desolación y de muerte.

—Un pasado ahíto de marginación, abuso y diáspora.

—Un pasado signado por la contingencia, hasta llegar al presente, saturado de indefinición y violencia.

—¿Es que, nunca va a llegar el día en que no se vierta ya más sangre, mi Amo?

—Sí, mi Sombra; el día en que esta tierra, la Tierra de Dios, sea la Tierra de Todos.

Mi Sombra quedó pensativa. Era la afirmación que, por evidente, no admitía réplica, pero cuyo cumplimiento no estaba claro.

Yo veía el Jordán ponerse en pie, detener sus aguas y, una vez más, dejar paso libre a todos los hombres y mujeres del mundo para converger, en una peregrinación universal, en la Tierra de Todos, la Tierra de Promisión.

La Tierra de Todos, de pronto, se transformaba en una Madre, cariñosa y buena, doliente y generosa, que nos tendía la mano a todos, atrayéndonos a

su regazo. Lloraba. Era como, si posible fuera, querer recoger las lágrimas de todos los peregrinos y unir las a las suyas. Eran lágrimas convertidas en olas que llegaban, saltando a través de los siglos, por el mar embravecido de las razas, hasta morir, serenas y hermanadas, en la playa universal de la más sincera y feliz fraternidad.

Los peregrinos seguían bautizándose en las aguas escasas del Jordán. Pero Caín continuaba sin reconciliarse con Abel. No obstante, el Jordán seguía en pie, ofreciendo los guijarros de su cauce para que cada raza, tribu y nación, recogiera, aunque sólo fuera uno, y entre todos comenzar a construir la civilización del Amor.

—Mi Amo, tú también debes recoger tu piedra.

Quise pasar la noche en el huerto del aceite, Getsemaní, a la intemperie. Quise estar junto al Maestro. Pero el Maestro no estaba.

—Mi Sombra, ¿no es este el Huerto de los Olivos?

—Sí, lo es, ¿no ves los olivos?

Yo buscaba la paz. Ellos eran mis testigos. Ahí estaban. Pero la paz había desaparecido. Quise llorar, de impotencia y rabia, y no pude. En la franja de Gaza seguían los enfrentamientos.

—¿Dónde estará la paz?

Tampoco el Maestro tenía paz aquella noche. Él sí lloró. La suave brisa de la noche en calma trajo hasta nosotros sus palabras. Dos milenios han transcurrido pero el sonido sigue siendo nítido, digital, escalofriante:

—“Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz”.

Posible era, pero el cáliz del dolor y del abandono no pasó. Las lágrimas afloraban con fuerza a los ojos del Maestro.

Mi Sombra se estremeció. De todos los poros del Maestro brotaba la sangre como en un nuevo Jordán desbordado. Era violenta la sangre que brotaba ahora de sus venas. Y más, la que mañana brotaría desde la cruz.

A los pies del doble madero en cruz las lágrimas juveniles y ardientes de María de Magdala eran un poema a la vida y al Amor.

—Son lágrimas de esperanza, mi Sombra.

—Son lágrimas de Amor. Aprende.

En la cima del Calvario, un cuerpo joven, en plenitud de vida y juventud, era sacrificado en el altar único y supremo de todas las injusticias. Bajo la cruz, en las profundidades del sheol, la tierra se abría, los cuerpos resucitaban, Adán recobraba vida, una nueva Era comenzaba a germinar.

Fue como un trallazo. La tierra tembló. La gente comenzó a huir despavorida. Las calles de Jerusalén se llenaron de gritos lacerantes, impotentes. Las tumbas se abrieron. Hasta el velo del templo se rasgó, despiadadamente, con saña, igual que una virginidad desgarrada, violentada.

—“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Luego, todo quedó en silencio. Como una oración de emergencia me vino a la memoria la programática frase del salmo 50, que resumía toda mi indigencia.

—“Pecador me concibió mi madre”.

A los pies de la cruz, de la que pendía exánime el cuerpo alabastrado del Divino Maestro, su Madre lloraba en silencio, sorbiéndose las lágrimas hacia dentro del alma dolorida. Lo mismo hacían la Magdalena, y el discípulo Juan, y los pocos amigos que habían tenido el coraje de perseverar hasta el fin al pie del madero.

—Vámonos, mi Sombra.

—¿A dónde?

—A velar, junto a los Olivos de la Paz, la Tumba del Nazareno; que aquí concluye nuestra peregrinación intemporal.

—Entonces, mi Amo, olvídate de la Tumba, y mejor sigamos a María Magdalena. Con el relente del alba y entre perfume de nardos, muy temprano,

domingo por la mañana, irá con prisa en el alma al encuentro del Amado, al encuentro de la Vida.

—Mientras, en el jardín de la Resurrección plantaremos un ramo de olivo verde donde, al correr del tiempo, se posarán palomas blancas de paz.

A MODO DE FINAL:

JARDÍN DE RESURRECCIÓN

Los recuerdos se agolpaban en mi mente. Había sido un viaje en el tiempo, tan breve como la vida misma, más allá de los hechos y de los acontecimientos, al relente de mi Sombra, —conciencia y sueño a la vez—, hipóstasis de todos mis sentimientos, savia vital en la estructura del alma anclada para siempre en la raíz eternal de la Vida.

Los turistas, subían y bajaban las gradas del magnífico teatro de Cesarea, a orillas del Mediterráneo, la ciudad construida por Herodes, sede del gobierno de Poncio Pilatos. Fue allí donde catequizó el diácono Felipe; allí donde predicó Pedro al centurión Cornelio.

En Tel Aviv, la ciudad moderna y hermosa, ajena, por joven, al devenir de la historia antigua, le pregunté a mi Sombra:

—¿A qué hora sale nuestro vuelo?

—¿Vuelo? No hay vuelo. El último pasajero, y en barco, fue Jonás; salió de este puerto, Yafo, huyendo vergonzosamente. ¿Adónde quieres huir tú?

—Mi Sombra, los profetas siempre regresan.

—Mi Amo, los profetas, nunca se van.

—Pero nosotros no somos profetas.

—Somos un sueño en el tiempo abierto a la eternidad, que resulta ser igual.

El mundo está lleno de profetas, de soñadores, constructores de andamios para sostener la paz.

—Y de mártires, mi Amo.

Razón tenía. El monumento al Holocausto de Yad Vashem, era la memoria lacerante y testimonial de los millones de mártires, asesinados, sin más razón que la raza.

—Duele, escuece el alma, mi Sombra, saber que también los niños fueron masacrados sin piedad alguna.

—Que la llama perpetua, que arde en plegaria universal, encienda de Amor los corazones.

—Amén.

Fue un amén al unísono, sentido. Estoy seguro que los niños huérfanos que el Dr. Janusz Korczak intentó salvar nos lo agradecieron desde la estatua.

Sobria, con su minarete, la torre de David, junto a la Puerta de Jafa sirve de referencia orientativa. Nos adentramos por el barrio judío, donde el Cardo máximo, vía pública de primerísima importancia, nos remonta a la época bizantina y nos descubre monumentos de la antigua Jerusalén, como la sinagoga de Hurva.

—Significa “la ruina”, mi Sombra.

—Toda ruina señala una destrucción. Caen las piedras, permanece el pensamiento.

Sobre la explanada del templo, la hermosa fuente de El Kas que los musulmanes utilizan para el rito de la purificación, era una invitación a la reflexión. A buen seguro que, de haber existido entonces, Pedro se hubiera lavado cabeza, pies y manos, en esta fuente.

—“Pero el que está limpio no necesita lavarse más que los pies”.

Una vez más, entramos en las mezquitas. Primero nos dirigimos a la de Al Aqsa, la misma que, desde su construcción 705—714 por el califa El Walid, había sufrido dos fuertes terremotos. Restaurada en 1040, los Cruzados la utilizaron como cuartel.

—Una falta de respeto enorme, mi Sombra.

—Las religiones siembran discordias y encienden guerras, mi Amo.

—¿Por qué?

—Porque el hombre se emperrea en buscar a Dios, en vez de dejarse atrapar por Él. ¿Cuándo nos dejaremos convencer de la gratuidad de Dios?

—¿Podremos entrar también en la Roca?

—¿Cuáles son tus prejuicios?, ¿de raza, de religión? Si no superas estas barreras, inventadas por los hombres, desde luego que no.

—No te enfades, mi Sombra.

Al salir de la Roca nos detuvimos en la Qaytbay Sabil, la fuente consagrada en 1482.

—Sólo almas de exquisita sensibilidad, mi Sombra, han podido crear obras arquitectónicas de tanta belleza.

—El alma del ser humano es unívoca, mi Amo; ha salido de las manos del Creador a su imagen y semejanza. En principio, todos tenemos la misma sensibilidad, el mismo origen, y el mismo destino. Pero nos hemos empeñado en enmendar la plana a Dios.

La llamada Capilla de la Ascensión, hoy mezquita, —que la reina Elena, madre del emperador Constantino no se me enfade—, no me gustó. Nada tiene que ver con la nominada del “Paternoster”, mandada edificar también por Elena en el siglo IV.

—Mi Sombra, aquí el Padre nuestro está en todas las lenguas.

—¿Todas, todas...? Casi. Mas no olvides que las lenguas también dividen. Testigo Babel. No se trata de que esté en varios idiomas, el problema es si con las mismas palabras nos dirigimos al mismo y único Dios.

—Por supuesto, mi Sombra.

—¿Seguro? Entonces, por qué sus hijos andamos siempre a la greña, como el perro y el gato?

Entre Jerusalén y Tel Aviv se encuentra el monasterio trapense de Latroun, posible emplazamiento de Emaús. Nos evocaba recuerdos de discípulos con prisa.

—¿Por qué, con prisa?

—Porque la prisa está aliada con la desesperanza, y ésta con el egoísmo. ¿Qué prisa tenían? ¿No acababan de oír a las mujeres que habían visto a Cristo resucitado? ¿No pudieron esperar un poco, tan sólo un poco, ante tan tremenda y fausta noticia?

—Discípulos de la evasión, mi Sombra.

Sé que mi Sombra calló, por respeto, pero tuve buen cuidado de tomar nota de todas mis evasiones. De todos modos, ellos volvieron a Jerusalén. Nosotros también. No iríamos ya al Mar de la Sal, ni optaríamos por volver a subir a la fortaleza de Masada, que evocaba la muerte colectiva, por suicidio, de sus 960 defensores judíos en su lucha contra los romanos. Tampoco regresaríamos a Wadi Qelt, donde la parábola del buen samaritano tiraba por tierra el ritual de las leyes, para resaltar lo único importante: la caridad, el Amor al prójimo.

—Mi Sombra, el Amor tiene forma de cruz.

—Explícate.

—Fácil; el palo vertical nos une con Dios, y el palo horizontal nos une con el prójimo.

—Siempre y cuando el prójimo lo pongas en plural. Es fácil amar a alguien, en particular; pero es necesario amar a todos, sin excepción.

Hablaba, una vez más, la voz de la conciencia.

—Lo tendré en cuenta, mi Sombra.

Tampoco entraba en nuestros planes regresar al emblemático lago de Genesaret, o Kinneret, en gracia, belleza y santidad recordado. Jerusalén sería nuestro punto de encuentro obligado.

—Mi Amo, antes que la noche acabe, vámonos al jardín de la Resurrección, para estar en vigilante espera, como los invitados hacen, antes de que el novio llegue. No será noche de llantos; noche de espera será.

Y en vigilante espera, como mi Sombra quería, pasamos la noche. Le dije:

—Mi Sombra.

—Dime.

—Yo quiero pintar la noche, plena de sueños y estrellas, con el azul de mis pasos.

—Tus pasos, que son mis pasos.

—Quiero grabar en el cielo un corazón, tan grande, universal y desnudo, que huelga a libertad, a viento y lluvia.

—Y a madreselva, y manzana; y a tierra recién mojada.

—Quiero pintar la noche, en un lienzo de estrellas.

—¿Con qué colores?

—Con los colores del alba.

—¿Para qué?

—Para bordar de esperanza la ternura de los niños.

—Y acariciar de inocencia las entrañas de sus padres.

—También.

—Quiero pintar la noche con los celajes que guardan la sonrisa de la luna.

—Y el latir de los luceros.

—Y sembrar de claridades el corazón de los hombres, las mujeres y los niños.

—Pues no olvides a jóvenes y ancianos.

—Quiero pintar la noche con el color de la vida.

—El color de la esperanza.

—Una esperanza tan grande, mi Sombra, tan grande, que pueda albergar la paz.

—Sin que falte el Amor.

—Vale.

—¿Qué más?
—Quiero pintar la noche de resurrección y de vida.
—Que cuelgue también la alegría, de las puntas cardinales de la estrella,
azul y blanco, de David.
—Y quiero pintar la noche con el relente del alba.
—El mismo que aroma el día.
—Con el perfume de nardos.
—Que ha preparado María.
—Muy temprano, domingo por la mañana.
—Pues date prisa, que llega.
—Con prisa halada en el alma.
—María, la de Magdala.
—Al encuentro del Amado.
—Al encuentro de la Vida.

Fue en el Jardín, que yo llamo, de la Resurrección.
Domingo, muy de mañana, en la ciudad blanca de Jerusalén, tan amada.
Ciudad para soñar, —que así sea—, la paz.